
AILEEN
AMAR ES UN RIESGO
Hugo Sanz

AILEEN

AMAR ES UN RIESGO

Hugo Sanz

Primera edición.

Aileen. Amar es un riesgo

©Hugo Sanz

©febrero, 2026

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Capítulo 1



Aileen

Siempre supe que mi apellido pesaba más que mi placa. O’Connor.

En Nueva York, y sobre todo en mi comisaría, ese nombre no era solo una combinación de letras. Era historia. Era respeto. Era autoridad.

Durante dieciséis años, mi padre había sido el comisario al mando. Antes de eso, uno de los inspectores más brillantes que había tenido el cuerpo. Y antes incluso, el policía que había metido entre rejas a algunos de los delincuentes financieros más intocables del estado.

Y antes que él, mi abuelo también fue policía, inspector y comisario.

Y luego estaba yo. La hija y nieta de un O’Connor.

La que, según todo el mundo, debía haber heredado las pasarelas de mi madre y no la placa de mi padre. Porque si algo había aprendido creciendo en mi familia era que las expectativas ajenas nunca se ajustaban a la realidad.

Mi madre, Valentina Moreau, había sido una de las modelos más reconocidas de su generación. Elegante, serena, luminosa. A sus sesenta y cinco años seguía siendo una mujer que imponía presencia sin necesidad de

levantar la voz. Ahora dirigía una de las agencias de modelos más importantes de Manhattan, una empresa construida con inteligencia y principios. Siempre decía que la moda podía ser poderosa si se hacía con dignidad.

Mi padre, Daniel O'Connor, tenía setenta y un años y estaba jubilado desde hacía cuatro. Después de una vida entera vistiendo uniforme, había decidido que ya era hora de dejar de oler a pólvora y café requemado. Pero seguía caminando con la misma espalda recta y la misma mirada firme que imponía silencio en una sala de interrogatorios.

Y entre ambos, nacimos Jake y yo.

Todo el mundo dio por hecho que yo heredaría la genética Moreau y Jake la O'Connor. Pero se equivocaron.

Jake siempre quiso ser modelo, desde pequeño. Mientras yo jugaba a esposar a los primos en el salón, él improvisaba pasarelas entre el sofá y la cocina. Tenía, y aún tiene, el porte de mi padre: alto, hombros anchos, ojos azules intensos, sonrisa segura. Pero la elegancia natural era de mi madre. A los veinte ya estaba desfilando en Milán. A los veinticinco era uno de los rostros masculinos más cotizados del mundo.

Y yo… yo quería una placa.

No recordaba el momento exacto en el que lo decidí, simplemente lo supe. Como si estuviera impreso en mí. Mientras mi madre hablaba de campañas y tejidos, yo escuchaba a mi padre hablar de justicia, de decisiones difíciles, de noches interminables. Nunca glorificó su trabajo. Nunca lo romantizó. Pero tampoco lo ocultó.

Yo veía propósito. Y nadie consiguió quitármelo de la cabeza. Ni las miradas de sorpresa. Ni los comentarios condescendientes. Ni el "¿Estás segura?" constante.

Entré en la academia con veinte años, me gradué con honores y, desde entonces, cada ascenso lo había ganado con trabajo, no con apellido. Aunque el apellido estuviera siempre delante de mí.

Aquella tarde de viernes de febrero, el frío neoyorquino cortaba la piel. El invierno en esta ciudad no era tranquilo, era agresivo. El viento se colaba por las avenidas como si quisiera arrancarte las ganas de existir.

Yo estaba en el gimnasio con los auriculares puestos, una sudadera gris, los guantes de boxeo ajustados y una coleta alta. *"Eye of the Tiger"* retumbaba en mis oídos. Clásico y predecible, pero infalible.

Golpeé el saco. Una. Dos. Tres veces. El impacto vibraba en mis brazos. Sentía el músculo tenso y la respiración medida. El gimnasio olía a goma y metal. Era viernes por la tarde y había bastante gente, pero cuando entrenaba entraba en mi propia burbuja.

Otro golpe.

Pensé en mi primer caso como agente novata. Un robo con violencia en Harlem. Había estado tan nerviosa que apenas dormí esa noche. Recordaba la primera vez que declaré en un juicio. El primer interrogatorio duro. El primer detenido que intentó intimidarme con una sonrisa torcida.

Respiré y golpeé más fuerte.

Con el tiempo ascendí a detective. Y hacía dos años que era inspectora. Treinta años y ya liderando operativos. Algunos murmuraban que era rápido. Que era por mi padre. Pero no lo era.

Mi padre nunca interfirió. De hecho, fue más duro conmigo que con nadie.

—*Si te equivocas, no solo te equivocas tú. Me representas* —. Me dijo una vez.

No era presión, era la realidad.

Golpeé el saco con una combinación más agresiva. Pensé en los casos resueltos. En los que no. En los que aún me despertaban de madrugada. Pensé en cómo había cambiado la comisaría desde que mi padre se jubiló. Ahora el comisario era Brennan, un hombre eficiente y políticamente correcto, pero sin el instinto casi animal que tenía mi padre para leer a las personas. Yo había aprendido de eso.

Otro golpe. El sudor me recorría la espalda.

A veces me preguntaba si habría sido más fácil elegir la moda. Desfilar, viajar, sonreír ante cámaras. Pero sabía que no habría sido yo. Mi madre lo entendió antes que nadie. Fue la primera que me dijo:

—*Si quieres ser policía, sé la mejor. Pero hazlo porque tú quieres, no porque quieras parecerte a nadie.*

Sonreí levemente al recordarlo. El saco se balanceó hacia atrás con fuerza y lo detuve con el antebrazo. Estaba agotada. Pero era un agotamiento bueno. Físico y controlable.

No como el otro. El que venía con el trabajo. El que no podías descargar contra un saco.

Bajé los guantes, respiré hondo y miré mi reflejo en el espejo del fondo. Sudada, mejillas enrojecidas, el cabello oscuro escapando de la coleta.

Me parecía a mi madre más de lo que me gustaba admitir, pero mis ojos… esos eran O’Connor.

Apagué la música y el silencio me envolvió de golpe. Recogí mis cosas y caminé hacia los vestuarios. El suelo estaba frío bajo las zapatillas. El vapor de las duchas empañaba los espejos. Me quité la sudadera, los guantes y la camiseta húmeda.

Abrí el agua caliente y dejé que me cayera sobre los hombros. Cerré los ojos.

El agua arrastró el sudor. El cansancio. La tensión acumulada de la semana. Era viernes. En teoría, el turno había terminado. En teoría, nada urgente me esperaba.

No sabía entonces que aquella sensación de normalidad estaba a punto de romperse. Y que esa semana sería la última en la que mi vida se pareciera remotamente a tranquila.

Salí de la ducha con la piel todavía caliente y la mente sorprendentemente despejada. Me até la toalla al cuerpo y caminé hasta la taquilla. El gimnasio tenía ese ruido constante de fondo: secadores, conversaciones bajas, el golpe lejano de pesas contra el suelo.

Abrí la taquilla y saqué vaqueros oscuros, botas negras y un jersey de cuello alto color burdeos, y me vestí con movimientos automáticos. Era viernes por la tarde y supuestamente estaba libre.

Justo cuando me estaba abrochando las botas, el móvil vibró dentro de la mochila. Miré la pantalla y vi que era el comisario Brennan. Fruncí ligeramente el ceño.

—*Genial* —murmuré para mí.

Suspiré, cogí aire y deslicé el dedo.

—O’Connor.

—Inspectora, siento interrumpir su tarde —dijo su voz firme al otro lado —. Tenemos un aviso en el distrito doce. Posible secuestro en curso. La patrulla que acudió ha solicitado apoyo. Quiero que lo lidere usted.

Mi pulso se estabilizó automáticamente. La parte de mí que estaba cansada desapareció.

—Ubicación.

Me dio la dirección y me dijo que era en un almacén industrial.

—La madre afirma que su hijo no regresó del colegio. Hace una hora recibió una llamada exigiendo dinero. La unidad ha localizado el móvil del menor en ese almacén.

Secuestro con llamada de rescate rápida. No era profesional. O era improvisado, o era alguien desesperado.

—Estoy de camino.

Colgué sin más formalidades.

Me recogí el cabello en una coleta firme, guardé las cosas en la mochila y salí del vestuario casi corriendo. El frío de febrero me golpeó en la cara al salir a la calle, pero la adrenalina empezaba a calentarme por dentro.

Mientras conducía, llamé a Erik.

—Dime que estás en turno —le dije en cuanto respondió.

—Buenas tardes para ti también, prima —contestó con ese tono suyo que siempre parecía estar a medio camino entre la burla y el afecto—. Sí, lo estoy. ¿Qué tenemos?

Se lo resumí.

—Voy hacia allí —respondió inmediatamente, ya más serio.

Eso era lo bueno de Erik. Podía bromear en medio de un tiroteo, pero cuando algo era real, cambiaba el chip al instante.

Cuando llegué, varias patrullas ya acordonaban la zona. Las luces azules y rojas parpadeaban contra la fachada de ladrillo oscuro del almacén. La madre del niño estaba dentro de un coche policial, temblando, abrazada a una manta.

Apenas bajé del coche, sentí las miradas. No eran imaginaciones mías.

—Es O'Connor —dijo alguien.

Siempre era igual. Algunos lo decían con respeto. Otros con curiosidad. Alguno con escepticismo. Respiré hondo y avancé.

—Situación —pedí en cuanto me acerqué al sargento de primera respuesta.

—Niño de nueve años. Última vez visto saliendo del colegio. La madre recibió llamada desde número oculto. Exigen cincuenta mil dólares. La localización del móvil coincide con este edificio.

—¿Actividad dentro?

—Sin movimiento visible. Puertas cerradas. No sabemos cuántos hay.

Asentí. Erik llegó justo entonces, bajando de su coche con esa energía suya siempre ligeramente desordenada.

—¿Me he perdido algo emocionante? —preguntó, colocándose a mi lado.

Le lancé una mirada.

—Posible secuestro. Niño de nueve años. No quiero héroes hoy.

Su sonrisa desapareció.

—Entendido.

Me acerqué al coche donde estaba la madre y me agaché frente a ella.

—Soy la inspectora O'Connor. Vamos a traer a su hijo de vuelta, ¿de acuerdo?

Tenía los ojos enrojecidos y las manos temblorosas.

—Dijeron que si llamaba a la policía, lo matarían…

—Ya lo ha hecho. Y eso ha sido lo correcto. Confíe en mí.

No prometí lo que no podía garantizar. Pero mi tono fue firme.

Era policía por vocación, no solo porque lo llevara en la sangre. Y si tenía algo claro era que, mientras yo estuviera al mando, en mi turno no perdería ninguna vida.

Capítulo 2



Aileen

Volví con el equipo para coordinar todo, y Erik me hizo un guiño para hacerme saber que tenía que estar tranquila.

—Plan sencillo —dije—. Haremos una entrada silenciosa por el lateral este. Dos unidades cubren la parte trasera. Francotirador en posición por si vemos movimiento armado. Nadie dispara sin orden directa.

Algunos asentían. Sentía el peso del apellido en esos momentos. No podía titubear. No podía dudar. No podía parecer insegura.

Erik se acercó un poco más.

—¿Qué te dice el instinto?

Miré el edificio. Demasiado expuesto. Demasiado obvio.

—Que es rápido. Improvisado. Y que no quieren cobrar. Quieren asustar.

Erik arqueó una ceja.

—O algo peor.

No respondí. Hice una señal y avanzamos. El aire olía a metal frío y humedad. La puerta lateral estaba cerrada con un candado viejo.

—Forzadlo —ordené en voz baja.

Uno de los agentes trabajó rápido y silencioso. El clic metálico resonó leve. Entramos y todo lo que había en aquel lugar era oscuridad, polvo, cajas apiladas y el eco hueco de pasos sobre cemento.

Hice una señal con la mano. División en dos equipos. Fue entonces cuando escuché algo. Un golpe leve al fondo. Erik también lo oyó.

Nos movimos hacia el sonido. Otra vez. Un golpe. Como algo cayendo. Apunté con el arma.

—¡Policía! ¡Salgan con las manos en alto!

Silencio. Luego, un ruido apresurado. Corrí, giramos una esquina entre pilas de cajas y entonces lo vimos.

Un hombre joven, nervioso, sujetando al niño por el brazo. El crío estaba amordazado, llorando en silencio. El secuestrador parecía más asustado que peligroso. Eso era malo. Los desesperados eran imprevisibles.

—Suéltalo —ordené con voz firme.

El hombre apuntó con una pistola que temblaba visiblemente.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó.

Mi pulso bajó en lugar de subir.

—No quieres hacer esto —dije despacio—. Esto solo empeora las cosas.

—¡Necesito el dinero!

Ahí estaba. Desesperación económica.

—Baja el arma. El niño no tiene nada que ver contigo.

Erik se movía ligeramente a mi izquierda, buscando ángulo. El hombre apretó más fuerte el brazo del niño, que sollozó. Di un paso lento.

—Si disparas, no sales de aquí. Si bajas el arma, puedo ayudarte.

Mentí un poco. Pero no del todo. Su mirada se perdió un segundo. Ese segundo fue suficiente.

Erik se lanzó lateralmente. Yo avancé. El disparo sonó, pero impactó contra una caja. Golpeé el arma con mi antebrazo y cayó al suelo. Otro agente redujo al hombre y el niño quedó libre. Me agaché inmediatamente.

—Tranquilo, ya estás a salvo.

Le quité la mordaza. Estaba pálido, pero ileso. Sentí una descarga de alivio a la que nunca me acostumbraba a sentir. Nunca.

Mientras sacaban al detenido esposado, oí el murmullo habitual.

—Buen trabajo, inspectora.

—Como su padre.

Ahí estaba otra vez. Como su padre.

Miré al detenido. No era un monstruo. Era un hombre al límite. Pero había cruzado la línea, y eso tenía consecuencias.

Cuando salimos del almacén con el niño envuelto en una manta, la madre rompió a llorar abrazándolo.

Ese momento… Ese momento era por lo que yo hacía esto. No por el apellido. Ni por la presión. Ni siquiera por demostrar nada.

Lo hacía por eso.

Erik se colocó a mi lado mientras observábamos la escena.

—Admite que ha sido elegante —dijo en voz baja.

—Ha sido trabajo en equipo.

Sonrió.

—Tu padre estaría orgulloso.

Miré las luces reflejadas en el asfalto mojado.

—Eso espero.

Pero en el fondo sabía algo. No era suficiente con estar a la altura de Daniel O’Connor. Tenía que superarlo. Y ese pensamiento nunca me abandonaba del todo.

No sabía que esa noche alguien más estaba observando mi nombre. Y que, para esa persona, el apellido O’Connor no significaba orgullo.

Significaba mucho más.

Después del papeleo, porque siempre había papeleo, y de dejar todo perfectamente registrado, eran casi las once de la noche cuando por fin salimos de la comisaría.

El frío había empeorado. Nueva York en febrero no daba tregua. El aire era tan seco que parecía cortar la garganta al respirar.

—Necesito una cerveza —anunció Marco Álvarez en cuanto cruzamos la puerta principal.

Marco era incapaz de vivir una jornada intensa sin convertirla en excusa para socializar.

—Necesitas terapia, pero te conformas con cerveza —respondió Chloe Bennett mientras se ajustaba el abrigo.

Ryan Whitaker simplemente levantó la vista al cielo. Erik me miró de lado.

—Venga, prima. Ha sido limpio. Nos lo hemos ganado.

Lo pensé dos segundos. Estaba cansada, pero no quería volver aún al silencio del apartamento.

—Una. Y me voy —dije finalmente.

Marco alzó los brazos en señal de victoria.

Caminamos hasta un bar a dos manzanas de la comisaría. Uno de esos locales con luces bajas, madera oscura y música rock suave de fondo. Nada sofisticado. Nada turístico. Solo policías, ejecutivos y algún que otro vecino habitual.

Nos acomodamos en una mesa alta.

—Brindemos porque nadie haya recibido un disparo —dijo Chloe, levantando su vaso.

—Y porque Erik no haya intentado hacer de héroe —añadí.

—Oye —protestó él—. Mi intervención ha sido como la de un cirujano, de lo más precisa.

—Ha sido impulsiva —corrigió Ryan con calma.

Marco me miró con una sonrisa ladeada.

—Admite que ha sido un operativo impecable, inspectora.

Me encogí de hombros.

—Ha sido trabajo. Y hemos tenido suerte de que el tipo estuviera más asustado que violento.

Chloe me observó un segundo más de la cuenta.

—Siempre analizándolo todo —murmuró.

—Alguien tiene que hacerlo.

Erik dio un sorbo largo a su cerveza y luego me miró con una expresión calculadamente inocente.

—Por cierto, el domingo…

Suspiré.

—¿Qué pasa el domingo?

—Comida familiar en casa de mis padres. No me mires así, sabes que está en el calendario desde hace un mes.

Era verdad. Las comidas familiares en casa de la tía Isabelle y el tío Ethan eran tradición. Obligatoria, aunque nadie lo admitiera.

—No me he olvidado —respondí.

—Mamá quiere que llegues pronto. Dice que quiere enseñarte algo relacionado con la agencia.

—Eso suena sospechoso.

—Tranquila, no es una pasarela improvisada —rio Erik—. Aunque Cindy está intentando convencer a todo el mundo de que invirtamos en su proyecto universitario.

Cindy, la pequeña de todos los primos, con apenas veinte años. Hija de la tía Lucy. Energía inagotable y ambición empresarial prematura. Sonreí levemente.

—Estaré allí.

Marco chasqueó la lengua.

—Vuestra familia da miedo. Sois como una saga. Policías, modelos, empresarios… Es intimidante.

—No exageres —dije.

—Tu padre fue comisario dieciséis años —replicó Chloe—. Eso no es exageración. Eso es legado.

Ahí estaba otra vez. Legado.

Erik me dio un pequeño codazo.

—Y tú lo llevas bastante bien.

—Intento hacer mi trabajo —respondí con sencillez.

Pero por dentro sabía que nunca era solo eso.

Después de otra ronda, que oficialmente no iba a existir, decidí marcharme. Me despedí con un abrazo rápido de Chloe, un choque de puños con Marco y Ryan y un gesto cómplice con Erik.

—El domingo —me recordó.

—El domingo —confirmé.

Conduje hasta el *Upper West Side* con la radio baja y la mente en blanco. Las calles estaban medio vacías, haciendo que la ciudad pareciera distinta de noche, como si respirara más despacio.

Aparqué frente a mi edificio y subí caminando hasta el portal. El vestíbulo olía a detergente y calefacción antigua. Abrí el buzón casi por costumbre. Publicidad. Una factura. Un sobre blanco sin remite. Fruncí ligeramente el ceño. No esperaba nada.

Subí en el ascensor observando el sobre. Era sencillo. Papel grueso. Mi apellido escrito a mano en tinta negra.

O’Connor. Nada más. Ni “inspectora”. Ni una dirección completa. Solo el apellido. Una sensación extraña me recorrió la espalda.

Entré en mi apartamento y cerré la puerta con doble vuelta. Dejé el bolso en la mesa de la cocina abierta y me quité el abrigo.

El *loft* estaba en silencio. Ladrillo visto, vigas negras, luz tenue de las lámparas de pie. El sofá lleno de mantas y algunos archivos que había estado revisando días atrás.

Era mi hogar. Mi lugar seguro. O eso creía.

Dejé el sobre sobre la encimera y lo miré unos segundos antes de abrirlo. No era paranoia. Era instinto.

Lo abrí con cuidado. Dentro, una sola hoja doblada. La deslicé fuera y la leí.

«Tenemos una deuda pendiente, O'Connor.»

El estómago se me tensó ligeramente.

Nada más. Ni firma. Ni fecha. Sin explicación.

Me apoyé en la encimera, leyendo la frase otra vez. Tenemos. Plural. ¿Quiénes? ¿Una banda? ¿Una amenaza colectiva? ¿O simplemente era una forma de hablar?

Mi mente empezó a funcionar automáticamente. Había metido a mucha gente en prisión. Tráfico. Extorsión. Fraude. Violencia. Algunos habían salido ya. Otros estaban a punto.

Suspiré despacio. Sin duda, la lista de posibles candidatos era larga. Muy larga. No era la primera vez que recibía amenazas veladas. Formaba parte del trabajo. La mayoría eran impulsivas. Escritas desde la rabia inmediata. Pero esta…

Esta era distinta. No había insultos. No había rabia evidente. Solo una afirmación. Una deuda pendiente.

Me serví un vaso de agua sin apartar la vista de la nota. Podía llevarla a la comisaría. Registrar la amenaza. Abrir protocolo. O podía esperar.

Probablemente se trataba de alguien resentido. Alguien que necesitaba sentirse intimidante. Nada más.

Doblé la hoja y la guardé en un cajón de la cocina. No iba a dejar que una frase anónima alterara mi equilibrio.

Me quité las botas y caminé descalza hasta el balcón. Abrí ligeramente la puerta y el aire frío entró de golpe. Desde allí se veía una parte de Central Park, oscuro y silencioso. Me apoyé en la barandilla.

—*Deuda pendiente…* —murmuré.

No sentía miedo. Aún no. Sentía curiosidad. Y una ligera irritación.

Cerré la puerta y apagué las luces del salón. Mientras me dirigía al dormitorio, pensé en todos los nombres que podrían encajar detrás de esa frase. Demasiados.

Lo que no sabía era que el nombre correcto aún no lo estaba buscando. Y que esta vez la deuda no era por algo que yo hubiera hecho.

Capítulo 3



Aileen

El domingo amaneció con esa luz pálida y fría típica de febrero en Nueva York. El sol brillaba, sí, pero no engañaba a nadie. Era un brillo decorativo, no cálido.

Me desperté antes de que sonara el despertador, costumbre adquirida tras años de turnos imposibles. Permanecí unos segundos mirando el techo, escuchando el silencio de mi apartamento. El recuerdo del sobre cruzó mi mente como una sombra rápida.

Lo ignoré. No iba a dejar que una frase anónima dominara mi domingo.

Me levanté, me puse unas mallas y una sudadera amplia y fui directa a la cocina. Mi cocina sí se usaba, a diferencia de la de muchos pisos de Manhattan. Preparar el desayuno me resultaba terapéutico. Café recién molido, tostadas, huevos revueltos con bacon.

A las nueve en punto sonó el timbre y sonreí. Nora Kaplan no llegaba tarde ni aunque hubiera una autopsia múltiple en curso.

Abrí la puerta y ahí estaba ella, con abrigo verde oscuro, bufanda enorme y dos cafés en la mano.

—He traído refuerzo —anunció, levantando los vasos.

—¿Has dormido algo? —pregunté mientras la dejaba pasar.

—Cuatro horas. Un récord esta semana.

Se quitó el abrigo y lo dejó sobre el respaldo de una silla. Llevaba el pelo recogido en su habitual coleta desordenada, pecas visibles, ojeras ligeras bajo los ojos azules intensos. Brillante, sarcástica y absolutamente incapaz de suavizar una frase. Así era mi mejor amiga.

—Huele bien —dijo, asomándose a la cocina.

—Intento compensar tu pésima gestión sentimental con proteínas.

—Ja. Muy graciosa.

Nos sentamos frente a frente con los platos humeantes entre nosotras.

—Y bien —dije, arqueando una ceja—. Cuéntame el desastre.

Nora soltó un suspiro dramático.

—Cita número doce del mes.

—Eso ya es estadísticamente preocupante.

—Era arquitecto. O eso decía. Muy educado por mensajes. Interesante. Culto.

—¿Y?

—En cuanto le dije que era médico forense de la policía, empezó a hacer preguntas rarísimas.

—Define rarísimas.

—"¿Te llevas trabajo a casa?", "¿Has visto cuerpos desmembrados?", "¿Te afectan los olores?"…

No pude evitar reír.

—Bueno, son preguntas técnicas.

—Luego me preguntó si hacía rituales.

Me atraganté con el café.

—¿Rituales?

—Sí. Como si yo sacrificara gallinas en el depósito.

Solté una carcajada.

—Los hombres huyen en cuanto digo lo que hago —continuó ella, cruzándose de brazos—. No es culpa mía. No practico magia negra ni nada por el estilo.

—Eso es justo lo que diría alguien que practica magia negra.

Me lanzó una servilleta.

—Muy graciosa.

La observé unos segundos. Nora era brillante, empática y atractiva. Pero tenía un radar especial para hombres problemáticos. Y una fe inexplicable en las aplicaciones de citas.

—Borra la aplicación —le dije.

—No.

—Nora.

—No.

Extendí la mano.

—Dame el móvil.

—Ni se te ocurra.

—Dámelo.

Ella lo protegió unos segundos como si fuera un órgano vital, pero finalmente lo dejó sobre la mesa con un resoplido.

—Solo para que veas que exageras.

Lo desbloqueé.

—Doce citas en un mes no es perseverancia, es experimento sociológico.

—Es estadística aplicada.

—Es desesperación con WiFi.

Entré en la aplicación.

—Oh, mira. Nuevo mensaje —murmuré.

Nora se inclinó hacia mí.

—¿De quién?

Leí en voz alta:

—Hola, Nora. He leído que trabajas con la muerte. Me parece fascinante. Siempre he pensado que hay algo poético en el límite entre la vida y la oscuridad…

Levanté la vista lentamente.

—¿Qué?

Deslicé hacia abajo.

—Foto en blanco y negro. Barba perfectamente recortada. Mirada intensa. Descripción: “Amante de la noche, los silencios y las conversaciones profundas sobre lo que nos hace humanos”.

La miré.

—Este tipo parece un psicópata.

—No lo parece.

—Lo parece muchísimo.

—Solo es intenso.

—Es intenso en plan “protagonista de documental de crímenes”.

Ella se cruzó de brazos.

—Estás exagerando.

—Ni de coña voy a dejar que vuelvas a salir con alguien que usa la palabra oscuridad en su biografía.

—No seas dramática.

—Soy policía. Mi trabajo es detectar señales raras.

Sin darle más margen, fui a ajustes y pulsé eliminar cuenta.

—¡Aileen!

—Hecho.

Ella me miró horrorizada.

—¡Tenía *matches*!

—Tienes cadáveres. Es más interesante.

Me arrebató el móvil.

—Eres una dictadora emocional.

—Soy práctica.

Se dejó caer en la silla.

—Encontraré otra aplicación mejor.

—No. Lo que vamos a hacer es salir de marcha una noche y hablar con hombres reales. Con pulso y expresión facial completa.

—¿En un bar? ¿Como en el siglo pasado?

—Exacto.

Nora suspiró.

—Odio que tengas razón.

—Lo sé.

Terminamos el desayuno entre risas, comentarios sarcásticos como siempre y planes hipotéticos de “operación vida social”.

Mientras recogía los platos, ella apoyó los codos en la encimera.

—¿Y tú qué? —preguntó.

—¿Yo qué?

—¿Cuánto hace desde tu última cita decente?

La miré por encima del hombro.

—No estoy en el mercado.

—Eso no es una respuesta.

—Estoy bien.

—Aileen.

—Estoy bien.

Ella me estudió con esa mirada clínica que reservaba para los cuerpos en la mesa de autopsias.

—Eres incapaz de depender emocionalmente de alguien.

—Incorrecto. Soy selectiva.

—Eres hija de un comisario legendario y de una exmodelo icónica. Creciste viendo una historia de amor perfecta. Eso distorsiona expectativas.

Me apoyé en la encimera frente a ella.

—No busco perfección.

—Buscas control.

No respondí. Porque en parte tenía razón.

—¿Has vuelto a pensar en esa nota? —preguntó de pronto.

La miré.

—¿Qué nota?

—La que mencionaste anoche por mensaje. “Deuda pendiente”.

Ah. Asentí con calma.

—Probablemente es alguien resentido.

—¿La has registrado?

—No.

—Aileen.

—No voy a montar un operativo por una frase vaga.

Nora frunció el ceño.

—Solo… estate atenta.

—Siempre lo estoy.

Se levantó, se puso el abrigo y se ajustó la bufanda.

—Tenías comida familiar hoy, ¿no?

—Sí. En casa de mi tía Isabelle.

—Saluda a la realeza.

—No somos realeza.

—Vuestra familia tiene más influencia que medio distrito financiero.

Volteé los ojos y la acompañé hasta la puerta.

—Ven mañana a cenar —le dije.

—¿Cocinas tú?

—Siempre.

—Entonces vendré.

Nos abrazamos rápido.

—Y si recibes otra nota —añadió ella—, me lo dices.

—Sí, mamá.

—No bromees —me advirtió señalándome y sonreí levemente.

—Nos vemos mañana.

Cerré la puerta y apoyé la espalda en ella unos segundos. El apartamento volvió a quedar en silencio.

Sí, le había contado a Nora lo de la nota como tantas otras veces había hecho, pero estaba claro que esta era diferente a las anteriores.

Caminé hacia el dormitorio para ducharme y vestirme para la comida familiar. Mientras el agua caía sobre mis hombros, pensé en lo fácil que era bromear sobre aplicaciones de citas y hombres intensos. Y en lo complicado que podía volverse todo cuando el peligro no venía con foto de perfil.

No sabía que esa nota no sería la última. Ni que pronto dejaría de parecer algo anecdótico. Pero de momento, era domingo. Y los domingos, en mi familia, significaban risas, comida en exceso y discusiones sobre quién había heredado peor carácter.

Y eso, por unas horas, bastaba.

La casa de mi tía Isabelle y mi tío Ethan estaba en el *Upper East Side*, en una de esas calles tranquilas con fachadas elegantes y árboles desnudos en invierno que parecían dibujados con tinta negra contra el cielo gris.

Aparqué unas calles más abajo y caminé hasta la entrada. Antes incluso de tocar el timbre, ya escuchaba voces dentro y sonreí. Los O'Connor no hacíamos comidas familiares. Hacíamos eventos.

La puerta se abrió antes de que llamara.

—¡Aileen! —exclamó Cindy, lanzándose prácticamente encima de mí.

Tenía veinte años, energía inagotable y una carpeta bajo el brazo que probablemente contenía algún plan para conquistar *Wall Street* antes de terminar la universidad.

—Hola, terremoto —dije, abrazándola.

—Llegas puntual. Eso es sospechoso.

—Soy policía. Vivimos obsesionados con el tiempo.

Entré y el olor me golpeó de inmediato: asado, especias, pan recién hecho.

—¡Ya está aquí mi inspectora favorita! —anunció la voz profunda de mi tío Ethan desde el salón.

—Solo porque soy la única —respondí mientras avanzaba. Y entonces los vi a todos.

Mi madre, Valentina, impecable incluso en domingo, con ese porte natural que nunca perdió del todo pese a haber dejado las pasarelas hacía años. Estaba junto a mi tía Lucy, que gesticulaba animadamente mientras contaba algo.

Mi padre, Daniel O'Connor, hablaba con Jake. Mi hermano parecía recién salido de una campaña internacional, incluso con jersey informal.

Erik estaba apoyado en la chimenea, móvil en mano, fingiendo indiferencia mientras escuchaba todo.

Loren, como siempre, elegante incluso en un entorno familiar, analizaba algo en su Tablet que seguramente tenía que ver con cifras.

Me detuve un segundo. Eran mi centro. Mi equilibrio.

—Ven aquí —dijo mi madre, abriendo los brazos.

La abracé. Siempre olía a perfume suave y familiar.

—Estás más delgada —murmuró.

—Mamá.

—Es un hecho objetivo.

Mi padre me dio un abrazo firme después.

—He oído que ayer salvaste el día.

—He oído que exageran —volteé los ojos y sus ojos grises se suavizaron.

—Me han contado que fue limpio.

—Lo fue.

Jake apareció a mi lado y me levantó ligeramente del suelo en un abrazo exagerado.

—Mi hermana favorita.

—Soy tu única hermana.

—Detalles técnicos.

Le di un pequeño golpe en el brazo.

—¿En qué país estás esta semana?

—En el que tiene mejor café —respondió con una sonrisa.

—Eso no responde nada.

—Nueva York. Me quedo unos días.

Erik se acercó entonces.

—Llegas cinco minutos tarde respecto a mi previsión.

—¿Me estabas cronometrando?

—Siempre.

Le di un abrazo rápido.

—No me mires así —añadió—. Mamá ha preparado comida como para alimentar a un batallón.

—Somos un batallón —reí.

Porque sí, sin lugar a dudas, lo éramos.

Capítulo 4



Aileen

Nos sentamos a la mesa poco después. La mesa del comedor de la tía Isabelle era larga, elegante, perfectamente vestida. Pero el volumen de nuestras voces desmentía cualquier formalidad.

—Antes de empezar —anunció Cindy, levantando su copa de agua—, quiero presentar oficialmente mi propuesta de inversión familiar.

Todos gemimos al unísono.

—Ni se te ocurra —dijo Jake.

—Es brillante —insistió ella—. Plataforma digital para asesoramiento financiero joven con enfoque sostenible.

—Tiene veinte años y ya habla como si fuera a salir en *Forbes* —murmuró Erik.

—Saldré —replicó ella.

Lucy sonrió con orgullo.

—Déjala. Alguien tiene que heredar el cerebro empresarial.

—Yo heredé el cerebro policial —dije.

—Y yo la belleza —añadió Jake con total seriedad.

—La modestia no, desde luego —respondió Loren sin levantar la vista.

Las risas llenaron la mesa y la comida empezó a circular. Ethan cortaba el asado con una precisión casi ceremonial.

—Esto me recuerda a las cenas en casa de mis padres —dijo mi padre de pronto, con tono más suave.

El ambiente se calmó ligeramente.

Los padres de mi padre habían muerto hacía años. Los de mi madre también. Pero en nuestra familia los recuerdos no eran tabú.

—Tu abuela siempre decía que nadie discutía con el estómago lleno —añadió mi madre.

—Mentira —dijo Jake—. Yo discuto perfectamente después de repetir plato.

—Eso es porque eres insoportable antes, durante y después —respondí.

Cindy se inclinó hacia mí.

—¿Es verdad que ayer hubo disparos?

Ahí estaba. La curiosidad inevitable.

—Uno. Sin heridos.

—Mamá dice que deberías trabajar en algo más tranquilo —añadió ella.

—Tu madre cree que todo lo que no implique contratos y balances es peligroso —dije, mirando a Lucy con cariño.

Lucy levantó las manos.

—Solo digo que podrías dirigir algo. No correr detrás de criminales.

—Me gusta correr detrás de criminales.

Mi padre me observó en silencio, con ese orgullo contenido que nunca verbalizaba del todo.

—¿Y tú, Jake? —preguntó el tío Ethan—. ¿Algún escándalo internacional que debamos conocer?

—Solo uno menor en Milán. Nada que mamá no haya visto antes.

Mi madre negó con la cabeza.

—La prensa exagera.

—La prensa vive de exagerar —respondió Loren.

Erik se inclinó hacia mí.

—¿Ves? Mi vida es la más estable de todas.

—Eres policía —le recordé.

—Exacto. Nada más estable que la delincuencia constante —contestó, y solté una risa breve.

La conversación se desvió hacia anécdotas del pasado. Historias de cuando mis padres se conocieron. De cómo nadie apostaba a que una supermodelo y un policía terminarían formando una familia tan… ruidosa.

—Tu abuelo decía que Daniel parecía demasiado serio para Valentina —recordó la tía Isabelle.

—Y tu abuela decía que yo parecía demasiado brillante para él —añadió mi madre con una sonrisa.

—Y aquí estamos —dijo mi padre—. Demostrando que estaban equivocados los dos.

Hubo un silencio cálido que mostraba nuestra complicidad y lo unidos que estábamos todos.

Miré alrededor de la mesa. Erik riéndose. Cindy discutiendo cifras con Loren. Jake contando una historia exagerada. Mi madre escuchando con esa sonrisa luminosa. Mi padre observándolo todo. Y mis tíos sonriendo, como siempre.

Pensé en la nota guardada en el cajón de mi cocina. Y decidí que no tenía cabida en esa mesa. No ese día.

—Aileen —dijo el tío Ethan de pronto—, ¿cuándo nos invitas a cenar a tu *loft*?

—Cuando prometáis no criticar mi vino.

—Imposible —respondió Loren.

—Entonces nunca.

Más risas. Durante un momento, todo fue ligero. Normal. Seguro. Pero en algún punto, mientras Jake discutía con Cindy sobre estrategias de marca personal y Erik intentaba convencer a mi padre de que necesitaba un coche nuevo, sentí algo extraño.

Una sensación fugaz. Como si la calma fuera demasiado perfecta. La aparté. Era domingo. Y los domingos, en mi familia, eran sagrados.

No sabía que esa tranquilidad tenía fecha de caducidad. Y que muy pronto, el apellido O'Connor volvería a significar algo más que legado.

Significaría pasado.

Después del postre, que en mi familia equivalía a una segunda comida completa, la mesa empezó a dispersarse poco a poco.

Cindy arrastró a Loren al salón para enseñarle su proyecto con gráficos incluidos. Jake estaba en la cocina ayudando a mi madre, lo que en realidad significaba probar todo lo que encontraba. Erik discutía con Ethan sobre estadísticas del departamento.

Yo salí a la terraza acristalada que daba al pequeño jardín interior. Necesitaba aire.

Nueva York en invierno tenía esa quietud engañosa. El cielo gris, las ramas desnudas, el frío que parecía ordenar los pensamientos.

—Sabía que te encontraría aquí.

La voz de mi padre siempre había tenido ese tono sereno, firme sin necesidad de imponerse, y me giré.

Daniel O'Connor seguía teniendo la misma presencia que cuando llevaba la placa de comisario. Espalda recta, mirada analítica y las manos en los

bolsillos del pantalón.

—Necesitaba un minuto —admití.

Se colocó a mi lado, apoyando los antebrazos en la barandilla. Durante unos segundos no habló. Nunca había sido de llenar silencios innecesarios.

—¿Qué tal en el trabajo? —preguntó finalmente.

La pregunta parecía sencilla, pero en su voz nunca lo era.

—Bien —respondí automáticamente.

Su ceja derecha se arqueó apenas un milímetro. Me conocía demasiado. Suspiré.

—Ayer tuvimos un secuestro exprés. Niño de nueve años. Improvisado. Desesperación económica. Se resolvió sin heridos.

Asintió despacio.

—¿Quién lideró?

Lo miré de reojo.

—Yo.

Una sombra de orgullo cruzó su mirada, rápida pero evidente.

—Cuéntame cómo lo planteaste.

Y lo hice. Le expliqué la llegada, la lectura del entorno, el perfil del secuestrador, el momento exacto en que decidí avanzar. Él escuchaba sin

interrumpir, como hacía cuando yo era pequeña y le narraba historias inventadas que acababan siempre con policías ganando.

—Bien —dijo cuando terminé—. Identificaste la motivación antes de la confrontación. Eso reduce la probabilidad de reacción violenta.

Asentí.

—Estaba más asustado que decidido.

—Los más peligrosos son los que no tienen nada que perder —añadió él.

—Lo sé.

El viento movió ligeramente su cabello.

—¿Algo más? —preguntó con naturalidad.

Ahí estaba la oportunidad. Podía decirlo. “He recibido una nota anónima.” Podía convertirlo en procedimiento. En protocolo. En algo oficial. Pero en cuanto lo imaginé, también vi el efecto dominó.

Mi madre, preocupada. Jake exagerando. Erik, obsesionado. Mi padre activando recursos, aunque intentara disimularlo. Y, sobre todo, recordé la historia que siempre flotaba en nuestra familia, aunque casi nunca se mencionaba directamente.

El admirador de mi madre. El hombre que confundió fascinación con derecho. Que envió cartas. Que apareció en eventos. Que cruzó líneas.

Todos habían hablado de aquello, del modo en que mi padre se mantenía alerta. La vigilancia discreta. El miedo silencioso. No quería devolver eso a nuestra familia. No por una frase.

—Nada más —respondí finalmente.

Mi padre me observó unos segundos.

—Aileen.

Odiaba cuando decía mi nombre así.

—Estoy bien.

Sostuve su mirada. Él no era un hombre fácil de engañar. Había leído a criminales durante décadas. Había detectado mentiras en respiraciones irregulares. Pero también era mi padre. Y sabía cuándo presionar y cuándo no.

—Eres buena —dijo al cabo de unos segundos—. No por ser mi hija. Por cómo piensas.

Algo se aflojó en mi pecho.

—Siempre pensé que Jake sería el policía —añadió con una leve sonrisa, y yo reí suavemente.

—Y todos pensaban que yo acabaría en una pasarela.

—Tenías porte para ello.

—No tenía paciencia.

—Ni sumisión —corrigió él, y sonreí.

—Desde que tenía ocho años quería tu placa.

—Lo sé.

—¿Te decepcionó?

Me miró con una mezcla de sorpresa y firmeza.

—Nunca.

El silencio que siguió fue distinto. Más profundo.

—Lo único que me preocupa —añadió— es que cargues con demasiado sola.

Ahí tocó algo.

—No necesito que me protejan —respondí, quizá un poco más rápido de lo necesario.

—No he dicho eso.

—Lo sé —respiré hondo—. Puedo manejar mi trabajo. Puedo manejar la presión. Puedo manejar lo que venga.

Sus ojos grises se clavaron en los míos.

—Eso no significa que tengas que hacerlo sin respaldo.

Lo sabía. Pero depender emocionalmente de alguien siempre me había parecido un riesgo.

—Si algo se sale de control, te lo diré —dije.

Era una verdad a medias. Él asintió despacio.

—Confío en ti.

Y eso, viniendo de Daniel O’Connor, no era poca cosa. Desde dentro llegó una carcajada estruendosa de Jake.

—Creo que están discutiendo sobre inversiones otra vez —murmuré.

Mi padre sonrió.

—Vamos antes de que Erik intente mediar en economía global.

Entramos de nuevo en el calor del salón.

Mi madre me lanzó una mirada rápida, evaluando. Las madres detectaban cambios mínimos en la respiración de sus hijos. Pero le sonreí y ella pareció aceptar la respuesta silenciosa.

Durante el resto de la tarde todo fue ligero otra vez. Café, anécdotas y promesas de vernos pronto.

Cuando finalmente me despedí de todos, mi madre me abrazó más de lo habitual.

—Cuídate —susurró.

—Siempre.

Mi padre me dio un beso en la frente. Jake prometió pasar por mi apartamento esa semana. Erik me señaló con dos dedos.

—Si necesitas algo, lo que sea…

—Lo sé.

Conduje de vuelta al *Upper West Side* con la sensación cálida que siempre me dejaban estas reuniones. Familia. Red. Refugio.

Subí a mi apartamento, dejé el abrigo y me quedé un momento en medio del salón en silencio.

Caminé hasta la cocina, abrí el cajón y saqué la nota.

«Tenemos una deuda pendiente, O'Connor.»

La observé unos segundos más. Podía estar equivocada. Podía no ser nada. Podía desaparecer. La doblé con cuidado y la guardé de nuevo.

—*Soy mayorcita* —murmuré para mí.

Sabía defenderme sola. Y tarde o temprano, quien fuera que hubiese escrito eso, daría la cara.

Lo que no sabía era que esa persona llevaba años esperando. Y que no buscaba asustarme. Buscaba cobrar esa deuda pendiente.

Capítulo 5



Liam

Los miércoles siempre habían sido mi día favorito en el parque.

No por nada especial. No eran más tranquilos ni más intensos que otros. Pero tenían ese equilibrio extraño entre rutina y posibilidad. El tipo de día en el que podía pasar absolutamente nada… o arder media ciudad.

Me gustaba esa incertidumbre. Me gustaba porque era exactamente lo que había buscado desde que tenía uso de razón.

Siempre me gustaron los camiones de bomberos. No como a la mayoría de los niños, que los miraban fascinados durante unos segundos y luego volvían a sus juguetes. Yo me quedaba observándolos hasta que desaparecían al girar la esquina. Me sabía los modelos, las sirenas, las escalas. Mientras otros querían ser astronautas o deportistas, yo quería llevar ese uniforme oscuro con bandas reflectantes.

Y nunca dejé de quererlo.

Mi padre intentó, durante años, convencerme de que estudiara Derecho. Era lógico. Thomas Hayes no solo era un abogado brillante; era socio fundador de uno de los bufetes más prestigiosos cerca de Central Park. Mi

madre, Margaret, era aún más temida en los tribunales. Juntos eran una institución.

Pero yo nunca quise una toga. Quise fuego. Quise entrar en edificios cuando todo el mundo salía corriendo. Y para eso me preparé como si la vida dependiera de ello. Porque, en el fondo, sabía que dependería.

Entrar en el cuerpo de bomberos de Nueva York no era un capricho sin más. Era exigencia física, mental, disciplina absoluta. Me entrené durante años. Corría al amanecer, levantaba pesas hasta que los músculos me ardían, estudiaba protocolos hasta memorizarlos en sueños.

Cuando por fin aprobé y crucé por primera vez la puerta del parque como uno más, supe que estaba exactamente donde siempre había querido estar.

A los treinta y siete años, como capitán, esa sensación no había cambiado.

Esa mañana estaba en el gimnasio de la estación, terminando una serie de dominadas. El olor a hierro y caucho mezclado con café era parte de nuestra identidad.

—Vas a arrancar la barra de la pared —escuché detrás de mí.

Connor Brooks. Treinta y ocho años, más alto que yo, rubio perpetuamente despeinado y con esa capacidad irritante de parecer despreocupado incluso cuando el mundo ardía.

Salté al suelo.

—Buenos días a ti también.

—¿Cuántas llevas?

—Las suficientes para que tú no puedas seguirme —contesté, y sonrió con arrogancia fingida.

—Eso es un desafío.

Se colocó a mi lado y empezó su serie. Siempre competíamos. No por demostrar nada, era solo porque nos divertía.

Connor y yo habíamos entrado casi al mismo tiempo en el cuerpo. Habíamos subido escalones juntos. Habíamos compartido incendios, rescates, funerales. Era el hermano que elegí.

—Oye —dijo entre repeticiones—. La semana que viene tenemos la charla en el colegio de Ethan Junior.

Solté una risa.

—¿La de "los bomberos también estudian"?

—Exacto. Su hijo está convencido de que solo apagamos fuegos con una manguera gigante.

—No le quites la ilusión.

—Voy a llevar el casco antiguo. Impresiona más.

Dos compañeros más entraron en el gimnasio: Mike y Hernández.

—¿Otra vez compitiendo? —preguntó Mike.

—Siempre —respondimos Connor y yo al unísono.

Se unieron a nosotros. El ambiente era relajado. Bromas, comentarios sobre el turno anterior, apuestas absurdas sobre quién hablaría más en la

charla del colegio.

—Tú no —me señaló Hernández—. Das demasiado miedo en uniforme.

—Eso es liderazgo —repliqué.

—Eso es cara de pocos amigos —corrigió Connor.

Le lancé una toalla.

Después de casi una hora de entrenamiento, decidimos ir a las duchas.

El vapor llenó el vestuario. El agua caliente relajaba músculos que sabíamos que volverían a tensarse en cualquier momento. Connor se apoyó en la pared de azulejos, serio de pronto.

—Oye.

Ese tono ya lo conocía.

—¿Qué pasa?

—Este viernes salimos.

—Ah, ¿sí? —arqueé una ceja.

—Necesito olvidarme de Laura de una vez.

Ah. Laura. La ex.

—Pensé que ya lo habías hecho.

—Pensaba que ella me quería.

No respondí de inmediato.

—Y se ve que no era suficiente —continuó—. Porque no soy multimillonario. Y su nuevo novio sí.

Resoplé.

—Entonces no te quería a ti. Quería la vida que imaginaba contigo.

Se pasó la mano por el pelo mojado.

—Supongo.

Lo miré fijamente.

—Esa mujer no te ha querido nunca. Y lo sabes.

Me sostuvo la mirada un segundo y luego sonrió con ironía.

—Por eso te necesito el viernes. Cena, copa, distracción.

—Hecho.

—Y nada de irnos pronto.

—No prometo nada.

—Liam.

Sonreí.

—Está bien. Nos quedamos hasta que te convenzas de que no necesitas a nadie que mida el amor en cifras bancarias.

Sacudió la cabeza.

—Eres un romántico escondido.

—Ni lo sueñes.

No creía en el matrimonio. Nunca lo había hecho. Vivía el presente. Las relaciones que había tenido… habían sido intensas, sí. Pero nunca eternas. Al menos, eso era lo que decía en voz alta.

Salimos de las duchas y volvimos a la sala común justo cuando la alarma rompió el aire. Ese sonido nunca dejaba de atravesarme el pecho. Nos miramos, y la adrenalina fue inmediata.

Miércoles. Equilibrio roto.

—Vamos —ordené.

Y en cuestión de segundos, la calma se convirtió en acción.

El pitido de la alarma todavía vibraba en mis oídos cuando nos lanzamos al camión. Connor ya estaba en su sitio, con las manos firmes sobre los controles y la mirada concentrada. Hernández y Mike revisaban el equipo: mangueras, máscaras, botellas de aire. Todo debía estar perfecto. Cada segundo contaba.

—Incendio en un edificio de cinco plantas en el *Upper East Side* —anunció la radio—. Posibles atrapados en la tercera y quinta planta.

—Vamos —dije, apretando el cinturón del casco.

El camión rugió y nos lanzamos por las calles de Nueva York, luces rojas y sirenas cortando el aire helado de febrero. Mientras conducía, repasaba mentalmente el plan: establecer perímetro, evacuar, entrada segura, búsqueda de víctimas, control del fuego. Cada movimiento debía ser calculado. Cada decisión podía salvar o costar vidas.

Llegamos en menos de diez minutos. Las llamas ya lamían la fachada del edificio; un olor a madera quemada y plástico derretido invadía el aire. La gente gritaba en la calle, algunas agarrando a niños, otras intentando rescatar a mascotas atrapadas.

—Formación de equipos —ordené—. Connor, tú conmigo, Mike y Hernández con el acceso secundario. Equipos de evacuación en marcha.

Nos colocamos las máscaras y encendimos las linternas. Respiré profundamente, dejando que el humo filtrado por la máscara no me cegara ni me paralizara. Cada paso que daba dentro era un equilibrio entre velocidad y precaución.

El calor era intenso, abrasador, a pesar de la ropa ignífuga. Las llamas bailaban a través de los corredores, los muebles ardían, dejando columnas de humo negro que se enganchaban en mis pulmones a través del filtro. El rugido del fuego parecía querer devorarlo todo.

Nosotros cuatro y varios compañeros más conseguimos evacuar a los atrapados en cuestión de minutos. Hasta que una pregunta rompió en el aire cuando estábamos de vuelta en la calle.

—¿Sandy? ¿Dónde está mi hija?

Me giré y vi a una mujer mirando alrededor. Estaba junto a una de las ambulancias y no dejaba de buscar y llamar a su hija.

De manera instintiva, miré hacia el edificio envuelto en llamas. No podía ser, no podíamos habernos dejado a nadie ahí dentro.

—Max tampoco está —dijo entonces—. ¡¡Sandy!! —gritó mientras se acercaba al edificio, pero uno de los policías la detuvo.

—Señora, por favor, cálmese.

—Mi hija y su perro siguen ahí dentro, en la quinta planta. ¡Tienen que sacarlos! —gritó, con los ojos bañados en lágrimas.

Ni me lo pensé. Caminé hacia el edificio y pude sentir la mirada de Connor sobre mí.

—No entres solo a la quinta planta, Liam —dijo.

—No voy a dejar que una niña muera ahí —respondí, sin mirar atrás, y entré de nuevo en el edificio.

El olor a plástico quemado y madera chamuscada se volvió más intenso al llegar al quinto piso. Las llamas se colaban por la ventana rota del pasillo y la visibilidad era casi nula. Cada respiración era un esfuerzo; el calor me quemaba la nuca y los hombros.

—¡Sandy! ¡Háblame, pequeña! —grité desde el rellano y entré en el primer apartamento—. ¡Sandy! ¡Voy a sacarte de aquí!

No vi a nadie en ese apartamento, así que regresé al rellano y entré en el siguiente, llamando a Sandy y a su perro Max, esperando y deseando que me escucharan.

En los tres primeros apartamentos no obtuve respuesta, pero no iba a darme por vencido; tenía que encontrar a esa niña y evitar que las llamas se la llevaran.

Entré en el último apartamento y seguí llamándolos a los dos, desesperado y con la visión un poco más borrosa y la dificultad de que el humo y el fuego me impedían moverme como necesitaba. Y entonces los escuché: unos ladridos, lejanos pero claros.

—¡Sandy! ¡Max! —volví a gritar—. ¡Voy a por vosotros!

Giré la linterna hacia la derecha y vi una puerta entreabierta. Empujé con la bota y la abrí de un golpe; el humo me golpeó en la cara, me cegó momentáneamente, pero mis ojos se acostumbraron.

Ahí estaba ella, inconsciente en el suelo, y a su lado, Max, el pastor alemán, inmóvil pero vigilante. Me arrodillé lentamente, dejando que el perro me olfateara.

—Tranquilo, Max —dije con voz calmada—. No voy a hacerle daño.

Extendí las manos hacia la niña y la cogí suavemente en brazos. Sentí su pequeño y frágil cuerpo temblar entre mis brazos.

—Vamos, cariño —susurré—. Es hora de salir.

Max salió delante de mí, girándose de vez en cuando, asegurándose de que estábamos bien. Cada paso que daba, su cola y sus ojos me seguían. Era increíble cómo ese perro entendía la gravedad de la situación.

Salimos del edificio justo cuando el humo era más denso. Fuera, la madre gritó el nombre de su hija y corrió hacia nosotros. Extendí a Sandy hacia ella y la abrazó llorando. Max se quedó junto a nosotros, vigilante y confiado.

—Gracias… —sollozó la mujer—. Muchas gracias.

Connor puso su mano en mi hombro.

—Eres un inconsciente —dijo—. Podrías haberte quedado atrapado.

—No podía dejarla —respondí—. Ya sabes que eso no es negociable.

Mientras la niña empezaba a toser, recuperando poco a poco la conciencia, sonreí al verla mirar a Max y acariciarlo. Ese momento de alivio y felicidad, pese al caos a nuestro alrededor, me hizo sentir que cada segundo de entrenamiento, cada sacrificio, cada riesgo valía la pena.

El incendio continuaba rugiendo detrás de nosotros, pero en ese instante, la vida había ganado. Y eso era lo único que importaba.

El olor a humo seguía impregnando la ropa, el casco y la piel, incluso después de quitarme la máscara. Todavía podía sentir el calor residual en los músculos, el latido acelerado en el pecho, la adrenalina corriendo por mis venas como un río. Hernández y Mike estaban comprobando las mangueras, apagando llamas residuales, mientras Connor y yo hacíamos el inventario de las víctimas evacuadas.

El edificio estaba parcialmente controlado. Unas unidades permanecían allí para asegurarse de que no hubiera focos escondidos, mientras nosotros nos retirábamos. La sensación de alivio era intensa, mezclada con el cansancio físico extremo y un hilo de tensión que nunca desaparecía del todo. Cada incendio dejaba un rastro en la memoria, una cicatriz invisible que se reabría con cada alarma.

—Liam… —Connor suspiró y se apoyó en la barandilla del camión—. Eres un inconsciente. Entrar solo ahí dentro… Cualquier día te pasa algo.

Lo miré mientras me quitaba los guantes, sin poder evitar la sonrisa que escondía algo de ironía y algo más profundo.

—No puedo cargar con otra muerte en mi conciencia —dije, casi en un susurro—. Si alguien muere mientras yo estoy allí y puedo evitarlo… no me lo perdonaría nunca.

Connor frunció el ceño. Sabía que no iba a añadir nada más. No era un tema que se hablara a la ligera. Nadie entendía completamente lo que uno llevaba dentro después de perder a alguien. Años atrás, un incendio se había llevado a alguien que me importaba y que no pude salvar. Esa memoria seguía viva, latiendo en mi pecho cada vez que cruzaba una puerta llena de humo.

—Lo sé, Liam —dijo finalmente, con un suspiro resignado—. Pero eres un maldito cabezota. Prométeme que la próxima vez… al menos me dejas entrar contigo, ¿vale?

Asentí sin añadir nada. Connor entendía lo suficiente y eso bastaba.

Mientras nos dirigíamos de vuelta hacia el parque, con los vehículos pasando entre el humo residual y los curiosos todavía mirando, sentí la mezcla de fatiga y satisfacción que siempre me dejaban los rescates.

Ver la sonrisa de Sandy, verla abrazar a su madre y la conexión silenciosa con Max… eso era la recompensa real, lo que me recordaba por qué había elegido esta vida. Por qué había dedicado horas de entrenamiento, por qué había soportado cada dolor físico, cada noche de alarma y cada decisión imposible.

De vuelta en el parque, mientras colgábamos los equipos y limpiábamos lo necesario, Connor no dejaba de lanzarme miradas de reproche con un toque de humor.

—Un día me vas a provocar un infarto de verdad, Hayes. —Sacudió la cabeza—. Eres como esos héroes de película que siempre entran en el último segundo… y siempre sobreviven.

Sonreí, cansado pero satisfecho, dejando que el orgullo y la culpa se mezclaran en silencio.

—Si lo hago bien, nadie muere —dije simplemente—. Eso es suficiente para mí.

Connor volteó los ojos, y yo me sentí aliviado de que, al menos, alguien entendiera el peso que uno llevaba encima. Esa mezcla de responsabilidad y culpa, de miedo y determinación, era la que me mantenía en pie. Cada incendio era un recordatorio brutal de la fragilidad de la vida y de la fuerza que uno podía encontrar cuando la necesidad lo exigía.

Me senté un momento, apoyándome en el camión, respirando hondo. Pensé en la pequeña Sandy, en Max, en la madre abrazando a su hija. Esa sonrisa… eso era lo que me daba fuerzas para seguir adelante, para volver a subir a un camión, para entrar de nuevo en las llamas cuando hiciera falta.

Sabía que la vida como bombero siempre sería así: intensidad, peligro, momentos que te desgarraban por dentro y te llenaban de orgullo al mismo tiempo. Y también sabía que, pese al pasado que me atormentaba, seguiría entrando en los edificios y enfrentándome al fuego y al peligro. Porque había aprendido que no había otra manera de vivir con la conciencia tranquila.

Y mientras colgaba mi casco y respiraba el aire limpio de la estación, una certeza se instaló en mí: mientras pudiera salvar a alguien más, mientras pudiera ver esa sonrisa de alivio, el fuego no tendría el poder de destruir todo lo que importaba.

Capítulo 6



Liam

Era sábado y, como casi todos los fines de semana, me dirigí a casa de mis padres. El trayecto por la Quinta Avenida me daba tiempo para ordenar pensamientos, revisar mentalmente las llamadas del día y, sobre todo, prepararme para todo lo que me esperaba.

La casa de mis padres siempre había sido un refugio; un lugar donde podía ser solo Liam, sin uniforme, sin responsabilidades de salvar vidas, sin la presión de la adrenalina constante.

Al entrar, me recibió el calor acogedor de la cocina y el aroma de guisos caseros mezclado con café recién hecho. Mi madre estaba revolviendo una cazuela mientras mi padre hojeaba un periódico que tenía entre las manos, sin perderse detalle de todo lo que pasaba a su alrededor. Olivia, mi hermana, estaba apoyada en la encimera con un cuaderno de la galería de arte abierto frente a ella, garabateando notas con su estilo bohemio característico.

—Ahí está el bombero heroico —dijo mi madre sin mirar—. Llegas justo a tiempo para salvar la comida de que se enfríe.

—No os preocupéis, mamá —respondí, sonriendo—. Hoy no voy a arriesgar la vida por un café caliente, lo prometo.

—Ah, ¿no? —replicó Olivia, arqueando una ceja—. Vaya, estoy decepcionada. Pensé que te meterías en la cocina para rescatar la sartén de los huevos revueltos.

—Eh, esos huevos no se merecen ser rescatados —dije, provocando una carcajada de mi madre—. Mejor me concentro en no quemar la casa yo solo.

Mi padre me miró, serio, pero con ese brillo de orgullo que siempre llevaba en los ojos cuando hablaba de lo que hacía.

—Hemos visto las noticias —dijo con su tono pausado y firme—. Lo de la niña y su perro… buena actuación, Liam. Pero deberías cuidar más de ti mismo. No necesitamos otra llamada en casa diciendo que nuestro hijo se ha quedado atrapado en un balcón por salvar a alguien.

—Lo sé, papá —respondí encogiéndome de hombros—. Pero tampoco voy a dejar que nadie se muera quemado mientras yo estoy allí. Esa es la diferencia entre un bombero y un espectador.

—Eso suena muy poético, hijo —intervino mi madre, con un guiño—. ¿Poético o loco? A veces me cuesta diferenciarlo contigo.

Olivia soltó una carcajada.

—Definitivamente es lo segundo, mamá —dijo—. Pero lo queremos así.

Me dejé caer en una silla mientras ellos seguían con la comida, y la conversación derivó rápidamente hacia temas más ligeros.

—Estamos pensando en dejar el bufete en manos de los abogados de mayor confianza —dijo mi padre, tomando un sorbo de su copa de vino—. Vuestra madre y yo queremos dedicarnos a vivir un poco más y disfrutar.

—¡Eso es lo mejor que podríais hacer! —exclamó Olivia—. Os lo llevo diciendo un año, que necesitáis vivir más y trabajar menos.

—Y eso nos lo dice nuestra hija, la que vive pegada a un teléfono móvil y una agenda. Claro que sí —mi madre volteó los ojos y a mí me salió una leve risa—. Y tú no te rías —me señaló—, que a veces pienso que duermes con la manguera.

—Técnicamente, y dado que al miembro viril masculino a veces se le llama manguera, sí, duerme con ella, mamá —soltó mi hermana, y los tres la miramos con los ojos abiertos mientras ella seguía garabateando en su cuaderno como si nada.

—A nosotros nos parecerá bien lo que decidáis hacer —dije sonriendo y obviando el comentario de mi querida hermana pequeña—. Siempre que nos prometáis que, cuando salgáis de viaje, nos llamaréis para que sepamos que estáis bien.

—A mis años y rindiendo cuentas a mis hijos de dónde y cómo estoy, lo que tiene que ver uno —comentó mi padre y suspiró, haciendo que todos riéramos.

No faltaron las bromas familiares típicas: mi madre lanzándome una cucharilla de madera como si fuera un búmeran, Olivia haciendo gestos dramáticos de indignación cada vez que mi padre hablaba de dejar el bufete, y yo intentando esquivar utensilios mientras todos reíamos.

—¿Y tú, Olivia? —mi madre—. ¿Qué tal en la galería?

—A tope de trabajo. En unos días tendremos una exposición de cuadros y esculturas de algunos artistas nuevos —respondió Olivia—. Estáis los tres invitados y quiero que vengáis. Prometo que habrá vino.

—Vino… perfecto —dije, fingiendo una reverencia—. Entonces esa será mi motivación para ir, sí.

Mi padre frunció el ceño y me lanzó una mirada de "no seas así con tu hermana", mientras mi madre y Olivia estallaban en risas.

—Espero que esta vez no salgas a rescatar gatos de los árboles antes de la exposición —bromeó mi hermana.

—No prometo nada —respondí, riendo—. Nunca se sabe cuándo un gato va a necesitar un héroe.

Seguimos comiendo y hablando de cosas sin importancia: la galería de Olivia, los próximos eventos en la ciudad, alguna que otra anécdota de incendios recientes. Cada broma, cada sonrisa, cada comentario formaba parte de la rutina familiar que tanto apreciaba. Aquí no había presiones, no había vidas en juego ni expectativas que cumplir, salvo las de reír y disfrutar del momento.

Ellos eran los pilares que me mantenían en pie; eran las personas que sabían cuándo hablar y cuándo callar, cuándo hacer una broma si con eso conseguían que me olvidara de que había tenido un mal día o de los recuerdos del pasado que se empeñaban en no abandonarme.

Después de comer y tomar una generosa porción del pastel de arándanos de mi madre como postre, fui hacia el jardín en busca de un momento a solas para estar tranquilo.

El frío seguía golpeando ligeramente la terraza acristalada, pero el refugio del cristal me mantenía a salvo del viento helado de febrero. Me apoyé en la barandilla de madera, mirando cómo la luz gris de la tarde dibujaba sombras alargadas sobre el jardín. Había algo en la calma de ese momento que me hacía pensar en todo lo que había pasado en los últimos años: incendios, rescates, pérdidas… y la certeza de que, en ese trabajo, cada segundo contaba.

Olivia apareció detrás de mí con dos cafés humeantes. Su cabello negro liso brillaba bajo la luz tenue, y su mirada estaba llena de esa mezcla de complicidad y preocupación que siempre la caracterizaba. Me tendió uno y sonreí.

—Gracias —dije, cogiendo la taza y dejando que el calor me recorriera las manos—. Justo lo que necesitaba.

—¿Sabes? —dijo, apoyándose en la barandilla a mi lado—. Mamá y papá tienen razón. Está bien que salves vidas… pero no a costa de perder la tuya.

Asentí lentamente, mirando el café y luego el cielo gris que cubría la ciudad.

—Lo sé —respondí—. Siempre voy con cuidado, pero no puedo… no puedo permitir que alguien muera durante mi turno. Es más fuerte que yo.

Olivia suspiró, dejando que la taza se apoyara en la barandilla mientras me miraba directamente a los ojos.

—Lo entiendo, Liam. Pero no puedes cargar siempre con todo sobre tus hombros. No eres invencible. —Su voz era suave, pero firme—. Si algo te pasa, ¿quién salvará a los que quedamos?

Sonreí ligeramente, dejando que su comentario calara hondo. Sabía que tenía razón, pero en el fondo, la necesidad de actuar, de ayudar, de no quedarme de brazos cruzados… era parte de mí. Parte de lo que me había llevado hasta allí, al corazón de Nueva York, con el casco aún lleno de hollín y la ropa impregnada del olor a humo y adrenalina.

—Lo sé —dije finalmente—. Pero cada vez que alguien sobrevive, cuando veo esa sonrisa… es como si valiera la pena cada riesgo.

Olivia me dio un leve apretón en la mano, un gesto simple pero lleno de afecto.

—Si estuviera aquí —susurró—, estaría orgullosa de ti. Y no me refiero solo porque salvas vidas. Me refiero a la persona que eres.

Asentí, dejando que un silencio cómodo se instalara entre nosotros. Fuera, los ruidos de la ciudad eran un murmullo lejano, irrelevante. Por un momento, no había incendios, no había alarmas, no había prisas. Solo la terraza, los cafés calientes y la presencia de alguien que entendía el peso que llevaba encima.

—Gracias —dije al fin—. No es fácil encontrar a alguien que lo entienda.

—No deberías enfrentarte a todo solo —replicó Olivia, con una mezcla de reproche y cariño—. Todos tenemos límites, Liam. Incluso tú.

Miré el horizonte, pensando en aquel incendio reciente, en la pequeña Sandy, en Max… en cómo cada rescate me recordaba lo frágil que era la vida y lo mucho que podía cambiar en segundos.

El pasado aún me perseguía: el fuego que había arrasado con aquello que amaba, la impotencia que todavía me quemaba por dentro. Pero había algo que también me mantenía firme: la certeza de que cada vida salvada me daba otra oportunidad de redimirme, de equilibrar aquel peso que no me dejaba en paz.

Olivia sonrió y apoyó su frente suavemente contra mi hombro.

—Solo prométeme algo —dijo—. No hagas locuras. Que no tengas que arrepentirte de lo que no pudiste evitar porque tomaste un riesgo innecesario.

Suspiré, dejando que un calor diferente al café recorriera mi pecho.

—Lo prometo —dije, aunque la palabra no era del todo exacta. Sabía que no podía prometerlo por completo. Nunca podía. Solo podía intentar ser cuidadoso.

Ella asintió y se apartó un poco, dejando que la vista del jardín volviera a capturar mi atención. Las sombras del atardecer se alargaban, los árboles desnudos temblaban con la brisa y el recuerdo del incendio volvía a mi mente. Pero esta vez, no estaba solo. Tenía a alguien que comprendía, que vigilaba, que me recordaba que incluso los héroes necesitaban un respiro.

—¿Sabes qué? —dijo Olivia, con un tono más ligero, intentando romper la seriedad del momento—. Salvar vidas está muy bien, pero deberías intentar disfrutar de la tuya también.

Sonreí, dejando que la taza vacía descansara sobre la barandilla. La ciudad seguía allí, impasible, pero por primera vez en mucho tiempo, sentí que podía respirar sin sentirme atrapado por la urgencia de la próxima emergencia.

—Lo intentaré —dije—. Y gracias por recordármelo.

Ella me hizo un guiño, dándome a entender que no había que decir más. El silencio volvió, pero esta vez no era incómodo. Era un espacio seguro, lleno de comprensión y de ese vínculo que solo los hermanos compartían.

Aflojé los hombros, cerré los ojos un instante y dejé que el aroma del jardín y el calor del café me recordaran que, pese a los riesgos y al fuego, todavía había momentos que valían la pena. Momentos que hacían que todo lo demás mereciera la pena.

Escuché unos pasos y supe de quién eran antes incluso de verla aparecer.

—¿Qué conspiráis aquí vosotros dos? —preguntó mi madre, con los brazos en jarras y una sonrisa divertida—. Os veo aquí como si estuvierais planeando un golpe maestro.

Olivia y yo nos miramos y soltamos una carcajada.

—Nada, mamá —dije—. Solo estábamos tomando un café.

—Ajá, sí, claro —replicó ella, arqueando una ceja—. Tomando un café y salvando el mundo, supongo.

Rio y sacudió la cabeza, mientras Olivia imitaba mi gesto serio, y los dos acabamos contagiándonos de su risa. Era imposible no hacerlo; su alegría siempre había sido contagiosa.

—He preparado unos táperes de comida para que os llevéis —dijo mi madre, señalando con la cabeza hacia el interior de la casa.

—Gracias, mamá. Si no fuera por ti, nos moriríamos de hambre, aun sabiendo cocinar como sabemos —contestó Olivia.

—Hija, no hay nada como la comida de una madre, te lo aseguro.

—Pues en eso llevas razón —dijo, guiñándome un ojo—. La comida de una madre siempre sabe mejor.

Asentí, agradecido por la calidez del hogar y por la sencillez con la que mi madre lograba que todo se sintiera seguro, incluso para alguien que pasaba sus días enfrentándose al fuego y al riesgo de la muerte.

—Y después no digáis que no os aviso —continuó mi madre, mientras nos señalaba—. Que todo esto no es solo por amor maternal; es estrategia de supervivencia.

Reímos juntos otra vez, y Olivia y ella entraron a la casa para ir guardando los táperes en bolsas. Yo me quedé un momento en silencio, mirando el atardecer que se filtraba por los cristales. La luz dorada del invierno contrastaba con el gris de los incendios y los rescates, pero me hacía recordar por qué hacía lo que hacía. Cada vida salvada, cada sonrisa después del peligro… era un instante que justificaba todo.

Mi mente volvió al incendio. A la pequeña Sandy, asustada pero viva, y su perro Max, fiel hasta el final, corriendo delante de mí mientras bajábamos por los pasillos llenos de humo y llamas. La explosión que casi me derriba, el olor a humo quemado, la sensación de impotencia de haber perdido a alguien que quería… todo eso volvió con una fuerza que cortaba la respiración.

Olivia regresó con otros dos cafés y me dio un ligero apretón en la mano. Su gesto me recordó que, aunque podía enfrentar cualquier fuego, no tenía por qué hacerlo solo. Tenía a mi familia, quienes me recordaban que mi vida también importaba.

—Sabes —dijo mientras me tendía el café—, estoy orgullosa de ti. No solo por salvar vidas, sino por cómo lo haces. Por no rendirte. Por seguir adelante, aunque duela.

Asentí, cogiendo el café y dejando que su calor me calmara. Era un calor diferente, uno que no se apagaba como el fuego, uno que permanecía incluso cuando todo lo demás se desmoronaba.

Observé los árboles desnudos, el césped mojado y la ciudad a lo lejos. Cada vez que iba a un incendio, pensaba en la persona que había perdido, en el peso de conciencia que llevaba, pero también en todas las sonrisas que había logrado salvar. Cada niño, cada familia que había protegido… era un recordatorio de por qué lo hacía.

Y mientras el humo y el fuego podían destruir edificios, podían quemar muebles y sueños, nunca podrían tocar la satisfacción de haber hecho lo correcto. Esa era la sensación que me mantenía en pie, que me impulsaba a seguir subiendo escaleras llenas de humo, a seguir corriendo hacia el peligro cuando otros salían corriendo.

Poco después entramos y miré los táperes sobre la mesa y la sonrisa de Olivia, la risa de mi madre, la complicidad silenciosa que siempre existía entre nosotros. Pensé que, pese a todo, había momentos que no se podían comprar ni con dinero ni con poder. Momentos que valían la pena incluso frente al fuego más destructivo.

Y mientras sostenía la taza vacía de café, respirando hondo y observando la ciudad que brillaba al otro lado del cristal, comprendí que eso era lo que más satisfacción me daba: ver que quienes habían sobrevivido al peligro podían seguir adelante, sonreír, vivir. Y que yo aún tenía toda una vida por delante para seguir haciendo exactamente eso.

Capítulo 7



Aileen

El viernes por la noche siempre tenía algo de tregua fingida.

El caso seguía latiendo en mi cabeza como un segundo pulso, demasiado constante para ignorarlo, pero aquella noche me había prometido desconectar. Aunque solo fuera durante unas horas. Aunque fuera mentira.

Estaba de pie frente al espejo de mi dormitorio, con el cabello suelto cayéndome en ondas oscuras por la espalda. El ladrillo visto detrás de mí contrastaba con la suavidad del vestido que sostenía entre las manos. Negro, sencillo, pero peligrosamente bonito.

Lo deslicé por mi cuerpo con movimientos lentos, observando cómo la tela se ajustaba a mis curvas sin resultar vulgar. Tenía un escote en V elegante y la espalda ligeramente descubierta. Lo suficiente para insinuar, no para gritar.

—*Perfecto* —murmuré para mí.

No me arreglaba así para impresionar a nadie. Ni siquiera para que me miraran. Lo hacía porque podía. Porque debajo del uniforme había una mujer que no necesitaba una placa para sentirse fuerte.

Me recogí el cabello en una coleta alta primero, por pura costumbre profesional, y luego me reí de mí misma. No estaba de servicio. Solté la goma y dejé que el pelo cayera libre otra vez.

Un poco de *eyeliner*, máscara de pestañas y el pintalabios rojo oscuro que hacía que mis ojos parecieran aún más intensos.

Sonreí y me incliné hacia el espejo.

—*Cuidado, Nueva York* —susurré.

En ese momento, el móvil vibró sobre la encimera del baño. Era mi primo Erik. Volteé los ojos antes incluso de descolgar.

—Dime que no estás llamando para preguntarme qué me he puesto —respondí sin saludo previo.

Su risa grave atravesó el auricular.

—¿Me conoces demasiado o qué?

—Te conozco desde que llevabas pañales. Por si lo has olvidado, nos llevamos un mes.

—Oye, eso es información clasificada.

Me apoyé contra la pared, cruzando los brazos.

—¿Qué pasa?

El tono cambió. Sutil, pero suficiente para que mi cerebro profesional se activara.

—He tirado del hilo de lo que vimos ayer en los registros financieros.

Se me tensaron los hombros.

—Erik…

—Tranquila —interrumpió—. Solo he estado mirando movimientos. Hay una empresa pantalla conectada a una cuenta que ya teníamos marcada. Y adivina qué.

—Sorpréndeme.

—Está vinculada a alguien dentro del entorno institucional.

El aire se volvió más denso.

—¿Institucional cómo?

—Todavía no lo sé. Pero huele mal.

Cerré los ojos un segundo.

—Erik. Escúchame bien. No te metas en ningún sitio sin avisarme.

—Oh, venga, inspectora. Sé cuidarme.

—No es una sugerencia.

Hubo una breve pausa al otro lado.

—Voy a seguir la pista. Solo eso. Ver hasta dónde me lleva.

Sabía exactamente lo que significaba “solo eso” en su idioma. Significaba que iba a meter las narices hasta el fondo.

—Ten cuidado —repetí más bajo.

Su tono cambió de nuevo, más ligero.

—Lo tendré. Pero esta noche los que deberían tener cuidado son los hombres de Nueva York.

Bufé.

—¿Perdón?

—Seguro que vas vestida para matar.

No pude evitar reírme.

—Estás fatal.

—Admite que tengo razón.

—Estoy mona, nada más.

—Ajá. Eso en tu idioma significa que alguien va a perder la dignidad esta noche.

—Cuelgo.

—Nos vemos el lunes en comisaría. Y, Aileen…

—¿Sí?

—Si ves a algún idiota mirándote demasiado, recuérdale que eres O'Connor.

Sonreí.

—Siempre lo hago.

Colgué y dejé el móvil sobre la cama. Durante un segundo, la sonrisa se desdibujó.

Empresa pantalla. Entorno institucional. Alguien más cerca de lo que pensábamos. Me obligué a apartar el pensamiento. Aquella noche no era para eso.

Cogí el bolso pequeño negro, metí el móvil, las llaves y la pistola compacta en su funda discreta. Nunca salía sin ella. Costumbre, prudencia o, quizás, paranoia profesional.

Apagué las luces del *loft* y bajé al portal.

El aire frío de Manhattan me despejó la cabeza. Era viernes. Y por unas horas, solo iba a ser Aileen. No la inspectora. Ni la hija del comisario O'Connor. Solo yo.

El restaurante estaba a solo unas calles de mi apartamento, un italiano acogedor y siempre lleno donde la luz era cálida y las mesas estaban lo bastante juntas como para escuchar conversaciones ajenas sin querer. Perfecto para observar. Peligroso para una inspectora incapaz de desconectar del todo.

Divisé a Nora nada más entrar. La melena pelirroja recogida en una coleta desordenada. Las gafas apoyadas sobre la cabeza. Y, por supuesto, una copa de vino ya servida frente a ella.

—Llegas tarde —dijo sin mirarme siquiera, removiendo el vino como si estuviera analizando una muestra de laboratorio.

—Llegas pronto —respondí, quitándome el abrigo.

Levantó la vista y silbó.

—Madre mía, O'Connor.

—No empieces.

—No, no. Espera. Déjame procesarlo. —Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa—. ¿Ese vestido es legal?

—Estoy bastante segura de que sí.

—Porque si no lo es, como forense puedo certificar que ha matado a varios hombres antes siquiera de que te sientes.

Volteé los ojos mientras tomaba asiento.

—He venido a cenar, no a provocar un colapso de hombres.

—Qué ego.

Sonreí a pesar de mí misma.

El camarero vino a tomar nota y pedimos pasta fresca y otra copa de vino para mí. Cuando se marchó, Nora me observó con esa mirada suya de rayos X.

—No estás durmiendo.

—Estoy perfectamente.

—Aileen.

Suspiré.

—Duermo.

—¿Cuántas horas?

—Las suficientes.

—Eso no es un número.

—Eres insoportable.

Ella sonrió con satisfacción.

—Es mi encanto.

La conversación derivó inevitablemente hacia la nota. No entramos en detalles sensibles, ya que aquella era una costumbre adquirida, pero bastaron miradas y frases a medias para entendernos.

—Pinta mal —dijo en voz baja, más seria.

—Lo sé.

—No es solo alguien obsesionado. Es alguien con rabia contenida y algo personal contra ti.

—Gracias por el diagnóstico gratuito.

—Te lo cobraré en café.

El camarero trajo la comida y, durante unos minutos, hablamos de cosas menos densas. Hablamos de su último turno en el depósito, que fue imposible. De un residente nuevo que casi se desmaya ante su primera autopsia.

—Le dije que si vomitaba, lo limpiaba él —comentó con absoluta naturalidad.

—Qué delicada eres.

—Realista.

Reímos. Y entonces soltó la bomba.

—Me he descargado una aplicación nueva.

La miré fijamente.

—Dime que es para pedir comida.

—Es de citas.

Me quedé inmóvil.

—Bórrala.

—Ni siquiera sabes cuál es.

—Me da igual cuál sea. Bórrala.

—Eres una exagerada.

Dejé el tenedor sobre el plato.

—Nora. Trabajo en una comisaría. ¿Sabes la cantidad de denuncias que vemos de mujeres que quedan con hombres de esas aplicaciones y resultan ser unos psicópatas?

—Eso es una generalización.

—Es estadística.

—También hay hombres normales.

—Sí. Esos son los que no me preocupan.

Nora bebió un sorbo de vino.

—No pienso casarme con ninguno. Es solo… salir. Conocer gente.

—¿Y necesitas una aplicación para eso?

—Tú no sales.

—Salgo.

—Conmigo, o con Erik y los de tu equipo.

—Porque vosotros sois suficiente caos para mi vida.

Ella rio.

—Mira, inspectora paranoica. No voy a quedar en un callejón oscuro. Sitios públicos. Ubicación compartida contigo. Informe forense previo si quieres.

No pude evitar sonreír.

—Como se te ocurra hacerte un perfil, no te vuelvo a hablar en la vida.

—Dramática.

—Precavida.

—Controladora.

—Profesional.

—Soltera crónica.

Le lancé una servilleta.

—Cuidado.

—Vale, vale. No me mires así, que con ese vestido das miedo.

Sacudí la cabeza.

—Solo quiero que estés bien.

Su expresión se suavizó.

—Lo sé.

Hubo un breve silencio cómodo.

—¿Y tú? —preguntó entonces, inclinando la cabeza—. ¿Cuándo fue tu última cita de verdad?

—No lo recuerdo.

—Eso no es sano.

—Mi vida es bastante completa.

—Tu vida es trabajo, familia y más trabajo.

—Me gusta mi trabajo.

—No he dicho que no.

Jugué con la copa.

—No creo en depender de nadie.

—No se trata de depender.

—Se empieza así.

Nora me observó con demasiada comprensión.

—Alguien te hizo daño.

—No.

—Aileen.

—Nadie me hizo nada. Simplemente aprendí.

—¿El qué?

—Que es más fácil no necesitar.

Ella suspiró.

—Eres imposible.

—Y tú demasiado romántica para alguien que corta cuerpos todos los días —dije, y sonrió.

—Precisamente por eso. La vida es corta.

No respondí. Porque en el fondo sabía que tenía razón.

Pagamos la cuenta tiempo después entre risas y salimos al aire fresco de la noche.

—Una copa más —dijo Nora—. Solo una.

La miré.

—Solo una —le advertí señalándola.

—Prometido.

—Si mañana te duele la cabeza, no me llames.

—Si mañana me duele la cabeza, será culpa del vestido que llevas. Va a alterar el equilibrio del universo.

—Estás fatal.

—Y tú, preciosa. Vamos.

Negué con la cabeza, pero la seguí. Sin saber que esa copa iba a cambiar muchas cosas.

El local estaba a rebosar.

Luces bajas, música envolvente y ese murmullo eléctrico que solo tenían los sitios donde todo el mundo había decidido olvidarse de la semana al

mismo tiempo. Nora eligió el sitio y yo me limité a seguirla mientras atravesábamos la puerta.

—Esto está lleno —dije, inclinándome hacia su oído para que me oyera.

—Perfecto. Más opciones para mi futuro exmarido.

—No pienso rellenar tu denuncia cuando desaparezcas.

—Qué poco apoyo institucional tengo.

Nos abrimos paso hasta la barra. El camarero nos dedicó una mirada rápida que se demoró un segundo más de la cuenta en mí. Yo lo ignoré.

—Dos gin tonics —pidió Nora.

—Uno —la corregí.

—Dos.

—Uno.

—No seas aburrida.

Suspiré.

—Uno y medio.

El camarero sonrió como si aquello fuera el mejor espectáculo de la noche y preparó las copas.

Apoyé los codos en la barra, dejando que la música me recorriera el cuerpo. Hacía tiempo que no salía así. Sin placa visible. Sin radio. Sin la sensación de estar siempre alerta. O eso intentaba fingir.

Noté las miradas. No una. Varias.

—Te están mirando —murmuró Nora sin siquiera girarse.

—A ti también.

—No. A ti.

Di un sorbo a mi copa y, con disimulo, eché un vistazo alrededor.

A mi derecha, un tipo trajeado, probablemente financiero, demasiado pendiente de su reflejo en el móvil.

—Ese no —dije.

—¿Por qué?

—Se quiere más a sí mismo que a cualquier otra persona.

—Bien visto.

Un poco más allá, un hombre alto, con barba descuidada y camisa remangada. Tenía algo interesante.

—¿Y ese? —pregunté.

Nora lo analizó como si fuera una biopsia.

—Tiene pinta de decir "no soy como los demás" justo antes de ser exactamente como los demás.

Solté una carcajada.

—Eres imposible.

—Realista.

A nuestra izquierda, un chico joven, de sonrisa encantadora y mirada intensa.

—Ese te está devorando con los ojos —dijo Nora.

—Es demasiado joven.

—¿Cómo lo sabes?

—Forma de mirar. Todavía no sabe disimular.

—Eso es casi tierno.

—Eso es casi problemático.

Seguimos riendo, comentando hombres como si fueran perfiles de un informe psicológico improvisado. Y por primera vez en semanas, me sentí ligera.

Incluso bailamos. Al principio con espacio entre nosotras, luego riendo cuando Nora empezó a exagerar movimientos solo para hacerme reír. La música subió, las luces giraron y, durante unos minutos, olvidé el trabajo, las notas anónimas y la presión. Solo éramos dos amigas un viernes por la noche.

—Te juro que el de la camisa azul no deja de mirarte —insistió Nora mientras volvíamos a la barra.

—Que mire.

—Eso es nuevo.

—No necesito esconderme.

—Eso también es nuevo.

Le di un leve empujón con el hombro.

—No analices todo.

—Es deformación profesional.

—La mía también. Y ahora mismo estoy fuera de servicio.

Me giré para coger la copa que acababan de dejar sobre la barra y choqué contra alguien.

El impacto fue fuerte. Sólido. Mi bebida se inclinó peligrosamente… demasiado. Y el líquido se derramó sobre una camisa blanca.

—Oh, Dios —solté al instante—. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Levanté la vista y me quedé sin palabras.

Era alto. Mucho. Hombros anchos bajo una chaqueta oscura que ahora llevaba salpicaduras de gin tonic. La camisa blanca marcaba una complexión fuerte, definida, sin esfuerzo.

Pelo castaño oscuro ligeramente despeinado. Barba corta, perfectamente descuidada. Y unos ojos color miel cálidos, intensos. Sorprendidos primero, y luego divertidos.

Demasiado divertidos para alguien al que acababan de empapar.

—Ha sido culpa mía —añadí rápidamente, aunque sabía que no lo había sido del todo.

Abrí el bolso con torpeza y empecé a sacar pañuelos.

—De verdad, no le había visto. Qué desastre. Esto no suele pasarme.

Mentira. No solía pasarme porque normalmente estaba demasiado pendiente de todo. Él bajó la mirada hacia mi mano, que intentaba secar la tela.

—Tranquila —dijo con voz grave y serena—. No pasa nada.

Su voz… Dios. Era de esas voces que se te metían bajo la piel sin pedir permiso.

—Sí que pasa —insistí, notando cómo el calor me subía por el cuello—. Le he arruinado la camisa.

—De todos modos, iba al baño —respondió con una media sonrisa torcida—. Así que me viene bien.

Y qué sonrisa. Esa curva imperfecta que parecía esconder mil cosas.

Me aparté un poco, dándole espacio.

—Aun así…

—De verdad. No es grave.

Nuestros ojos se sostuvieron un segundo más de lo necesario y el ruido del local desapareció.

Fue absurdo. Ridículo. Pero sentí algo. Algo que no tenía que ver con las notas. Ni con el trabajo. Ni con mi apellido. Algo puramente físico. Instintivo.

Él dio un paso atrás.

—Ahora vuelvo.

Asentí, incapaz de decir nada coherente.

Lo vi alejarse hacia el pasillo que llevaba a los baños. La espalda recta. Paso seguro. Presencia imposible de ignorar.

—Aileen —susurró Nora a mi lado.

No respondí.

—Aileen.

—Lo sé.

—Ese no es un "no".

—Cállate.

—Te has quedado muda.

—No me he quedado muda.

—Te he visto.

Tragué saliva.

—Ha sido un accidente.

—Ajá.

Miré hacia el pasillo. Y no sabía por qué, pero no tenía sentido esperar.

Capítulo 8



Liam

El viernes había sido largo.

Incendio en un edificio de oficinas por la mañana. Falsa alarma por la tarde. Un rescate en un ascensor atascado que resultó más dramático por el *influencer* que grababa en directo que por el humo inexistente.

Cuando salimos de cenar, Connor y yo necesitábamos una copa.

—Una —le advertí mientras caminábamos hacia el local.

—Eso dices siempre.

—Porque siempre lo cumplo.

—Mentiroso.

Empujé la puerta del bar y nos recibió el golpe de música, luz tenue y conversaciones cruzadas. Ambiente de viernes. Gente riendo demasiado alto. Mujeres arregladas. Hombres fingiendo seguridad.

Connor echó un vistazo rápido alrededor.

—Buenas noticias —dijo.

—¿No hay fuego?

—Veo muchas mujeres guapas y sonrientes esta noche.

Resoplé mientras nos abríamos paso hasta la barra.

—No sé si eso entra en la categoría de buenas noticias.

—Para mí sí.

Pedimos dos whiskies. El camarero nos los sirvió con eficiencia y Connor levantó el suyo en mi dirección.

—Por sobrevivir otro viernes sin quemarte el culo.

—Por evitar que tú lo hagas primero.

Chocamos los vasos y bebimos.

El primer trago bajó fuerte y cálido. Justo lo que necesitaba para desconectar.

Connor apoyó el codo en la barra y volvió a escanear el lugar como si estuviera evaluando posibles salidas de emergencia… pero en versión femenina.

—En serio, Hayes. Mira a tu alrededor.

Lo hice. Había energía. Expectativa. Era ese tipo de noche en la que cualquier cosa podía pasar.

—¿Tienes pensado llevarte a alguna a casa? —pregunté.

Connor sonrió con descaro.

—No lo descarto.

—Qué sorpresa.

—¿Y tú?

Di otro trago.

—Estoy bien así.

—Eso no responde.

—No necesito que responda.

—Liam…

—Connor.

Nos miramos un segundo y luego él rio.

—Algún día te vas a enamorar sin darte cuenta.

—Eso no entra en mis planes.

—Precisamente.

Negué con la cabeza y terminé el whisky.

El móvil vibró en el bolsillo del pantalón. Lo saqué esperando que fuera algo del parque. No lo era.

Era un mensaje de mi hermana Olivia. Suspiré antes incluso de abrirlo.

Olivia: *Tengo una amiga que sería PERFECTA para ti.*

Cerré los ojos un segundo. Después contesté.

Liam: *No necesito que mi hermana pequeña me busque novia.*

La respuesta llegó casi inmediatamente.

Olivia: *Pues el siguiente paso es crearte un perfil en una app de citas.*

Resoplé al leerlo.

Liam: *Si haces eso sin mi consentimiento, dejo de ser tu hermano.*

Pasaron unos segundos.

Olivia: *No seas dramático. Soy creativa. Te estoy ayudando.*

Negué con la cabeza y guardé el móvil. Connor me miraba con esa sonrisa de quien olía el cotilleo.

—¿Problemas?

—Mi hermana.

—Peor.

—Dice que va a buscarme novia.

Connor soltó una carcajada.

—Acepta la ayuda. Igual tiene buen gusto.

—No necesito ayuda.

—Eso también lo dicen los que se ahogan.

—No me estoy ahogando.

—Te veo solo desde hace demasiado tiempo.

—Estoy ocupado.

—Eso no es lo mismo.

Iba a responderle cuando algo llamó mi atención. Un movimiento brusco. Una figura girándose demasiado rápido. Y entonces lo sentí.

El impacto. Sólido, fresco y… Sí, mojado.

Miré hacia abajo justo cuando el líquido transparente empapaba mi camisa blanca. Genial.

—Oh, Dios. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Levanté la vista y el ruido del bar se amortiguó.

Era alta. Esbelta. Llevaba un vestido negro que parecía diseñado para complicarle la vida a cualquiera con pulso. Y el cabello oscuro le caía en ondas naturales sobre los hombros. Pero fueron sus ojos los que me dejaron quieto.

Verde grisáceo. Intensos. Vivos. Preocupados ahora.

—Ha sido culpa mía —dijo, y sacó pañuelos del bolso con torpeza.

—De verdad, no le había visto. Qué desastre. Esto no suele pasarme.

Empezó a secar la tela con movimientos rápidos y decididos. Tenía las manos firmes y seguras. No parecía el tipo de mujer que perdía el control fácilmente.

—Tranquila —dije, observándola más de lo que debería—. No pasa nada.

Su perfume era sutil. Nada dulce. Algo limpio, fresco y… peligroso.

—Sí que pasa —insistió—. Le he arruinado la camisa.

No apartaba la mirada demasiado tiempo. Me miraba a los ojos, directa. Me gustó eso más de lo que esperaba.

—De todos modos, iba al baño —respondí con una media sonrisa—. Así que me viene bien.

Sus labios se curvaron levemente. Había algo contenido en ella. Como si incluso al disculparse estuviera midiendo el espacio. Evaluando.

—Aun así…

—De verdad. No es grave.

Nuestros ojos se encontraron de nuevo y se quedaron fijos en los del otro hasta que me aparté un poco.

—Ahora vuelvo.

Caminé hacia el baño intentando no pensar en lo que acababa de sentir. Era ridículo. Solo había sido un choque.

Me miré en el espejo mientras intentaba secar la camisa con el secamanos. El aire caliente no hacía milagros, pero al menos evitaba que pareciera que me había tirado un cubo de agua encima.

Sacudí la cabeza. No había tenido cuidado. Un leve descuido y me pasaba esto. Pero no era solo eso. Había sido la forma en que me había mirado esa mujer.

Volví al pasillo, y allí estaba, esperándome.

Apoyada ligeramente contra la pared, copa en la mano, como si hubiera decidido que aquel era su puesto hasta que yo regresara.

Cuando me vio, sonrió. Y esa sonrisa no tenía nada que ver con la disculpa anterior. Era más lenta. Más consciente.

Me acerqué.

—Parece que he sobrevivido —dije.

—Me alegro. No quería empezar la noche con un homicidio imprudente.

Arqueé una ceja.

—¿Sueles empezar las noches así?

—Intento evitarlo.

Y después, silencio, breve pero denso.

—Soy Aileen.

Me tendió la mano y la acepté. Su piel era suave, pero su apretón firme. Seguro. No bajó la mirada ni una vez, me la sostuvo sin titubear. Interesante.

—Liam.

Pronuncié mi nombre sin apartar la vista, y algo pasó en ese segundo. No sabría explicarlo, pero lo sentí.

Y supe, con una certeza extraña, que aquella noche ya no iba a ser una noche cualquiera.

Aileen. El nombre le encajaba. Tenía algo clásico. Firme. Como ella.

—Encantada, Liam —dijo sin soltarme la mano todavía.

Había una chispa en sus ojos que no era timidez. Era evaluación. Como si estuviera sacando conclusiones en tiempo real.

—Sigo sintiéndome responsable del sufrimiento de tu camisa.

—Te aseguro que he salido peor parado en otras situaciones.

—Eso no me tranquiliza —contestó, y sonreí.

—No era mi intención.

Se mordió suavemente el labio inferior, un gesto inconsciente pero sumamente peligroso.

—Te debo una copa.

—No es necesario.

—Sí lo es.

—De verdad que…

—Liam —me interrumpió con suavidad, pero firme—. Déjame compensarlo.

La forma en que lo dijo no admitía demasiada discusión. Me gustó.

—Está bien —cedí—. Pero solo porque insistes.

—Insisto —sonrió y regresamos hacia la barra.

Mientras caminábamos, noté varias miradas desplazándose hacia nosotros. No era imaginación mía. Ella tenía presencia. No necesitaba llamar la atención; la atraía.

Se detuvo junto a otra mujer. Pelirroja, con pecas, gafas colocadas perfectamente sobre la nariz. Era observadora y analítica. No me miraba como quien evaluaba el atractivo. Me miraba como quien evaluaba antecedentes.

—Nora —dijo Aileen—, él es Liam. La víctima de mi torpeza.

—Encantada —respondió la pelirroja con una media sonrisa cargada de ironía—. Siempre es agradable poner cara al daño colateral.

—Prometo que sobreviviré —contesté.

Sus ojos azules se entrecerraron levemente, como si archivara esa información. Interesante dinámica.

Busqué a Connor con la mirada y lo encontré al fondo, apoyado en la barra, observándolo todo con expresión divertida. Le hice un gesto con la cabeza y se acercó.

—Él es mi amigo Connor —dije cuando llegó—, ellas son Aileen y Nora.

—Mucho gusto —respondió él con su sonrisa habitual, la que desarmaba a medio mundo—. Aunque debo aclarar que soy más que su amigo.

Aileen arqueó una ceja.

—Ah, ¿sí?

Connor me dio una palmada en el hombro.

—Soy como su ángel de la guarda. He evitado que se queme el culo en un incendio más veces de las que puedo contar.

Nora inclinó la cabeza, genuinamente curiosa.

—¿Por qué exactamente podría haberse quemado el culo?

—Porque somos bomberos —respondí.

Aileen parpadeó una vez. Nora abrió los ojos con interés nuevo.

—¿Bomberos?

—Capitán —aclaró Connor señalándome—. Yo solo soy el que le salva la vida.

—Eso es discutible —murmuré.

Nora sonrió.

—Curioso.

—¿El qué? —preguntó Connor.

—Que justo hoy esté rodeada de uniformes.

Miré a Aileen.

—¿Rodeada?

Ella tomó la palabra con naturalidad.

—Soy inspectora de policía.

Connor silbó bajo.

—Eso explica la mirada.

Aileen ladeó la cabeza.

—¿Qué mirada?

—La de alguien que está analizando si miento antes incluso de abrir la boca —contestó, y Aileen sonrió levemente.

—Deformación profesional.

—Me gusta —respondió él.

—Y yo soy médico forense —añadió Nora, cruzándose de brazos con aire desafiante.

Connor se quedó quieto un segundo. Luego sus ojos se iluminaron con auténtica fascinación.

—¿Forense? ¿En serio?

—En serio.

—Eso es… increíble.

Nora parecía acostumbrada a dos tipos de reacción: morbo o incomodidad. La de Connor no era ninguna de las dos. Era curiosidad pura.

—¿Cuánto tarda realmente en determinarse la causa de la muerte? —preguntó él.

—Depende del caso —respondió ella, ya interesada—. No es como en las series.

—Eso me lo imaginaba. En incendios pasa igual. Todo el mundo cree que gritamos más de lo que trabajamos.

Se quedaron hablando casi sin darse cuenta. Connor hacía preguntas serias, nada de comentarios estúpidos, y Nora respondía con precisión, incluso con una ligera sonrisa que no le había visto antes.

Aileen los observó y luego me miró.

—Parece que se entienden.

—Connor tiene debilidad por la gente que sabe más que él.

—Entonces va a salir perdiendo esta noche.

—No lo creo.

Hubo algo cómplice en su expresión. Pedimos las copas. Esta vez pagó ella, ignorando mi intento de intervenir.

—Soy una mujer de palabra —dijo al entregarme el vaso.

Nuestros dedos se rozaron y de nuevo sentí esa corriente. No era solo atracción física. Era algo más intenso. Más consciente.

Connor y Nora seguían en su conversación paralela, comparando protocolos de emergencia y procedimientos. Sorprendentemente absortos.

—Creo que los hemos perdido —comenté.

—Eso en Nora es raro.

—¿Sí?

—Sus últimas citas han sido… decepcionantes.

—¿Por qué? Si puedo saberlo, claro —di un sorbo a mi whisky.

—Aplicaciones.

No pude evitar sonreír.

—Mi hermana quiere crearme un perfil en una.

Aileen soltó una risa suave.

—Pobre de ti.

—Le he dicho que si lo hace, dejo de ser su hermano.

—Haces bien.

—¿Tan malas son?

—En comisaría vemos demasiadas historias que empiezan ahí y terminan mal.

No había exageración en su tono, solo experiencia. La miré con más atención. Había algo en su postura. En cómo se mantenía erguida incluso relajada. Como si estuviera acostumbrada a cargar un peso invisible.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Cuáles han sido tus últimas citas?

Ella dio un sorbo a su copa antes de responder.

—No he tenido citas en mucho tiempo.

—¿Elección propia?

—Vivo por y para el trabajo.

—Eso suena peligroso.

—Mi familia también ocupa bastante espacio.

—¿Familia grande?

Sus ojos se suavizaron un poco.

—Muy grande —respondió, y noté que había calidez en su voz. Y algo más. Responsabilidad.
—. No sé qué haría sin ellos.

Asentí, comprendiendo de inmediato el peso que podía suponer llevar ese apellido.

Miré de reojo a Connor y Nora, que ahora discutían sobre la diferencia entre humo estructural y humo químico como si estuvieran en una conferencia técnica, y sonreí.

La noche había cambiado. Y no tenía ninguna intención de irme todavía.

El local vibraba a nuestro alrededor, pero con Aileen frente a mí, todo lo demás parecía amortiguado. Sus ojos seguían brillando con una mezcla de inteligencia y desafío que me mantenía alerta. No era solo atractivo físico. Era presencia. Personalidad. Capacidad de llenar un espacio sin siquiera moverse demasiado.

—Entonces —dije mientras nos acomodábamos en la barra con nuestras copas—, ¿qué tal es tu trabajo realmente? Ya sé que es intenso, pero cuéntame.

Ella sonrió, ladeando la cabeza, y comenzó a relatar con detalle, sin arrogancia, algunos de los casos que había cerrado, cómo lidiaba con el estrés y la forma en que combinaba intuición y lógica para resolver los crímenes. Su voz era firme y clara, pero con ese toque ligero que hacía que incluso lo más técnico sonara interesante.

—Suena agotador —dije finalmente, negando con la cabeza mientras sorbía un poco de whisky—. Y, aun así, mantienes esta… calma impresionante.

—No siempre —admitió ella, encogiéndose ligeramente de hombros—. Pero he aprendido a no mostrarlo. La gente depende de que no flaquee.

La miré, fascinado. Tenía un aire de autosuficiencia que no había visto antes y, aun así, había algo en su manera de hablar que invitaba a confiar en

ella.

—¿Cuál es tu apellido? —pregunté, medio bromeando, medio serio—. Para poder llamarte… inspectora “algo”.

Ella me miró directamente a los ojos, sonriendo levemente.

—O’Connor.

Mi ceño se frunció instintivamente. O’Connor… Lo había escuchado antes. Noticias, juzgados, informes policiales. Un apellido que tenía peso en la ciudad.

—Me suena mucho… —dije—. Creo que tu padre es… ¿El inspector O’Connor?

—Sí —asintió—. En sus años de policía llevó a muchos ante el juez.

—Lo sé —dije, inclinándome un poco hacia ella—. Mi padre es abogado, y en los pasillos del juzgado el inspector O’Connor era muy conocido.

Ella se encogió de hombros ligeramente, con la mezcla de orgullo y carga que había notado en su postura.

—Ese es el peso que cargo a diario. Pero que no creas que he llegado hasta aquí por ser hija de quien soy… sino por mí misma.

—No lo dudo —le aseguré, y en ese instante sentí una especie de respeto profundo por la mujer que tenía delante.

Hubo un silencio cómodo. Uno de esos silencios que no necesitabas llenar porque ya lo decía todo.

Sin pensar demasiado, deslicé un mechón de su cabello tras la oreja. La observé fijamente. Sus ojos se abrieron un poco, y noté cómo se sonrojaba.

—Si estás intentando llevarme a la cama esta noche —dijo ella con un hilo de voz, intentando sonar firme, pero fallando—, no lo vas a conseguir tan fácil.

Sonreí, ladeando la cabeza, divertido por su audacia.

—Puede… si tú quieres.

Ese pequeño gesto, esa pausa, ese instante… lo sentí tan cargado de tensión y promesa que me olvidé del ruido, de las luces, de todo. Solo éramos ella y yo en un espacio que se expandía a nuestro alrededor.

—Cuidado, Liam —susurró casi para sí misma, recuperando la compostura—. No me impresiono tan fácilmente.

—No me importa —respondí, con una honestidad que me sorprendió incluso a mí—. Solo quiero conocerte.

Y por primera vez en mucho tiempo, no había rescates, ni alarmas, ni fuego. Solo estaba ella, y algo me decía que esa noche no terminaría como cualquier otra.

La música continuaba, la gente reía, y nosotros nos quedamos allí, frente a frente, con las copas en la mano, sabiendo que algo había comenzado y que ninguno de los dos lo esperaba.

Capítulo 9



Aileen

“Solo quiero conocerte”.

Aquella frase de Liam seguía resonando en mi cabeza mientras lo miraba de nuevo. Estábamos frente a frente en la barra, con la música del local apenas colándose entre nuestras palabras, pero para mí era un silencio absoluto. Sus ojos color miel me atrapaban, intensos, cálidos, directos… imposibles de ignorar. Me quedé ahí, perdida en ellos, olvidándome por un instante del resto del mundo.

Recordé la última vez que había tenido una cita de verdad. Creía conocer al hombre: elegante, encantador, correcto. Y resultó ser otra cosa. Todo lo que pensé que era, no lo era; todo lo que ocultaba bajo su sonrisa era peligroso, manipulador. Había aprendido la lección. No me iba a volver a dejar llevar por las primeras impresiones.

Aun así, ahí estaba Liam. Alto, seguro, con una sonrisa que no era arrogancia, sino complicidad. Cada gesto suyo parecía medido y, sin embargo, natural. Aquella noche, su presencia me desarmaba y me hacía sentir algo que hacía mucho tiempo no sentía: curiosidad… y algo más.

—No tienes que temer nada —dijo él, rompiendo mi ensimismamiento —. No soy un psicópata ni nada por el estilo. Solo soy un hombre que tiene

delante a una mujer muy atractiva y simpática… y por alguna razón que aún desconozco, me atraes tanto como para querer pasar una noche contigo.

Tragué saliva, sintiendo que mi corazón se aceleraba sin que pudiera controlarlo. No, no era esa clase de mujer. No jugaba a lo fácil, ni buscaba aventuras pasajeras, ni me dejaba llevar por impulsos. Pero… no podía negar que él también me atraía.

—No soy esa clase de mujer —logré decir, intentando mantener la voz firme—. Pero… no voy a negar que tú también me atraes.

Su sonrisa se amplió, una sonrisa lenta y calculada, pero sincera. Dio un paso más cerca, tanto que sentí el aroma de su perfume envolviéndome, y rodeó mi cintura con un brazo. El contacto me hizo estremecer, aunque traté de disimularlo. Su proximidad no era invasiva, pero sí intensa.

—Y si nos atraemos… ¿Por qué no nos vamos de aquí? —me susurró al oído.

Sentí cómo un calor se extendía por mi cuerpo. Lo miré, y sus ojos brillaban con diversión y seguridad. Me mordí el labio, incapaz de responder de inmediato, y él sonrió ante mi reacción.

—No puedes negar que al menos te lo estás pensando —dijo con suavidad.

Respiré hondo. Estaba pensando en ello, sí, aunque sabía que sería un error dejarme llevar por completo.

—Sí… me lo estoy pensando —susurré finalmente—. Y, por ahora, gana el sí.

Su sonrisa se ensanchó. Lentamente, se inclinó hacia mí y nuestros labios se encontraron. Cerré los ojos, dejando que el beso me envolviera. Era

diferente a cualquier otro beso: firme, seguro, sin prisa, y a la vez íntimo, eléctrico. Sentí un cosquilleo recorriéndome la columna, un estremecimiento que me hacía querer que el mundo desapareciera por un momento.

El tiempo pareció detenerse. Todo desapareció: la música, la gente, la luz del local. Solo existíamos él y yo, envueltos en ese contacto que me dejaba sin aliento y extrañamente vulnerable. Me dejé llevar, consciente de cada movimiento, de cada segundo, de cada sensación.

Cuando finalmente nos separamos, abrí los ojos y lo miré. Sus ojos estaban fijos en los míos, y por un instante tuve la sensación de que entendía cada pensamiento, cada duda que había cruzado por mi mente desde que lo conocí.

Era peligroso. Muy peligroso. Y, sin embargo, no podía apartar la vista de él.

Todavía sentía el calor del beso cuando noté la vibración en mi bolso. Saqué el móvil y vi que era mi primo Erik.

—Lo siento —le dije rápidamente a Liam, apartándome un poco de él—. Tengo que coger esta llamada.

Él arqueó una ceja, pero no dijo nada, y me quedé con la sensación de que no le molestaba que interrumpiera aquel instante, aunque sí se notaba un hilo de curiosidad en su mirada. Caminé hacia los baños, intentando no tropezar con la gente mientras miraba el móvil.

—¿Erik? —dije, intentando sonar tranquila a pesar del cosquilleo que todavía me recorría por el beso.

—Aileen, he encontrado algo —dijo él, con la voz cargada de urgencia —. Necesito refuerzos ahora. Esto no es un caso cualquiera.

—Mándame ubicación, voy para allá —respondí de inmediato—. Avisaré al resto del equipo.

Colgué y respiré hondo. Miré mi reflejo en el espejo: el maquillaje intacto, el cabello ligeramente desordenado, pero nada podía borrar la urgencia que ahora sentía. Caminé de nuevo hacia la barra y vi a Liam observándome con una mezcla de interés y… algo más.

—Lo siento —dije, con un hilo de voz, mientras cogía el abrigo para ponérmelo—. Tengo que marcharme.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, cogiendo mi mano suavemente.

—Me reclaman en el trabajo —respondí, intentando sonar firme, pero sin perder la verdad que había entre nosotros.

Vi cómo su expresión cambiaba un segundo, pero no insistió. Solo me ofreció una sonrisa comprensiva, aunque sus ojos seguían preguntando.

Me acerqué a Nora.

—Tengo que irme —dije—. Nos vemos el lunes.

—Vale. Cuídate.

Salí del local con paso rápido, sin mirar atrás demasiado. Subí al coche y encendí el motor. Mientras conducía, no podía evitar pensar en ese beso. En cómo me había sentido bajo sus labios, en el calor de su cuerpo y en la intensidad de su mirada.

Pero también sabía que debía mantener los pies en la tierra. Apenas lo conocía. No sabía su apellido, ni tenía su número, ni sabía si realmente era

bombero o si me había mentido. Podría ser un loco cualquiera, uno de esos hombres con los que las mujeres terminaban mal por dejarse llevar.

Reí sola, negando con la cabeza.

—*Definitivamente necesito ver menos series de asesinos* —murmuré mientras aceleraba por las calles de Nueva York, dejando que el frío de la noche me ayudara a despejarme un poco.

Mi mente no dejaba de repasar cada gesto suyo, cada mirada, cada sonrisa. Sabía que no podía permitirme un desliz, pero había algo en él que me había desarmado por completo, aunque fuera por unos minutos.

Al llegar a la dirección que Erik me había mandado por mensaje, vi cómo unos minutos después comenzaban a llegar el resto de mis compañeros y varios policías más. En ese momento me metí en mi papel de inspectora y fui directamente a centrarme en el operativo, y todo el desgaste, la adrenalina y la tensión de meses de trabajo que se concentraba en esta noche.

El aire estaba cargado de tensión. Los policías se desplegaban por la zona con rapidez, hablando por radio, asegurando calles y puntos estratégicos. Sentí cómo la adrenalina me recorría de inmediato: meses de investigación culminaban esa noche, y había que actuar con precisión.

Erik apareció junto a mí, con esa sonrisa suya un poco alocada que escondía su genialidad, y me pasó un breve informe: los cabecillas de la banda de drogas que llevábamos meses siguiendo estaban en el edificio de enfrente. Era nuestro momento.

—Bien, chicos —dije, tomando el control—. Vamos a por ellos. Nada de improvisaciones. Coordinación y rapidez.

El operativo empezó con disparos de advertencia, sirenas y órdenes claras. Corrí por la calle, mi chaleco ajustado y la pistola en mano. Erik estaba a mi lado, más confiado que nunca, y nuestro equipo seguía a la perfección. En cuestión de minutos, nos vimos rodeando el edificio, con los sospechosos intentando escapar.

Una persecución a pie comenzó: esquivábamos coches, saltábamos por encima de obstáculos, y yo no podía evitar recordar todo lo que me había enseñado mi padre sobre la estrategia y la paciencia en la calle. Erik se adelantó un poco y logró interceptar a uno de los cabecillas, mientras yo me encargaba de asegurar la salida trasera.

—¡Policía! ¡Al suelo! —grité mientras apuntaba con firmeza—. ¡Ahora!

Los disparos retumbaban, pero estábamos preparados. No era el caos que uno veía en las películas; todo estaba calculado, cada movimiento coordinado. Por un momento, vi a uno de los miembros de la banda intentando escapar por un callejón lateral. Salí corriendo tras él y, con un salto preciso, lo detuve antes de que pudiera abrir la puerta del garaje.

—¡Manos a la vista! —dije mientras lo inmovilizaba hasta que llegaron refuerzos.

La operación continuó durante casi una hora: más persecuciones, más arrestos, y finalmente conseguimos detener a todos los cabecillas de la banda. La satisfacción del trabajo bien hecho se mezclaba con el cansancio extremo.

Cuando todo terminó, respiré hondo y vi a Erik acercarse a mí con una sonrisa que intentaba ser tranquila, pero que no podía ocultar su orgullo.

—Buen trabajo —dije, aliviada y con una sonrisa cansada—. Pero tienes que dejar de ir solo en busca de pistas. Cualquier día te vas a meter en problemas y puedes salir herido.

Él se encogió de hombros y, sin preocuparse demasiado, me pasó el brazo por los hombros y me dio un beso rápido en la sien.

—No va a pasar —dijo con esa seguridad que siempre tenía—. Y por cierto… estás muy sexy esta noche. ¿Tenías una cita?

Solté una risa nerviosa y me giré para mirarlo.

—Sí, había salido con Nora —contesté—. Conocimos a un par de tipos y… casi me voy a pasar la noche con uno.

Los ojos de Erik se abrieron de golpe, sorprendidos.

—¿Hablas en serio?

—Sí —dije, encogiéndome de hombros—. Pero fue solo un breve momento de debilidad. Hace mucho que no tengo sexo y, de todas formas, no tengo el teléfono de ese hombre ni voy a volver a verle. Probablemente ni sea bombero como me dijo. Así que han sido unas horas de charla, risas y algo de alcohol, nada más.

—Prima, vas a tener que salir conmigo algún sábado por la noche para que te presente a alguno de mis amigos y te ayude a aliviar el estrés con un poco de ejercicio en una cama.

—Lo que me faltaba, mi primo pequeño buscándome pareja —resoplé, volteando los ojos.

—Tenemos la misma edad, no me seas cabrona.

—Soy un mes mayor que tú, así que, se siente, eres el pequeño —me encogí de hombros y me alejé mientras él se reía.

Subí al coche para irme a casa, sintiendo cómo la adrenalina empezaba a ceder, dejando espacio para reflexionar sobre la noche. A pesar de todo, no podía dejar de pensar en Liam. En su beso, en cómo me había hecho sentir, en la intensidad de su mirada. Y aunque sabía que no volvería a verle, una parte de mí deseaba hacerlo.

Mientras arrancaba el coche y me alejaba del operativo, me prometí que, pasase lo que pasase, no dejaría que mi trabajo y mis emociones se mezclaran demasiado. Pero un pensamiento persistente seguía allí, dándome vueltas: ese beso.

Capítulo 10



Liam

Era lunes por la mañana y el parque de bomberos ya bullía de actividad. El olor a café recién hecho flotaba en el aire mientras revisaba los equipos, asegurándome de que todo estuviera en orden. Había algo en la rutina que me calmaba, un ritmo que contrastaba con la intensidad de los últimos días.

Connor estaba a mi lado, tomando su café y hojeando un informe, pero no podía evitar escuchar cómo hablaba sobre la noche del viernes. Hablaba de Nora, la mujer que había conocido en el local de copas, de lo interesante y simpática que era. Sus palabras parecían cargadas de entusiasmo, aunque intentaba mantener la naturalidad.

—Quedamos ayer para comer —decía—, y después tomamos un café. Seguimos hablando un buen rato. Es una mujer increíble.

Fruncí ligeramente el ceño, intentando no demostrar demasiada curiosidad. Connor siempre tenía la capacidad de ver lo que a mí me pasaba por alto, y en este caso no podía evitar comparar aquella descripción con la imagen que aún no salía de mi cabeza.

—Espero que no te enamores de ella del mismo modo que lo hiciste con Laura —dije en voz baja, más para mí mismo que para él—. Todo fue demasiado rápido aquella vez.

Connor me miró con esa mezcla de confianza y diversión que siempre tenía.

—Tranquilo —respondió—. De momento solo quiero seguir conociéndola, hablar con ella. Nada de relaciones ni sexo por ahora.

Negué con la cabeza y se me escapó una sonrisa. Y mientras él seguía hablándome de Nora, yo no lograba concentrarme en la revisión del equipo, porque no podía dejar de pensar en Aileen.

Cuando Connor recibió una llamada y se alejó, me quedé solo frente a los extintores, mangueras y cascos. Mis pensamientos volvían una y otra vez al viernes por la noche: a sus ojos, a su sonrisa, a cómo había sentido su cuerpo tan cerca del mío. El recuerdo del beso era vívido, cálido, eléctrico, y me pregunté una y otra vez qué habría pasado si no la hubieran llamado del trabajo. ¿Se habría ido conmigo a pasar la noche? ¿Me habría dejado acercarme más?

Suspiré y cerré los ojos, dejando que la memoria me llenara por un momento. Tenía que olvidarme de ella. Ni siquiera tenía su número de teléfono, y lo más probable es que no volviera a verla nunca.

Sin embargo, a pesar de la razón y del sentido común, algo en mí quería que eso no fuera cierto. Quería sentir su proximidad otra vez, aunque solo fuera por un instante.

Abrí los ojos y volví a concentrarme en la rutina, pero una parte de mí seguía atrapada en esa noche, en ese beso y en la mujer que había logrado desarmarme tan rápido.

El sonido estridente de la sirena nos sacudió a todos en la estación. El aviso de incendio era claro, y no había tiempo que perder. Connor, Mike, Hernández, yo y el resto del equipo nos lanzamos a los camiones, con las luces parpadeando y la adrenalina ya recorriéndonos.

Mientras avanzábamos por las calles de Manhattan, escuché la voz de la central por la radio y pregunté por la dirección.

—¿Estáis seguros de que es aquí? —pregunté, porque me conocía esa zona casi como la palma de mi mano.

—Sí, capitán —respondió la central—. Dirección confirmada.

Connor frunció el ceño, curioso, y me preguntó qué pasaba.

—Es la galería donde trabaja mi hermana Olivia —contesté, entre dientes, con un nudo en el estómago que no tenía nada que ver con el fuego.

Cuando llegamos, el humo se elevaba por encima del edificio y la gente salía corriendo con gritos de pánico. Me adelanté para coordinar la entrada mientras los compañeros aseguraban la evacuación de los vecinos y de los trabajadores de los edificios contiguos.

Y ahí estaba ella: Aileen. Increíblemente concentrada, dando instrucciones claras, asegurándose de que nadie corriera riesgos innecesarios. Su presencia era firme, autoritaria, pero había algo en su forma de moverse que reflejaba su preocupación por los demás.

—¡Todos fuera, rápido, pero con cuidado! —gritó, mientras yo evaluaba la entrada principal—. ¡Que nadie se quede atrás!

Entré corriendo en el edificio contiguo al de la galería y escuché voces. Había alguien atrapado en el primer piso: un hombre mayor que apenas podía moverse entre el humo. Lo saqué y, cuando llegué a la calle, la mirada de Aileen se cruzó con la mía por un instante, sorprendiéndose de verme allí.

—Capitán Hayes —dijo al leer mi apellido en el casco, con esa voz que siempre me dejaba sin aliento, aunque ella no lo sabía—, gracias por la ayuda.

Entré con Connor y entre los dos sacamos a un segundo hombre más adelante, y cada vez que me cruzaba con Aileen, veía cómo manejaba la situación con precisión. No había lugar para dudas, solo acción.

Cuando finalmente todo terminó, los bomberos nos aseguramos de que nadie más estuviera dentro. El edificio estaba bastante dañado por el fuego, pero nadie había resultado gravemente herido. Respiré hondo y me acerqué a Aileen para saludarla.

—Hola —dije, intentando sonar casual—. ¿Estás bien?

Ella me miró con una mezcla de indiferencia y arrogancia que no había visto antes en ella y que me empezaba a resultar intrigante.

—Estamos bien —contestó, con un gesto escueto y un brillo casi desafiante en los ojos.

Connor se acercó entonces, sorprendido de vernos juntos en aquel lugar.

—¡Vaya coincidencia! —dijo—. ¿Qué hace aquí, inspectora? —preguntó con una sonrisa.

—Estábamos cerca —dijo ella con firmeza—. Solo ayudamos a los compañeros, nada más.

Y con eso, se giró y comenzó a alejarse. La observé marcharse, con el cabello ligeramente despeinado, la chaqueta oscura ajustada, cada paso reflejando fuerza y seguridad. No podía evitar sentir que había algo en ella que me dejaba sin palabras, incluso después de haberla visto solo unas horas el viernes.

Mientras Aileen se alejaba, Connor se quedó mirándome con esa mezcla de curiosidad y burla que siempre tenía. No pude evitar sentir que había leído mi mente.

—¿Qué le has hecho a esa mujer? —preguntó en voz baja, con los brazos cruzados—. Por un momento me ha parecido que teníamos delante a la mismísima teniente O'Neil.

Suspiré, intentando concentrarme en otra cosa, pero mi cuerpo se había vuelto un traidor. Cada fibra de mí reaccionaba solo con verla, con la forma en que movía la cabeza mientras daba órdenes, con esa autoridad natural que desprendía sin esfuerzo.

—Nada —respondí, aunque sabía que no era del todo cierto—. Solo me acerqué a saludarla.

Connor arqueó una ceja, claramente incrédulo.

—No me digas que eso ha sido suficiente para que ella te tratara de esa manera —dijo, medio sonriendo—. Te has ganado una mirada digna de un inspector jefe. Algo le habrás dicho —continuó—. Porque Nora dice que es muy simpática, y nosotros lo vimos el viernes.

En ese momento, escuché la voz de Olivia llamándome desde la entrada de la galería. Me giré y la vi corriendo hacia mí. Su rostro estaba pálido, con la respiración entrecortada, y sus ojos reflejaban la preocupación que había sentido durante toda la evacuación.

—¡Gracias a Dios que habéis llegado! —exclamó, abrazándome con fuerza—. No sabía qué hacer.

—¿Estás bien? —pregunté, intentando calmarme mientras evaluaba su estado—. ¿Nadie ha resultado herido?

—Sí, estoy bien —dijo, soltándose ligeramente—. Pero la galería… está hecha un desastre. Hemos perdido varias obras importantes, y mi jefa está entrando en pánico con un ataque de ansiedad.

Respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos. Mientras ella estuviera bien, lo material era secundario.

—Mientras tú estés bien, lo material no importa —le dije—. Lo primero es tu seguridad.

Y antes de irme, la besé suavemente en la frente, un gesto de protección y alivio. Olivia me sonrió, aunque seguía tensa, y se separó para organizarse un poco y atender a los demás.

Mientras regresábamos al camión para volver hacia el parque de bomberos, no podía evitar pensar en Aileen. ¿Qué le habría pasado para actuar con tanta frialdad y distancia?

El recuerdo de su mirada, firme y directa, aún me perseguía. La sensación del viernes y la intensidad de nuestro beso todavía estaban ahí, mezclándose con el olor a humo y adrenalina de ese momento.

No, definitivamente no podía quitármela de la cabeza. Ni aunque quisiera.

Capítulo 11



Aileen

El café humeante me quemaba ligeramente los dedos mientras lo sostenía con fuerza, como si el calor pudiera darme algo de calma.

Me senté junto al ventanal de mi *loft*, observando cómo la luz de la mañana se reflejaba en las vigas negras y el ladrillo visto, que siempre me habían parecido acogedores, pero hoy no lograban tranquilizarme. En la mesa, un croissant intacto esperaba pacientemente. Apenas podía concentrarme en él. Mis pensamientos no me dejaban en paz.

Pensé en Liam. No podía evitarlo. Su presencia aquel lunes en la galería todavía me daba vueltas en la cabeza. Su manera de moverse, de mirar, de imponer respeto sin parecer autoritario… incluso su simple gesto de saludarme y recibir mi borde frialdad seguía retumbando en mi cabeza.

Me recriminé por haberle tratado así, por mi reacción tan distante. Pero no podía culparme del todo: no era un mal hombre, solo que no lo conocía, y en mi trabajo no era fácil confiar en cualquiera, menos en un desconocido que acababa de cruzarse en mi vida.

Sacudí la cabeza intentando apartarlo de mi mente, y fue entonces cuando mi mente volvió a recordarme la realidad. Esa mañana de lunes había recibido otra nota. Mi corazón se encogió antes de abrirla. El papel,

algo arrugado, olía a tinta vieja y a amenaza velada. Las palabras eran claras y cortantes.

«No hay salida ni escapatoria, O'Connor. Las deudas siempre se pagan, y tú pagarás.»

Mi primera reacción fue de incredulidad. Luego vino la ira, la rabia de saber que alguien estaba jugando con mi vida. Mis manos temblaron ligeramente y apreté la taza con fuerza. No estaba acostumbrada a sentir miedo. Siempre había sido yo quien lo imponía en los demás, no al revés.

Me senté más erguida, intentando pensar con claridad. ¿Quién podía estar detrás de esto? Mi mente repasó los últimos años de mi carrera: todos los criminales que había enviado a la cárcel, los casos difíciles, las bandas de drogas y armas, los violentos reincidentes que creían que podían jugar conmigo. ¿Era alguno de ellos? ¿Alguien buscando venganza, o simplemente un loco que quería asustar a la policía que lo encerró?

Mientras mi mente giraba, no podía dejar de pensar en cómo esto afectaría mi trabajo. ¿Debía contárselo a Erik? ¿O hablar directamente con el comisario Brennan? Él siempre había sido un pilar de apoyo, y mi primo Erik tenía una intuición que pocas veces fallaba. Pero al mismo tiempo, no quería preocupar a nadie más de lo necesario. Este tipo de amenazas podía provocar paranoia, y no era momento de debilidades.

Suspiré y me terminé el café, dejando que el calor se filtrara en mis manos y calmara un poco la tensión. Cerré los ojos y recordé el beso del viernes con Liam. Un contraste brutal: una amenaza casi de muerte y, al mismo tiempo, la chispa de algo desconocido y peligroso… pero excitante. Una parte de mí se recriminaba la frivolidad de esos pensamientos, pero otra parte no podía evitarlo.

—*No voy a dejar que un criminal o un loco maneje mi vida* —me dije en voz baja, repitiéndolo como un mantra—. *Nadie va a hacerme tener miedo.*

La luz del *loft* parecía más intensa de lo habitual, y el zumbido distante del tráfico de Manhattan se mezclaba con mis pensamientos. Sabía que el día sería largo, cargado de tensión y decisiones importantes, y, aun así, no podía dejar de imaginar los ojos de Liam, su mirada directa y firme, y esa sensación de seguridad que me daba incluso a pesar de su desconocimiento total de quién era yo realmente.

El trayecto a la comisaría fue un ejercicio de concentración y autocontrol. A cada semáforo me preguntaba quién podía estar detrás de la nota, y la tensión que sentía en el cuerpo no ayudaba a que me calmara. Respiré hondo un par de veces antes de entrar al edificio; los pasillos ya tenían ese aroma familiar a café, papeles y desinfectante.

El comisario Brennan nos llamó a todos al despacho principal. Su expresión era grave, pero serena, como siempre: esa mezcla de autoridad y confianza que me había acompañado desde que se puso al frente de la comisaría. No obstante, su primera frase fue un golpe inesperado.

—Asuntos Internos está detrás de vosotros.

El silencio me envolvió por un segundo. Los demás intercambiaron miradas incrédulas.

—¿Por qué? —pregunté, intentando mantener la calma.

—Según ellos —dijo el comisario—, no estás haciendo bien tu trabajo. Ha habido algunas cosas que no se han hecho como debían, y están investigando todo.

Erik resopló y se inclinó hacia delante, hablando con decisión.

—Eso son gilipolleces. Aileen es la mejor jefa de equipo que podríamos tener, no solo nosotros, sino cualquiera de la comisaría.

—Lo sé —respondió Brennan—, pero los de Asuntos Internos son como perros en busca de un hueso. No pararán hasta que comprueben que todo está en orden.

—¿Y qué pasa mientras nos investigan? —pregunté, consciente de que cualquier error podía ser usado en nuestra contra.

—Tenéis que ir con cuidado y no hacer estupideces —advirtió—. Os están mirando con lupa.

Asentí. No era la primera vez que sentía la presión de Asuntos Internos, pero siempre había sido capaz de manejarla. Esta vez, sin embargo, las notas que había recibido con escasos días de diferencia y la investigación simultánea pesaban más que nunca. Cada decisión podía tener consecuencias.

Para distraernos un poco, el comisario nos asignó un caso gordo: drogas y armas. Un objetivo ambicioso, que necesitaba cabeza fría y coordinación perfecta. No había margen para errores, y mucho menos para cualquier distracción que pudiera dar lugar a críticas. Me sentí absorbida por la adrenalina que se mezclaba con la tensión de la investigación interna.

—Este caso requiere toda vuestra profesionalidad —añadió Brennan—. Nada de improvisaciones.

Respiré hondo, consciente de que no solo debíamos atrapar a los criminales, sino también proteger nuestra reputación y demostrar que Asuntos Internos no tenía ninguna base para investigarme.

Después de la reunión, Erik y yo nos dirigimos a la cafetería que había cerca de la comisaría. Necesitaba aire, necesitaba procesar todo lo que estaba pasando sin la presión de la comisaría. Y mientras nos tomábamos el café, hablamos sobre la investigación de Asuntos Internos.

—No entiendo nada —dije, apoyando el codo en la mesa—. Nunca ha pasado nada con ellos, y ahora de repente estamos en el punto de mira.

Erik negó con la cabeza, con su cabello castaño oscuro cayendo ligeramente sobre sus ojos, y sonrió con esa seguridad que siempre tenía, capaz de calmar cualquier tormenta en mi mente.

—No te preocupes —me dijo—. Cuando vean que no hay nada en nuestra contra, verán lo gilipollas que han sido.

—Es fácil decirlo —repliqué—. Pero si aparece alguna mancha en nuestra hoja de servicio, por mínima que sea, podrían utilizarla en nuestra contra, así que conviene prevenirla.

Él se encogió de hombros, confiado.

—Entonces demostremos que no hay nada. Tú eres la mejor, Aileen. Nadie puede cuestionarte si haces lo que haces todos los días. Solo concéntrate en el caso y deja que los perros ladren.

Sus palabras me dieron un poco de tranquilidad, aunque en el fondo sabía que el día todavía podía complicarse más.

Después del café, fui a ver a Nora. Quería comprobar si había terminado la autopsia del camello que habían encontrado muerto, relacionado con el caso de drogas y armas que el comisario Brennan nos acababa de asignar. Cuando entré, el olor a desinfectante me recordó que estábamos en terreno profesional, y aunque mi mente volvía a vagar hacia la amenaza de la nota, tenía que concentrarme.

—¿Lo tienes listo? —pregunté mientras ella me miraba por encima de las gafas.

—Sí —respondió Nora—. Todo apunta a que estaba implicado en la red que estamos siguiendo. Nada sorprendente, pero los detalles son claros. Alguien quería callarle la boca definitivamente. Sobredosis —confirmó.

Se detuvo y me miró con esa mezcla de intuición y cariño que siempre tenía.

—¿Estás bien? —preguntó suavemente.

Suspiré y le conté lo de Asuntos Internos y la segunda nota. Nora frunció el ceño, preocupada.

—Deberías hablar con el comisario sobre esas notas —dijo.

—Seguro que es alguno de los tipos que metí en la cárcel —respondí, con determinación—. Pero no voy a dejar que nadie maneje mi vida.

Antes de irme, Nora me mencionó algo inesperado:

—¿Recuerdas a los bomberos de la otra noche? —preguntó, y asentí—. He quedado con Connor el viernes para cenar, y me gustaría que vinieras. Él va a ir con Liam.

Resoplé, recordando el encontronazo con Liam el lunes.

—Después de lo que pasó… dudo que quiera verme —dije—. Pero iré, solo porque tú me lo pides.

Le di un beso en la mejilla y salí, volviendo a mi despacho. Mientras caminaba, no podía dejar de pensar en Asuntos Internos, preguntándome qué podrían tener contra mí y mi equipo para investigarnos. Y esas notas…

La sensación de peligro era palpable, pero también la determinación de no dejar que nada ni nadie controlara mi vida.

Capítulo 12



Liam

Los viernes por la noche siempre tenían algo distinto. Incluso cuando no estaba de guardia, incluso cuando sabía que durante unas horas no habría sirenas ni humo ni llamadas que me hicieran salir corriendo, mi cuerpo seguía funcionando como si en cualquier momento pudiera sonar la alarma.

Estaba en mi apartamento, frente al espejo del dormitorio, ajustándome la camisa negra que había decidido ponerme para la cena. No era un hombre que dedicara demasiado tiempo a pensar qué ponerse, pero tampoco era idiota. Connor había insistido en que el restaurante era "elegante, pero sin pasarse", lo que en su idioma significaba que seguramente habría intentado impresionar a Nora. Sonreí al pensar en él.

Me abotoné el último botón, me pasé la mano por la barba para comprobar que estaba en su sitio y me observé un segundo más. Treinta y siete años. Capitán. Responsable de un equipo entero. Y, aun así, aquella noche tenía una ligera sensación de expectación que no lograba explicarme del todo.

Quizá era simplemente porque hacía tiempo que no salía a cenar en plan tranquilo. O quizá no. Me aparté del espejo antes de que mis pensamientos tomaran una dirección concreta.

El salón estaba en penumbra, iluminado solo por las luces cálidas de la cocina abierta. El sofá enorme parecía invitar a quedarse en casa, cerveza en mano y partido de fondo. Pero no. Esta noche tocaba salir.

Justo cuando me estaba ajustando el reloj, el móvil vibró sobre la encimera con una llamada. Era mi hermana Olivia. Sonreí automáticamente antes incluso de descolgar.

—Dime, artista —respondí.

—No te burles —protestó al instante, aunque su tono tenía ese matiz dulce que siempre me desarmaba—. Te llamaba para contarte algo.

Me apoyé contra la encimera, cruzando un tobillo sobre el otro.

—Tienes toda mi atención.

—Vamos a seguir adelante con la exposición. —Hizo una pequeña pausa dramática—. No en la galería, obviamente, pero sí mañana. Un amigo de mi jefa nos ha prestado un espacio donde suelen hacerse eventos. Es precioso, amplio, con buena iluminación… Hemos tenido suerte.

Solté el aire despacio. Después del incendio, sabía lo importante que era para ella que aquello no se viniera abajo.

—Me alegro, hermanita.

—Y espero que vengas.

Sonreí. Ahí estaba.

—Olivia…

—No. Ni se te ocurra empezar. Sé perfectamente que trabajaste ayer. Y también sé que ahora tienes varios días de descanso. Así que no me valen excusas.

Negué con la cabeza, divertido.

—No pensaba poner ninguna.

—Ah, ¿no?

—No te preocupes. Allí estaré.

Hubo un segundo de silencio al otro lado. Luego suspiró, aliviada.

—Gracias.

—Eso sí —añadí, incapaz de contenerme—, me llevaré a Connor para hacer más llevadera la tortura de ver cuadros que no entiendo y esculturas que parecen chatarra reciclada.

—¡Liam!

Su protesta fue inmediata y solté una carcajada.

—Es broma.

—No tiene gracia.

—Ya lo sé —dije, riendo aún—. Pero sabes que me encanta tomarte el pelo.

Escuché su resoplido indignado, aunque podía imaginar perfectamente su sonrisa.

—Eres imposible.

—Pero me quieres igual.

—Por desgracia.

Sonreí más suave esta vez.

—Te quiero, canija.

Su tono cambió al instante.

—Yo también. Y gracias… por lo del otro día.

Sabía a qué se refería. A haber estado allí. A haberla sacado del caos. A haber sido su hermano mayor.

—Siempre —respondí simplemente.

Nos despedimos y colgué.

Durante unos segundos me quedé quieto, con el teléfono aún en la mano. Pensé en el humo saliendo por las ventanas de la galería. En el miedo en los ojos de Olivia. En la impotencia. Y, sin quererlo, mi mente giró hacia otra imagen.

Ojos verde grisáceo, concentrados, firmes. Aileen.

Me tensé sin darme cuenta. No había vuelto a verla desde aquel incendio. Y, sin embargo, seguía apareciendo en mis pensamientos con una claridad incómoda.

Sacudí la cabeza. No. Aquello no tenía sentido. Apenas la conocía. Una noche. Un beso. Una coincidencia en medio del caos. Y, aun así, ese beso…

Apoyé las manos en la encimera, recordándolo. No había sido un beso casual. No había sido un impulso vacío. Había sido eléctrico. Intenso. Como si algo se hubiera encendido bajo la piel.

Y yo no besaba. No desde hacía mucho. Lo mío, desde hacía años, era simple. Directo. Sin implicaciones. Sin promesas. Sin nada que pudiera complicarme la vida. Sexo. Punto.

Pero con ella había querido besarla. No solo tocarla. Besarla. Gruñí por lo bajo, molesto conmigo mismo.

No tenía su número. No sabía nada real de su vida. Y lo más probable era que aquello se quedara en un recuerdo agradable.

Me separé de la encimera y fui hacia la entrada. Cogí la chaqueta de cuero del perchero y me la puse, notando cómo el peso familiar me asentaba. Móvil. Cartera. Llaves. Comprobé mentalmente que no me olvidaba nada. Apagué las luces y salí del apartamento, cerrando la puerta tras de mí.

El pasillo estaba silencioso, con ese eco leve que siempre tenía el edificio a esas horas. Bajé en el ascensor, observando mi reflejo en las paredes metálicas. Tenía buena cara. Me veía relajado. Mentira. Había algo latiendo bajo la superficie. Una inquietud leve que no sabía nombrar.

Cuando las puertas se abrieron en el vestíbulo, el aire frío de la noche me golpeó al salir al exterior. Nueva York vibraba como siempre. Coches. Voces. Luces. Metí las manos en los bolsillos y caminé hacia la entrada del aparcamiento del edificio.

Mientras bajaba por la rampa, pensé en la cena. Connor estaría insoportable. Nora parecía interesante. Inteligente. Sería una noche normal. Y yo necesitaba que fuera normal. Sin incendios. Sin recuerdos. Sin ojos verde grisáceo que me descolocaran.

Llegué a mi plaza de aparcamiento y pasé la mano por el capó del deportivo negro antes de abrir la puerta del conductor. Siempre me había gustado conducir. Me despejaba la cabeza. Me senté al volante, dejé la chaqueta acomodarse sobre mis hombros y arranqué el motor. El rugido grave llenó el silencio del aparcamiento. Perfecto.

Salí hacia la calle, incorporándome al tráfico con fluidez. Era viernes. Y yo iba a una cena. Nada más. Me repetí eso mientras ponía rumbo al restaurante. Sin tener la menor idea de que aquella noche iba a ser cualquier cosa menos una noche más.

El motor ronroneaba bajo mis manos mientras salía del aparcamiento y me incorporaba al tráfico de Manhattan. Siempre había algo casi terapéutico en conducir de noche. Las luces reflejadas en el asfalto, el ritmo constante de los semáforos, el murmullo lejano de la ciudad que nunca se callaba del todo.

Encendí la radio y, tras un par de emisoras absurdas, encontré una canción de rock con el volumen justo para no ensordecerme, pero lo bastante potente como para llenar el habitáculo. Una de esas canciones marchosas, con guitarra clara y batería marcada, que te obligaban a mover ligeramente la cabeza al ritmo, aunque no quisieras.

Sonreí. Eso sí lo entendía. Ritmo. Energía. Algo directo. Nada que ver con cuadros abstractos o esculturas incomprensibles.

Giré por la Séptima, dejándome llevar por el tráfico fluido. No tenía prisa. Connor seguramente ya estaría en el restaurante, probablemente intentando parecer interesante delante de Nora mientras en realidad sudaba por dentro.

Connor siempre había sido un dramático en el amor. Yo no. O eso me gustaba pensar. El problema era que, desde hacía una semana, mi cabeza no funcionaba como solía.

Aileen. Su nombre apareció sin pedir permiso. Bajé un poco el volumen de la música, como si el silencio me ayudara a ordenar pensamientos.

La noche que la conocí había sido simple. Un local con música alta. Risas. Una conversación inesperadamente interesante. Y luego ese momento en el que nuestras miradas se habían quedado suspendidas un segundo de más.

No había planeado besarla. No solía besar. Desde hacía mucho, lo mío era práctico. Sin implicaciones. Sin quedarse a dormir. Sin desayunos incómodos. Pero con ella…

Recordé la forma en que su mano se había apoyado en mi pecho antes de que sus labios encontraran los míos. La intensidad. La respuesta inmediata de su cuerpo. No fue un beso tímido ni dubitativo. Fue decidido. Seguro. Como ella.

Y yo había sentido algo que no sentía desde hacía años. Necesidad. No de sexo. De cercanía. Apreté ligeramente el volante. Eso era lo que me descolocaba. Y luego estaba el incendio.

Cuando la vi allí, entre humo y órdenes, con esa firmeza casi desafiante… había sido distinta. Más fría. Más distante. Y cuando me habló así, con esa sequedad profesional, me había dejado con una sensación extraña en el pecho. No herido. Pero sí… desplazado.

Sacudí la cabeza. Era ridículo. Apenas la conocía. Probablemente no volvería a verla. Y eso debería haber simplificado las cosas. Pero no lo hacía.

El semáforo se puso en verde y avancé, dejando atrás el pensamiento antes de que me absorbiera del todo. Subí de nuevo el volumen de la música y dejé que la guitarra eléctrica me devolviera al presente.

Connor, una cena, algunas cervezas y nada más.

Capítulo 13



Liam

Aparqué cerca del restaurante unos minutos después. Era un sitio elegante, pero con ambiente relajado, luces cálidas y ventanales amplios. Se veía movimiento en el interior, lo que era una buena señal.

Apagué el motor, cogí el móvil del asiento del copiloto y salí del coche, cerrándolo con el mando. El aire nocturno estaba más fresco de lo que esperaba, pero agradable.

Caminé hasta la entrada y, al abrir la puerta, me envolvió el murmullo de conversaciones, el tintinear de copas y el aroma a comida recién servida. Localicé a Connor enseguida.

Estaba en la barra, apoyado con esa postura despreocupada que utilizaba cuando intentaba parecer más interesante de lo que ya era. A su lado estaba Nora. Pelirroja. Pecas. Gafas apoyadas sobre la cabeza en lugar de en la nariz. Sonrisa viva.

Me acerqué con paso tranquilo.

—Vaya, vaya —dije, apoyándome a su lado—. Pero qué bien acompañado te veo.

Connor volteó los ojos.

—No empieces.

Sonreí y extendí la mano hacia ella.

—Hola, Nora.

—Hola, Liam —respondió, estrechándomela con firmeza.

—Connor no ha dejado de hablar de ti desde que os conocisteis —añadí, mirándola con gesto conspirador.

Ella sonrió… y se sonrojó ligeramente. Connor me dio un codazo.

—Eres un traidor.

—Solo digo la verdad.

Nora negó con la cabeza, divertida.

—Eso explica algunas cosas.

Pedimos otra ronda de cervezas y nos quedamos en la barra unos minutos más. Connor contaba alguna anécdota del parque de bomberos mientras Nora escuchaba con atención, intercalando comentarios sarcásticos que me hicieron soltar más de una risa.

Me gustó eso. Que no se dejara impresionar fácilmente.

—¿Nuestra mesa no estaba lista ya? —pregunté, dando un trago largo a la cerveza.

Connor miró hacia el comedor.

—Sí, en unos minutos nos sentamos.

Asentí. Todo estaba siendo normal. Relajado. Exactamente lo que necesitaba. Y entonces la puerta del restaurante se abrió.

No fue un sonido especialmente fuerte. Pero algo en mi cuerpo reaccionó antes incluso de que mi mente lo hiciera. Giré la cabeza por pura intuición, y la vi.

Aileen entró con paso firme, un abrigo oscuro ajustado a su figura y el cabello suelto cayéndole en ondas naturales sobre los hombros. Esta noche no llevaba uniforme. Llevaba un vestido sencillo, pero que se ceñía lo suficiente como para dejar claro que no necesitaba nada llamativo para resultar… peligrosa.

Se detuvo un segundo, recorriendo el local con la mirada. Y cuando sus ojos verde grisáceo encontraron los míos, el tiempo se paró. Mi pulso dio un golpe seco y me quedé completamente quieto.

Luego miré a Connor. Muy despacio. Con los ojos abiertos de par en par. Él se encogió de hombros.

—Sorpresa —murmuró.

Le miré como si estuviera valorando seriamente empujarlo contra la barra.

—¿Me estás tomando el pelo?

Connor levantó ambas manos en gesto inocente.

—Yo no sabía nada… bueno, no exactamente.

Nora intentaba disimular la sonrisa detrás de su vaso. Volví a mirar hacia la entrada y vi que Aileen ya caminaba hacia nosotros. Cada paso seguro. Cada movimiento medido. Y yo, que había pasado el trayecto entero diciéndome que no volvería a verla, me encontré con que estaba allí.

Sí, era real. Y sí, estaba cerca, demasiado cerca.

El corazón me latía más fuerte de lo que debería para tratarse de una simple coincidencia. Solo que aquello no era una coincidencia. Connor sabía que no lo era. Y yo acababa de entrar en una noche que prometía no ser tan normal como había imaginado.

Respiré hondo mientras ella se acercaba. Y supe, con absoluta claridad, que esa cena iba a cambiar algo. Aún no sabía qué. Pero lo sentía en cada maldito latido.

Aileen se detuvo frente a nosotros con una serenidad que contrastaba brutalmente con el pequeño terremoto que acababa de provocarme por dentro.

—Buenas noches —saludó con voz firme.

Primero miró a Nora y le dedicó una sonrisa auténtica. Luego a Connor, con educación profesional. Y por último… a mí.

Sus ojos se detuvieron en los míos un segundo más de lo necesario.

—Capitán Hayes.

Había un matiz en su tono. No era frío exactamente, pero tampoco cálido. Era… medido.

—Inspectora O’Connor —respondí con una ligera inclinación de cabeza.

Connor carraspeó.

—Bueno, ya que estamos todos…

Nora le dio un pequeño codazo. Yo apenas los escuchaba. La estaba observando a ella porque no podía no hacerlo.

Llevaba un vestido negro sencillo, de esos que parecían discretos hasta que reparabas en cómo se ajustaban a las curvas. Le marcaba la cintura y caía recto hasta medio muslo. Las piernas largas, firmes. Tacones oscuros. El cabello suelto, ondulado, enmarcando su rostro de pómulos marcados.

No necesitaba sonreír para resultar devastadora. Pero cuando lo hacía… Aparté la mirada un instante, consciente de que llevaba demasiado tiempo mirándola.

—No sabía que vendrías —dije finalmente, sin rodeos.

Ella arqueó ligeramente una ceja.

—Yo sí sabía que tú vendrías.

—Ah.

Giré la cabeza muy despacio hacia Connor y Nora. Connor silbó por lo bajo.

—Eh, no me mires así.

Aileen entrecerró los ojos, mirando alternativamente a Nora y a mi amigo.

—Espero que esto no sea una maniobra para hacer de celestinos.

Nora levantó ambas manos.

—No.

Connor imitó el gesto.

—Dios me libre de intentarlo.

Solté una risa breve.

—Ella al menos sabía que nos encontraríamos. Yo me acabo de enterar.

Aileen volvió a mirarme. Esta vez, algo en su expresión se suavizó apenas perceptiblemente.

—Si te sirve de consuelo, tampoco me entusiasmaba la idea después de nuestro… encontronazo.

Ahí estaba. Directa.

—Ah, ¿sí? —crucé los brazos—. Me dio la impresión de que estabas encantada de verme.

Sus labios se curvaron ligeramente.

—No empezó muy bien aquel día.

La miré sin hablar. Ella sostuvo mi mirada unos segundos más antes de suspirar.

—Lo siento —dijo al fin—. No suelo ser así. Pero llevo unos días un poco… agobiantes en el trabajo.

Nora carraspeó.

—Un poco es una forma suave de decirlo.

Aileen le lanzó una mirada fulminante.

—Nora.

Yo fruncí el ceño.

—¿Agobiantes cómo?

Aileen negó con la cabeza.

—No es nada.

—Son notas —intervino Nora, incapaz de contenerse.

Aileen cerró los ojos un segundo, claramente molesta.

—Nora.

—¿Qué notas? —pregunté, más serio ahora.

Aileen me miró directamente.

—Notas anónimas. De alguno de esos delincuentes a los que metí entre rejas y que cree que va a asustarme.

Mi mandíbula se tensó sin que pudiera evitarlo.

—¿Amenazas?

—Nada que no haya visto antes —respondió con una calma estudiada—. Palabras en papel. Sin más.

Nora negó con la cabeza.

—Asustarla, a lo mejor no. Pero alterarla para mostrarse más borde de lo habitual… se ve que sí.

Aileen resopló.

—Haz que me arrepienta de haber venido, Nora. Sabías que no era buena idea después de lo del incendio.

—Eh —intervine—. Yo no hice nada en ese incendio.

Ella me miró con intensidad.

—No he dicho que lo hicieras.

Había algo en ese intercambio. Una tensión que no era solo enfado. Era electricidad contenida. Connor decidió intervenir antes de que aquello escalara.

—Bueno, ¿nos sentamos? Porque empiezo a pensar que esta cena va a ser mejor que cualquier serie de televisión.

Nora soltó una risa. Yo seguía mirando a Aileen. Había algo distinto en ella esa noche. Más vulnerable, quizá. Más tensa bajo la superficie.

Y eso me hizo sentir algo incómodo. Protector. Lo odié. No tenía derecho a sentir eso. Apenas la conocía. Pero la idea de que alguien estuviera enviándole amenazas…

—¿Se lo has dicho a alguien? —pregunté, bajando un poco el tono.

Ella sostuvo mi mirada.

—Sé cuidarme sola, capitán.

Ahí estaba otra vez. Esa independencia feroz.

—No lo dudo —respondí con calma—. Pero eso no significa que tengas que hacerlo todo sola.

Un segundo de silencio. Nora y Connor intercambiaron una mirada rápida. Aileen apartó la vista primero.

—No es para tanto —dijo, más bajo.

La observé unos segundos más, intentando descifrarla. Era fuerte. Lo sabía. Se notaba en la postura, en cómo ocupaba el espacio sin pedir permiso. Pero también estaba cansada. Y eso me tocó más de lo que debería.

El *maître* se acercó en ese momento.

—Su mesa está lista.

Connor dio una palmada.

—Perfecto. Antes de que estos dos empiecen a medir quién es más cabezota.

Aileen le dedicó una mirada asesina. Yo sonreí.

—Yo no compito. Siempre gano.

Ella me miró de arriba abajo con un descaro medido.

—Eso está por ver.

El calor me subió por el cuello. Maldita fuera.

Caminamos hacia la mesa. Nora iba delante con Connor, Aileen y yo unos pasos por detrás. No hablábamos, pero la tensión era palpable, desde luego.

Cuando llegamos, ella se quitó el abrigo con un movimiento elegante. Yo, caballeroso por reflejo, lo cogí antes de que pudiera protestar y se lo entregué al camarero.

—Gracias —murmuró.

—De nada.

Nos sentamos frente a frente. Gran error. Porque ahora podía verla sin interrupciones.

La luz cálida del restaurante hacía que su piel clara adquiriera un tono dorado. Sus ojos parecían más verdes que grises bajo esas lámparas. Y su sonrisa… aunque contenida, tenía algo que desarmaba.

Intenté centrarme en la conversación que Connor estaba iniciando con Nora, pero cada vez que levantaba la vista, me encontraba con los ojos de Aileen. Y cada vez que eso ocurría, el recuerdo del beso volvía con una nitidez peligrosa.

No sabía en qué momento exacto aquella noche había dejado de ser una simple cena, pero lo que sí sabía era que no estaba preparado para mantenerla a distancia. Y eso, para alguien como yo, era una señal de peligro.

Porque yo no me involucraba. No me complicaba. No cruzaba ciertas líneas. Pero sentado frente a ella, viendo cómo jugueteaba distraídamente con el borde de la servilleta mientras fingía indiferencia… Supe que esa línea ya estaba peligrosamente cerca.

Y que tal vez, solo tal vez, esta noche iba a cruzarla sin intención de volver atrás.

Capítulo 14



Aileen

Si alguien me hubiera dicho esa misma mañana que acabaría sentada frente a Liam Hayes, en una cena que claramente no era casual, me habría reído en su cara. Pero allí estaba. Con una copa de vino recién servida frente a mí, el murmullo del restaurante envolviéndonos y la sensación incómodamente intensa de sus ojos sobre mí cada vez que fingía no mirarme.

Nos acomodamos los cuatro en la mesa junto al ventanal. La luz era cálida, tenue, favorecedora. Nora se sentó a mi derecha, Connor frente a ella. Liam, justo delante de mí. Perfecto.

Cogí la carta intentando parecer completamente indiferente a su presencia.

—Tienen muy buena pinta los entrantes —comentó Nora mientras pasaba la página.

—Yo voto por pedir demasiado —añadió Connor—. Siempre es mejor arrepentirse por exceso que por hambre.

Sonreí ligeramente.

—Eso explica muchas cosas de ti.

Connor se llevó la mano al pecho, fingiendo estar ofendido.

—Inspectora, me está atacando sin provocación previa.

—Es instinto —respondí con serenidad.

Liam soltó una risa baja. Esa risa… No mires. No mires. Pero miré.

Y lo encontré observándome por encima de la carta. Mantenía la compostura con facilidad. Chaqueta de cuero oscura, camisa negra ligeramente abierta en el cuello. Relajado. Seguro. Como si el mundo nunca lograra descolocarle. Mentira.

Lo había visto en el incendio. Le había visto tenso, concentrado, mandando con firmeza. Y le había hablado peor de lo que merecía. Tragué saliva.

El camarero se acercó con discreción.

—¿Desean algo para beber?

Liam ni siquiera miró la carta de vinos demasiado tiempo.

—Una botella de Borgoña reserva, por favor. Que sea potente pero equilibrado.

Lo dijo con naturalidad. Con seguridad. El camarero asintió.

—Excelente elección, señor.

Cuando se marchó, le miré.

—¿Entiendes de vino o has improvisado?

Él inclinó ligeramente la cabeza.

—Me gusta comer bien. Y beber mejor.

Connor carraspeó.

—Traducido: sabe pedir vino para impresionar.

—No necesito impresionar —respondió Liam sin apartar la vista de mí.

El calor me subió por el cuello y bajé la mirada a la carta antes de que se notara demasiado.

—Podríamos pedir varios entrantes para compartir —propuse, buscando neutralidad—. Así probamos más cosas.

—Me parece perfecto —dijo Nora.

Empezamos a debatir con sorprendente rapidez. Terminamos decidiendo *carpaccio* de ternera con lascas de parmesano y aceite de trufa negra, burrata fresca con tomates confitados y pesto de pistacho y croquetas caseras de salmón y boletus.

Connor estaba encantado.

—Esto ya promete.

El camarero regresó con el vino y observé cómo Liam asentía mientras lo descorchaban y cómo olía la copa antes de probarlo. Sus manos eran grandes. Firmes. Manos de hombre acostumbrado al esfuerzo físico.

Dios. No. Céntrate.

Nos sirvieron a todos y levantamos las copas.

—Por sobrevivir a incendios, autopsias y delincuentes idiotas —dijo Connor.

—Y por las cenas inesperadas —añadió Nora con una sonrisa de medio lado.

Choqué mi copa con la de Liam un segundo más tarde y nuestros dedos se rozaron. Fue un roce mínimo, pero eléctrico. Y bebí más de lo necesario.

El camarero tomó nota de los platos principales. Connor pidió entrecot de vaca madurada con patatas trufadas. Nora optó por *risotto* cremoso de setas silvestres y *foie*. Liam eligió solomillo de ternera con reducción de vino tinto y verduras asadas.

Cuando llegó mi turno, respiré hondo.

—Lubina salvaje al horno con salsa de cítricos y espárragos verdes.

Liam asintió levemente, como si aprobara la elección. No necesitaba su aprobación. Pero no me disgustaba.

Cuando llegaron los entrantes, la conversación giró inevitablemente hacia el trabajo. Fue formal al principio. Profesional.

—El incendio de la galería fue provocado —comenté mientras cortaba un trozo de burrata.

Liam levantó la vista.

—¿Lo tenéis confirmado?

—Hay indicios claros. Acelerantes en puntos concretos.

Connor silbó.

—Eso explica la velocidad con la que se extendió.

—¿Había alguien dentro cuando entrasteis? —pregunté, mirándolos a ambos.

—Un par de personas mayores en el edificio contiguo —respondió Liam —. El humo era denso, pero manejable.

—Manejable para vosotros —apunté.

Él sostuvo mi mirada.

—Es nuestro trabajo.

Había algo en su tono. Orgullo contenido y convicción.

—¿Y nunca tenéis miedo? —preguntó Nora.

Connor soltó una carcajada.

—Claro que sí. El que diga que no, miente.

Liam negó con suavidad.

—El miedo está ahí. Pero lo controlas. Si no lo hicieras, sería peligroso.

Le observé mientras hablaba. Estaba serio y concentrado, sin fanfarronería. Y de repente entendí por qué imponía tanto en el uniforme. No era solo físico. Era presencia.

Seguimos hablando de incendios complicados. De rescates en condiciones extremas. Connor dramatizaba algunos detalles y Nora lo pinchaba con ironía constantemente. Yo escuchaba y, de vez en cuando, notaba cómo Liam me miraba.

No era descarado. Era… constante. Cada vez que yo intervenía en la conversación, él parecía escucharme con una atención que iba más allá de la simple cortesía.

El *carpaccio* desapareció casi sin que nos diéramos cuenta. Las croquetas estaban espectaculares.

La formalidad empezó a aflojarse.

—¿Es verdad que una vez rescatasteis a un gato que luego os arañó a todos? —le preguntó Nora a Liam, y Connor bufó.

—Eso fue humillante.

Liam sonrió.

—El gato pesaba más que Connor.

—Eso es calumnia.

Reí de verdad. Sin filtros. Y durante unos segundos olvidé las notas. Asuntos Internos. La presión constante. Solo éramos cuatro personas cenando. Nada más.

Pero entonces levanté la vista y me encontré con los ojos miel de Liam clavados en mí. No sonreía. Me miraba como si estuviera intentando memorizarme. El pulso me dio un leve vuelco.

Aparté la mirada antes de que pudiera leer demasiado en la mía. Aquella cena estaba siendo peligrosa. No por lo que decíamos, sino por lo que no.

Y, mientras me llevaba una croqueta a la boca y fingía absoluta normalidad, tuve la clara sensación de que la noche apenas estaba empezando.

Cuando llegaron los platos principales, la formalidad ya se había quedado atrás como una chaqueta olvidada en el respaldo de la silla.

El vino había hecho su trabajo. No lo suficiente como para nublar el juicio, pero sí para suavizar aristas. Para relajar hombros. Para que las risas salieran con menos contención.

El *risotto* de Nora desprendía un aroma intenso a setas y *foie*. El entrecot de Connor estaba en su punto exacto y él lo miraba como si fuera una obra de arte. El solomillo de Liam tenía ese brillo oscuro de la reducción bien hecha. Mi lubina estaba perfectamente dorada, con la piel crujiente y la carne blanca y jugosa.

—Voy a probar eso —dijo Connor, señalando mi plato con descaro.

—Ni lo sueñes —respondí.

—Compartimos entrantes. Es coherente compartir principales.

—No lo es.

Liam intervino con calma.

—Si sigues negociando así, inspectora, entiendo que los delincuentes acaben confesando por agotamiento.

Le lancé una mirada afilada.

—Te sorprendería saber cuántos lo hacen por puro miedo.

—No lo dudo.

Sus ojos no abandonaron los míos mientras lo decía. Y ahí estaba otra vez esa sensación. Como si entre nosotros hubiera una conversación paralela que nadie más escuchaba.

Connor empezó a contar una anécdota sobre un incendio en un almacén ilegal de fuegos artificiales.

—Fue como entrar en una caja de bombas —decía gesticulando—. Yo pensaba: "Genial, esta es la forma más absurda de morir".

—Eres un exagerado —dijo Liam con media sonrisa.

—Porque tú estabas fuera coordinando.

—Porque soy el capitán.

—Ah, claro, privilegios del rango.

Nora se inclinó hacia mí.

—¿Crees que siempre son así? —preguntó.

—Seguro que son mucho peor —respondí en voz baja.

Liam arqueó una ceja.

—Te he oído.

—Era la intención —contesté, y la mesa estalló en risas.

No recordaba la última vez que me había reído tanto sin pensar en el reloj, en un expediente pendiente o en una decisión complicada. Y, sin embargo, cada vez que la conversación se centraba en breves intercambios, notaba su mirada. Persistente y cálida, no invasiva. Pero sí constante.

Le sorprendí observándome mientras me llevaba el tenedor a la boca. No apartó la vista de inmediato. Lo hizo despacio. Como si no tuviera prisa. El calor volvió a instalarse bajo mi piel. Maldita sea. Me incliné hacia Nora para comentar algo sobre el vino, intentando recuperar compostura.

—Está muy bueno —dije.

—Eso es porque lo ha pedido él —susurró ella, divertida.

—No empieces.

—No estoy haciendo nada.

—Tu cara dice lo contrario.

Connor interrumpió:

—Oye, Hayes, ¿es verdad que una vez te negaste a salir con la hija de un concejal porque dijo que el parque de bomberos olía a humo?

Liam suspiró con una paciencia fingida.

—No fue por eso.

—Fue exactamente por eso.

—Fue porque dijo que prefería que me dedicara a algo menos peligroso.

—Eso suena razonable —comenté antes de pensar.

Liam giró la cabeza hacia mí.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Es una profesión de riesgo.

Su expresión cambió ligeramente. Más seria.

—Lo sé.

Hubo un segundo de silencio. No incómodo, pero sí cargado. Nora decidió romperlo.

—Yo no podría salir con alguien que no ame lo que hace.

Connor levantó la copa.

—Brindemos por eso.

Chocamos las copas otra vez. Y, mientras bebía, sentí algo que no quería nombrar. Admiración.

Porque, aunque intentara mantener distancia, no podía negar que Liam irradiaba algo imposible de ignorar. Seguridad sin arrogancia. Humor sin superficialidad. Fortaleza sin rigidez.

Y cada vez que sonreía… esa sonrisa torcida que parecía saber exactamente el efecto que tenía… mi estómago se contraía de una forma muy poco profesional.

Capítulo 15



Aileen

La conversación derivó hacia historias más ligeras. Connor confesó que una vez se quedó atrapado en el ascensor del parque durante una hora y fingió estar tranquilo mientras entraba en pánico.

—Eso explica tu dramatismo —dije.

—Yo no soy dramático.

Nora y yo hablamos al unísono.

—Sí lo eres.

Liam se echó hacia atrás en la silla, riendo abiertamente.

—Me encanta cuando se ponen de acuerdo contra ti.

—Traidores —murmuró Connor.

La risa me salió fácil otra vez. Y, en medio de esa ligereza, sentí su mirada sobre mí una vez más. Esta vez no aparté la vista. Sostuve sus ojos.

El ruido del restaurante pareció bajar de volumen durante un segundo. Había algo ahí. Algo que no era solo atracción física. Era curiosidad. Interés. Reconocimiento. Sentí cómo el rubor me subía a las mejillas e intenté disimular llevándome la copa a los labios, pero él lo vio.

Claro que lo vio. Sonrió levemente y no dijo nada. Pero su expresión decía: lo sé. Dios. Aparté la mirada hacia mi plato, fingiendo concentración en los espárragos.

—¿Te estás sonrojando, inspectora? —preguntó Connor con malicia.

Le lancé una servilleta.

—Cállate.

—Está confirmado.

—Connor —advirtió Liam con tono bajo, aunque divertido.

—Vale, vale.

Nora me observaba con esa sonrisa que solo tenían las amigas que sabían demasiado. Yo me recompuse.

—Estoy perfectamente —dije con dignidad forzada.

—Nunca lo he dudado —respondió Liam suavemente.

Esa frase, tan simple, me golpeó más fuerte que cualquier broma. Porque no había ironía en su voz. Solo convicción.

La cena terminó entre risas, platos vacíos y una segunda botella de vino que apareció sin que nadie la pidiera explícitamente.

Me sentía ligera. Pero alerta. Porque cada vez que nuestras rodillas se rozaban bajo la mesa, de manera accidental o no, una corriente subía por mi pierna. Y porque, aunque intentaba repetirme que era solo una cena, mi cuerpo no parecía creerlo.

Cuando el camarero retiró los platos y preguntó si queríamos postre, Connor propuso algo mejor.

—Hay un local aquí cerca. Música en directo. Copas decentes. ¿Seguimos la noche?

Nora aceptó de inmediato. Miré a Liam y él me miraba a mí.

—¿Te apetece? —me preguntó.

Y supe que la pregunta no era solo sobre ir a tomar una copa. Respiré hondo.

—Sí —respondí.

Porque, por una vez, quería dejar de pensar tanto y dejarme llevar un poco más.

El local estaba a apenas dos calles del restaurante, pero el cambio de ambiente fue inmediato.

Luces más bajas. Música más alta. El murmullo se convirtió en ritmo, en cuerpos moviéndose sin demasiada rigidez. En copas brillando bajo focos cálidos.

Connor abrió la puerta con una teatralidad exagerada.

—Bienvenidos al lugar donde las malas decisiones empiezan con un "solo una copa".

—Eso suena prometedor —murmuré.

Nora se rio y entró primero. Yo la seguí, sintiendo la presencia de Liam justo detrás de mí. No me tocaba, y tampoco hacía falta. Su proximidad era suficiente para que mi piel estuviera demasiado consciente de cada centímetro.

Nos acomodamos cerca de la barra y Connor pidió una ronda de copas sin consultar demasiado.

—Confío en tu criterio, pero solo un poco —le dije.

—Eso duele.

—Era la intención.

La música cambió a algo más latino, más marcado. Un ritmo que se deslizaba por la piel. Una bachata. Sentí la vibración grave del bajo en el pecho. Connor empezó a moverse exageradamente, arrancando carcajadas a Nora, que terminó arrastrándolo hacia la pequeña pista improvisada.

—Volvemos en cinco minutos o en una hora —anunció él.

—Rezo por los cinco —respondí.

Y de repente nos quedamos solos. El ruido seguía ahí. La gente. La música. Pero el espacio entre Liam y yo se volvió más denso. Me apoyé en la barra, fingiendo concentración en mi copa.

—No muerdo —dijo él con suavidad y le miré de lado.

—No parece que necesites hacerlo.

Sonrió. Esa sonrisa torcida que me desarmaba más de lo que quería admitir.

—Sigues enfadada conmigo.

Negué con la cabeza.

—No.

—Entonces dime por qué me hablaste así en el incendio.

Ahí estaba. Suspiré. La música seguía marcando el compás, pero dentro de mí algo se ralentizó.

—Ya te lo dije —respondí—. No fue un buen día.

—Por las notas.

No era una pregunta. Asentí levemente.

—No debí pagarlo contigo.

Él dio un pequeño paso hacia mí. No era invasivo, solo suficiente para que el aire cambiara.

—¿Sueles pagar las cosas con quien no toca?

—No.

—Entonces me siento especial.

Le miré directamente.

—No juegues.

Su expresión se suavizó.

—No estoy jugando.

Tragué saliva.

—No soy así —dije en voz más baja—. Ese día… no sé qué me pasó.

Él sostuvo mi mirada con una intensidad que me dejó sin defensa.

—Si es por esas notas, deberías hablar con alguien de tu comisaría.

Me tensé un poco.

—Seguro que se cansará —respondí—. Ha pasado otras veces.

—¿Es habitual?

—Teniendo en cuenta que me dedico a meter entre rejas a criminales… lo raro sería que no las recibiera.

Vi cómo su mandíbula se endurecía.

—No me gusta.

—No tiene que gustarte.

—Me preocupa.

La palabra cayó entre nosotros con un peso inesperado. Desvié la mirada un segundo.

—También está lo de Asuntos Internos —añadí sin saber muy bien por qué lo hacía.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó, y suspiré.

—Estamos en el punto de mira. Al parecer no hago bien mi trabajo.

Sus cejas se fruncieron.

—¿Perdona?

—Eso dicen. Que han visto cosas que no les convencen, y esta semana aún más.

—¿Qué cosas?

—No lo sé —admití—. Siempre cumplo las normas. Siempre.

El ruido del local parecía más lejano ahora.

—Esta misma mañana el comisario me dijo que no estaban muy satisfechos.

La frustración me apretó el pecho.

—Y no sé a qué se refieren.

Liam levantó la mano con una lentitud casi deliberada y sus dedos rozaron mi mejilla. Un gesto suave y cálido que hizo que se me cortara la respiración.

—Por una noche —dijo en voz baja—, olvídate del trabajo. De Asuntos Internos. De esas malditas notas.

Su pulgar trazó una línea apenas perceptible sobre mi piel.

—Solo disfruta —susurró, y lo miré.

De cerca, sus ojos miel tenían pequeñas vetas más oscuras. Su expresión no era de lástima. Ni de superioridad. Era firme. Protectora. Y, por primera vez en días, sentí que podía soltar el peso un segundo.

Asentí con una leve sonrisa.

—Solo por esta noche.

—Solo por esta noche —repitió.

La música cambió y la bachata se volvió más lenta, más envolvente. Él inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Bailas?

Podría haber dicho que no. Debería haber dicho que no. Pero en lugar de eso, dejé mi copa sobre la barra.

—Sí.

Su mano encontró la mía con naturalidad, cálida y firme, y me condujo hasta la pista sin soltarme. Colocó una mano en mi cintura, la otra sostuvo la mía y me besó.

Ese primer paso fue lento. Medido. Mi cuerpo respondió antes de que mi mente pudiera analizarlo. El ritmo nos envolvió. Su mano en mi espalda me guiaba con precisión. Con seguridad, y me acercó lo justo y necesario.

La distancia entre nuestros cuerpos se redujo hasta casi desaparecer. Sentía su respiración cerca y su pecho contra el mío en cada giro suave.

—Sabes bailar —murmuré.

—Aprendí lo justo para no hacer el ridículo.

—No lo estás haciendo.

Sus dedos presionaron levemente mi cintura en el siguiente paso.

—Me alegra oírlo.

La bachata se volvió más sensual. Más lenta. Sus movimientos eran firmes pero contenidos. Me giró despacio y me atrajo de nuevo hacia él. Mi espalda rozó su pecho un segundo antes de volver a encararlo. El aire entre nosotros estaba cargado. Mi pulso golpeaba fuerte.

—Liam…

No sabía qué iba a decir, pero no hizo falta. Se inclinó y me besó de nuevo. No fue un beso impulsivo como el primero. Fue lento. Consciente. Su boca se posó sobre la mía con una suavidad que me desarmó. Y yo… me dejé llevar.

Sin resistencia. Sin análisis. Solo sensación. Mis manos subieron hasta su cuello casi por instinto. Sus dedos se tensaron en mi cintura y el mundo desapareció.

Cuando se apartó apenas unos centímetros, su frente rozó la mía.

—La noche que nos conocimos —murmuró—, ¿te habrías ido conmigo si no te hubieran llamado?

Sonreí, todavía con el pulso acelerado.

—Sí —respondí, y su sonrisa fue lenta y peligrosa.

—Entonces esta noche nada ni nadie va a impedir que la pasemos juntos.

El calor recorrió mi cuerpo. No dudé. No pregunté. Simplemente asentí. Él entrelazó nuestros dedos y me condujo hacia la salida.

El aire frío de la calle me despejó lo justo para ser consciente de lo que estaba haciendo. Caminamos sin soltarnos hasta el restaurante, donde estaba su coche. El deportivo negro brillaba bajo las farolas.

Subimos y el motor rugió al encenderse. Liam me miró de reojo.

—¿A tu casa o a la mía?

La pregunta quedó suspendida un segundo. Podría haber elegido cualquiera. Pero necesitaba mi espacio. Mi terreno.

—Mejor en la mía.

Asintió sin discutir y puso el coche en marcha.

Y mientras las luces de la ciudad pasaban rápidas al otro lado de la ventanilla, supe que aquella noche había cruzado una línea. Y que, por primera vez en mucho tiempo, no me importaba en absoluto.

Capítulo 16



Aileen

El trayecto hasta mi apartamento fue silencioso. No uno incómodo, pero sí uno de esos densos a los que estaba más acostumbrada de lo que debería.

El motor del coche de Liam vibraba bajo nosotros mientras la ciudad pasaba en destellos de luz y sombra. Yo miraba por la ventanilla, pero no veía nada. Sentía su presencia a mi lado como una corriente constante, firme y a la vez cálida.

Cuando aparcó frente a mi edificio en el *Upper West Side*, mi pulso ya no era del todo regular.

—Es aquí —murmuré, aunque era evidente.

Él apagó el motor, pero no se movió de inmediato. Me miró, y en sus ojos no había duda. Ni prisa. Solo intención.

Salimos del coche y fuimos hacia la entrada en ese silencio cómodo que nos había acompañado durante todo el camino, y subimos en el ascensor sin decir nada. El espacio reducido amplificaba cada leve roce. Su mano rozó la mía al entrar, pero no la aparté. Aunque tampoco la cogí.

Cuando la puerta del *loft* se cerró tras nosotros, el silencio fue absoluto.

Aquel era mi espacio. Mi territorio. Ladrillo visto. Vigas negras. La luz tenue de las lámparas indirectas que había dejado encendidas antes de salir, como siempre, por costumbre. El sofá lleno de mantas y algunos archivos que había olvidado recoger.

—Bonito lugar —dijo en voz baja, observando alrededor.

—Es funcional.

Dejé el bolso sobre la mesa y me quité los tacones. Sentía su mirada en mi espalda y me giré hacia él.

—¿Quieres beber algo? —pregunté, en un gesto automático, casi profesional.

Él negó suavemente.

—No.

Dio un paso hacia mí. Luego otro. Mi respiración cambió. No había urgencia en su movimiento. No era un impulso descontrolado. Era decisión.

Su mano subió despacio hasta mi cintura. La otra alcanzó mi mandíbula con una delicadeza que me desarmó más que cualquier gesto brusco.

—Aileen…

Mi nombre en su boca fue una caricia. No me dio tiempo a responder, pues su boca encontró la mía solo un segundo después.

El beso no fue tímido. Fue profundo y hambriento. Sentí cómo algo dentro de mí cedía al instante. Mis manos se deslizaron hasta su pecho,

notando la firmeza bajo la camisa. Él me atrajo más cerca, y mi cuerpo respondió sin reservas.

La química entre nosotros era innegable. Real y explosiva.

Su boca descendió lentamente hacia mi cuello, dejando un rastro de besos que hizo que el aire se me escapara en un suspiro involuntario.

—Liam…

No era una protesta. Era una rendición.

Sus manos recorrieron mi espalda con calma, como si estuviera aprendiendo cada curva. Como si no tuviera prisa por llegar a ningún sitio porque sabía que ya estaba donde quería estar.

Y yo… yo no recordaba la última vez que alguien me había tocado así. Sin dudas. Sin juego. Solo deseo auténtico.

Le desabroché la camisa sin dejar de mirarlo. Sus ojos color miel estaban oscurecidos. No había sonrisa ahora. Solo intensidad.

—Me vuelves loco cuando me miras así —murmuró.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras decidiendo si dejarme entrar o no.

Mi corazón dio un golpe fuerte.

—Y ya lo he decidido.

Su boca volvió a la mía con más hambre y retrocedí hasta que mi espalda chocó con la pared de ladrillo. El contraste frío contra mi piel y el calor de

su cuerpo delante fue eléctrico.

Sus manos bajaron por mis caderas con firmeza. Mis dedos se enredaron en su cabello y lo atraje más. No había dudas. No había miedo. Solo deseo. Pero también algo más. Algo que no sabía nombrar. Porque no era solo atracción física.

Era conexión. Era la sensación de que cada gesto tenía una respuesta inmediata. Que cada respiración encontraba eco en la suya.

Cuando me separé un segundo para mirarlo, vi algo en su expresión que me dejó sin aliento. No era solo pasión, era atención. Como si yo fuera lo único que existía en ese momento.

Me sostuvo el rostro entre las manos y me miró fijamente.

—No quiero que pienses en nada esta noche.

Asentí. Y esta vez fui yo quien lo besó. Con decisión, con la misma intensidad que lo había hecho él.

Mis manos recorrieron su espalda, marcando territorio. Él respondió con un leve sonido grave que vibró contra mi piel.

El *loft* en este momento parecía más pequeño. Más cálido. Cada beso era más profundo que el anterior. Cada caricia más segura. Y mientras sus labios volvían a recorrer mi cuello, comprendí algo con una claridad casi abrumadora.

No estaba huyendo del trabajo. No estaba intentando olvidarme de las notas ni de Asuntos Internos. Estaba eligiendo esto. Le estaba eligiendo a él en este momento exacto. Y por primera vez en mucho tiempo, no me sentía en control. Pero tampoco lo necesitaba.

Sus manos se deslizaron bajo el tejido de mi vestido, recorriendo mi piel con una mezcla perfecta de firmeza y cuidado. Mi respiración se volvió irregular.

—Aileen —susurró contra mi piel.

Sentí cómo me estremecía. Porque en su voz no había posesión. Había deseo y respeto. Le miré.

—No pares —le pedí, y sus ojos brillaron aún más.

Y supe que aquella noche no iba a ser solo intensa. Iba a ser inolvidable.

No podía recordar cómo llegamos a la habitación. Solo sabía que, de alguna manera, sus brazos me habían levantado con delicadeza y fuerza a la vez. Mi mundo entero se había reducido a la sensación de su cuerpo pegado al mío. Mientras tanto, sus labios seguían buscando los míos con esa mezcla de hambre y urgencia que había mostrado.

La puerta se cerró detrás de nosotros con un suave clic que me hizo estremecer. El aire estaba cargado de algo más que calor. Era expectación. Era deseo, sí, pero también complicidad, un vínculo silencioso que crecía con cada segundo que pasaba.

—Aileen —murmuró, en un tono casi ronco, mientras me acercaba a la cama—. Confía en mí.

No era una orden. Era un susurro que contenía una promesa. Una promesa de que allí, en aquel instante, el mundo podía desaparecer y solo quedaríamos nosotros dos.

Mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera pensar. Lo atraje hacia mí y nos fundimos de nuevo en un beso, largo y profundo, donde cada respiración parecía mezclarse con la del otro. Sus manos trazaban líneas que

no había visto antes, descubriendo curvas y rincones, buscando la reacción de mi piel con una suavidad firme.

Sentí cómo me rozaba con cuidado, pero con una intensidad que me dejaba sin aliento. Cada caricia suya era un lenguaje silencioso que decía más que cualquier palabra. Me dejé guiar por él, por el ritmo de su respiración, por la fuerza y la ternura que coexistían en cada gesto.

—Liam… —susurré con la voz entrecortada, y él respondió con un leve murmullo que hizo vibrar algo dentro de mí.

No había prisa, aunque cada segundo era una chispa que se encendía y se propagaba. Sus ojos me recorrían, y en ellos veía reflejada mi propia tensión, mi propio deseo de rendirme. Me sentí expuesta y segura a la vez, una contradicción que solo él parecía poder provocar.

Cada movimiento era una palabra que no se decía. Cada roce, una declaración silenciosa de lo que no necesitábamos decir en voz alta. Nos entendíamos sin palabras, solo con la proximidad de nuestros cuerpos, con la electricidad que recorría el aire entre nosotros.

Cuando me cogió de la mano y me acercó más a su pecho, sentí cómo mi cabeza descansaba contra su hombro. Su aliento cálido acariciaba mi piel, y mis dedos se enredaban en su camisa, sintiendo la firmeza de su cuerpo bajo mis manos. No era solo deseo físico; era conexión, complicidad, un entendimiento que iba más allá de lo que podíamos ver.

—No he sentido algo así en mucho tiempo —le confesé, con la voz tan baja que pareció casi un susurro—. No sé qué me pasa.

Él me miró, con los ojos brillantes, y sonrió de medio lado, una sonrisa que decía más que mil palabras.

—No pasa nada, Aileen. Simplemente… déjate llevar.

Y lo hice.

Me entregué a la sensación de estar completamente presente en él, en nosotros, en ese instante que parecía suspendido en el tiempo. Cada roce de sus manos, cada suspiro compartido, cada mirada cargada de intensidad me llevaba más allá de cualquier pensamiento racional.

El mundo fuera de aquella habitación desapareció. Las notas, Asuntos Internos, el estrés del trabajo… todo perdió sentido. Solo quedábamos él y yo, respirando al mismo ritmo, compartiendo una tensión que se había vuelto casi dulce en su intensidad.

Sentí su mano acariciar mi mejilla, trazando un camino que me hizo estremecer, y me incliné hacia él para un nuevo beso, esta vez más suave, más íntimo, donde cada contacto era un descubrimiento y cada suspiro una confesión sin palabras.

Me perdí en sus ojos, en la manera en que me miraba con intensidad, y entendí algo crucial: no era solo deseo físico. Era atracción, complicidad, cuidado. Era alguien que podía leer mis silencios y responder a ellos, alguien que me hacía sentir completamente vista, completamente deseada, sin prisa, sin juicio, solo conexión.

Sus manos bajaron despacio por mi espalda, recorriendo cada curva, cada línea de mi cuerpo, como si quisiera aprenderla de memoria sin necesidad de apresurarse. Cada gesto suyo era un mensaje silencioso: no había urgencia, solo atención plena, y eso me desarmaba de una manera que no había experimentado antes.

—Nunca… me había sentido así —susurré, apoyando mi frente contra su pecho.

Él me sostuvo más cerca, como si quisiera fundirse conmigo. Su aliento cálido rozaba mi piel, y sus labios volvieron a encontrar los míos, esta vez

en un beso más pausado, lleno de ternura, pero con un fuego latente que no se extinguía.

—Hoy… esta noche es solo nuestra —dijo, y la suavidad en su voz me hizo estremecer—. Nada más importa.

Asentí sin palabras. Mi cuerpo entendía lo que mi mente aún no quería pronunciar. Todo estaba en su toque, en su mirada, en la forma en que su mano acariciaba mi rostro, recorriendo la línea de mi mandíbula hasta descansar en mi cuello.

Liam me desnudó poco a poco, sin dejar de mirarme ni de tocarme, mientras sus labios besaban suavemente cada rincón de piel que iba quedando expuesto. Y cuando mi vestido quedó abandonado en el suelo junto a mi ropa interior, se desprendió de su propia ropa y me atrajo hacia él para besarme con más hambre esta vez.

Sus labios y su lengua se habían hecho con el control, y sus manos se deslizaban por mi cuerpo sin miedo ni pudor alguno.

Gemí en su boca cuando noté sus dedos adentrándose entre mis piernas, tocándome el clítoris y después avanzando hasta encontrar mi vagina. Grité cuando me penetró con el dedo y me aferré con fuerza a sus hombros en cuanto sentí que lo movía dentro y fuera mientras con el pulgar me frotaba el clítoris para excitarme aún más.

Sentí todo mi cuerpo temblar en ese instante, me estremecí con un escalofrío que me recorrió de pies a cabeza, y no tuve la menor duda de que Liam no iba a detenerse hasta llevarme al orgasmo.

Siguió penetrándome sin parar mientras sus labios bajaban por mi cuello y mi torso hasta encontrar uno de mis pechos, lamió el pezón y después lo mordisqueó mientras masajeaba el otro, haciendo que el placer de todo lo que me hacía se intensificara tanto que mis gemidos fueron cada vez más fuertes.

Casi sin darme cuenta, estaba moviendo las caderas al ritmo que él marcaba en busca más de placer, aferrada a sus hombros con todas mis fuerzas mientras perdía la noción del tiempo y el control absoluto de mi cuerpo.

Lo siguiente que sentí fue la mano libre de Liam separando mis piernas y su lengua, húmeda y caliente, lamiendo mi clítoris mientras sus dedos seguían entrando y saliendo cada vez más deprisa y más fuerte.

Y sí, me corrí apenas unos minutos después porque ese hombre… Dios, ese hombre sabía cómo hacer que me olvidara hasta de mi nombre y me abandonara al placer.

Le vi incorporarse de nuevo y le atraje hacia mí para besarle con hambre y urgencia mientras mi mano bajaba despacio por su torso y sus abdominales hasta encontrarse con esa parte que ahora mismo quería y necesitaba dentro de mí.

Envolví su miembro con la mano y Liam dejó escapar un leve gruñido cuando comencé a moverla de arriba abajo, más y más rápido cada vez, mientras lo sentía estremecerse junto a mí.

—Para, si no quieres que esto acabe antes de tiempo —me pidió poco después, acariciándome la mejilla, y sonreí al ver en sus ojos la lucha entre el deseo de liberarse y el de poseerme.

Me cogió en brazos y me recostó en la cama, donde volvimos a besarnos mientras buscaba una caja de preservativos que el loco de mi primo Erik me dejó una vez allí hacía algunos meses. Saqué uno, y sin pudor ni vergüenza, se lo puse a Liam, que me miraba con un autocontrol que pronto dejaría de existir.

Volvió a besarme y me penetró con fuerza, llenándome por completo y haciéndome suya entre besos, caricias, gemidos y jadeos de puro placer.

Hasta que el clímax nos alcanzó a ambos y lo liberamos, jadeantes y sudorosos, con el cuerpo temblando y mirándonos fijamente a los ojos.

Y mientras nos quedábamos ahí, pegados, compartiendo cada instante, cada respiración, cada roce, comprendí algo que iba más allá de lo físico: me sentía vista, comprendida y deseada al mismo tiempo. Por primera vez en mucho tiempo, no tenía que controlar nada. No tenía que aparentar fuerza ni independencia absoluta. Podía simplemente… estar.

El tiempo parecía haberse detenido. Cada segundo había sido un descubrimiento, cada mirada una declaración silenciosa de algo más profundo que cualquier palabra podría expresar. La pasión había estado ahí, sí, pero también había habido ternura, complicidad, un reconocimiento mutuo de que lo que sentíamos no era solo atracción: era conexión.

Cuando me acarició la mejilla con suavidad, me incliné hacia él para un beso más, lento, lleno de intensidad contenida, y sentí cómo mi corazón se aceleraba mientras mi mente desaparecía en la sensación de estar completamente en su presencia.

Cuando finalmente nos separamos tras el último beso, sentí un cosquilleo recorriendo mi pecho. Liam me miraba con una intensidad que me dejaba sin aliento, y a la vez con una ternura que me hacía sentir completamente segura. Sus manos todavía descansaban sobre mis hombros, y su respiración era pausada, sincronizada con la mía, como si hubiéramos encontrado un ritmo propio.

—Si quieres… puedes quedarte a dormir —le susurré, con un hilo de voz, un poco tímida.

Él sonrió, esa sonrisa que mezclaba picardía y ternura, y me besó suavemente en los labios, un beso cargado de calma y complicidad. Después me abrazó, con fuerza, pero sin prisa, y susurró:

—Me quedo… si aceptas acompañarme mañana a una exposición de arte.

Me incorporé ligeramente, sorprendida. Sonreí, divertida y contenta a la vez.

—Me encantaría… con tal de olvidarme un poco del trabajo.

Él me abrazó más fuerte, y sus labios rozaron mi sien mientras me deseaba buenas noches. Sentí que algo se asentaba en mi pecho, una calidez que nunca antes había experimentado, un latido constante que coincidía con el suyo.

—Hoy velaré tus sueños, pequeña —susurró, y me estremecí de manera extraña, sintiendo que algo en mí se transformaba, que estaba experimentando un tipo de emoción que no había sentido antes.

Me acomodé junto a él, escuchando cómo su corazón latía con fuerza, sincronizado con el mío. Cerré los ojos, sintiendo la seguridad de su abrazo, el calor de su cuerpo y la certeza de que, por primera vez en mucho tiempo, podía dejarme llevar sin miedo.

No había pensamientos de amenazas, notas anónimas ni Asuntos Internos rondando mi cabeza. Solo estaba Liam, solo estaba su calor, su presencia, sus manos sobre mí y su mirada que me decía sin palabras que todo estaba bien, que podía descansar, que podía confiar.

Mientras me dejaba llevar por el sueño, sentí que esa noche había cambiado algo en mí. Que lo que él me hacía sentir no era solo deseo: era seguridad, complicidad, ternura y un vínculo silencioso que se había establecido sin necesidad de palabras.

Y así me dormí, escuchando los latidos de Liam, sintiendo que algo en mi corazón había encontrado un refugio inesperado y delicioso. Y que, por

primera vez en mucho tiempo, no estaba sola.

Capítulo 17



Aileen

Cuando me desperté, comprobé que estaba sola y durante unos segundos no supe dónde estaba.

La luz que se colaba por los ventanales de mi habitación era más dorada de lo habitual, suave, casi perezosa, como si la ciudad hubiese decidido concederme una tregua. Estiré el brazo por instinto, buscando el calor que recordaba haber tenido pegado al cuerpo durante la noche. Pero no encontré nada.

Las sábanas estaban tibias, pero vacías. Me quedé bocarriba, mirando el techo alto de vigas negras, y dejé que el recuerdo me golpeara sin previo aviso. Liam…

La noche anterior volvió a mí como una llamarada lenta, intensa, imposible de apagar. Sus manos en mi cintura. Su boca recorriendo mi piel con una paciencia que me había desarmado. La forma en que había pronunciado mi nombre, no como un juego, ni como un desafío, sino como si lo estuviera saboreando.

Cerré los ojos y sonreí sin poder evitarlo. No había sido solo sexo. Y eso era lo que más me inquietaba.

Había habido algo distinto. Algo que me había recorrido el pecho por dentro, como si alguien hubiese abierto una ventana en una habitación que llevaba años cerrada. No recordaba haber sentido nunca esa mezcla de deseo y calma. De fuego y seguridad.

Yo no hacía eso. Yo no me permitía eso. Con nadie.

Me incorporé despacio, apoyando la espalda en el cabecero tapizado, y miré alrededor. Mi dormitorio seguía siendo el mismo: paredes de ladrillo visto, mesillas negras minimalistas, la cómoda perfectamente alineada… y sin rastro de ropa masculina por ninguna parte.

Ni botas. Ni camisa. Ni pantalones tirados descuidadamente en el suelo. Fruncí el ceño, porque por la noche estaban ahí.

Me pasé una mano por el pelo, todavía enredado, y aspiré el aire. Café. Sonreí de nuevo. Claro. Estaría en la cocina.

Me levanté desnuda, sin ninguna prisa, y el suelo frío bajo mis pies me despejó del todo. Cogí una de mis camisetas largas, una vieja y desgastada gris de la academia de policía, y me la puse sin ropa interior. Me recogí el pelo en un moño improvisado y salí del dormitorio.

El salón estaba en silencio. El sofá seguía lleno de mantas y de los archivos del último caso que estaba revisando. La luz bañaba el espacio industrial, resaltando el contraste entre el orden casi obsesivo de las estanterías y el caos controlado de la zona donde realmente vivía.

El olor a café era más intenso al acercarme a la cocina. Pero no había nadie. Ni ruido. Ni movimiento. Ni capitán de bomberos apoyado en la encimera con esa sonrisa torcida que me hacía perder la paciencia.

La cafetera aún estaba caliente y al lado había dos tazas. Una usada. La otra limpia. Y una nota. La vi junto al azucarero, doblada con cuidado. La

cogí y la leí.

«Buenos días, pequeña. Siento haberme ido así, pero ha surgido algo en el trabajo y nos necesitan a todos. Paso a buscarte a las siete para ir a la exposición de arte. L.»

Me quedé mirándola unos segundos. Pequeña. Resoplé.

—*Claro* —murmuré para mí.

Apoyé la nota en la encimera y crucé los brazos. ¿Trabajo? ¿En serio?

Una parte de mí sabía que era perfectamente posible. Él era el capitán de bomberos. Las emergencias no entendían de horarios ni de noches memorables. Pero otra parte… la parte que llevaba años aprendiendo a no confiar en nadie… empezó a susurrar.

¿Cuántas veces? Cuántas veces algún hombre había desaparecido de mi cama con una excusa barata. "Me ha salido algo." "Tengo que irme." "Te llamo luego." Y luego, casualmente, nunca llegaba.

Me serví café con movimientos mecánicos. Negro. Sin azúcar. Apoyé las caderas en la encimera y bebí un sorbo lento mientras mi cabeza empezaba a construir escenarios que no necesitaban construirse.

Quizá solo había sido una noche para él. Quizá yo había imaginado cosas. Quizá el fuego era solo fuego. Me reí por lo bajo.

—*Patética, O'Connor* —murmuré.

Treinta años. Inspectora. Independiente. Y dudando por una nota firmada con una inicial.

Dejé la taza sobre la mesa y caminé hasta el salón. Cogí el mando y encendí la televisión, más por llenar el silencio que por interés real. El informativo matinal irrumpió en el espacio con imágenes caóticas. Humo, sirenas y gente gritando.

"Incendio devastador en un complejo residencial del Bronx…" Me quedé inmóvil al leer aquel titular.

Las cámaras mostraban un edificio ennegrecido, varias plantas aún humeando. Camiones de bomberos rodeaban la zona. Equipos entrando y saliendo. Sanitarios atendiendo heridos. Y allí, entre los cascos y los uniformes, lo vi.

No con la claridad suficiente para distinguir su rostro, pero reconocería esa forma de moverse en cualquier parte. Firme. Directa. Sin titubeos.

Sentí algo apretarse en mi estómago. No era mentira. No era una excusa. Era esto. Era fuego real. Era gente atrapada. Era peligroso.

Me apoyé en el respaldo del sofá, sin apartar la vista de la pantalla.

—*Eres idiota* —susurré.

Idiota por haber dudado. Idiota por compararlo con otros hombres que no tenían nada que ver con él.

El reportero hablaba de heridos, de evacuaciones, de un posible fallo eléctrico. Las imágenes mostraban a los bomberos entrando una y otra vez. Tragué saliva.

Anoche había estado entre mis sábanas. Esta mañana estaba entrando en un edificio en llamas. Y aun así había tenido tiempo de dejarme café hecho.

Miré la nota otra vez desde donde estaba.

«Paso a buscarte a las siete.»

Sonreí al pensar en la exposición de arte. Quizá no debía cancelarlo tan rápido. Quizá… solo quizá… podía dejar de anticipar el desastre antes de que ocurriera.

Me bebí el café hasta el final, con la vista fija en la pantalla, observando el incendio que teñía el cielo del Bronx de gris oscuro. Y por primera vez en mucho tiempo, el miedo que sentía no era por mí.

Era por él.

El timbre sonó casi una hora después y di un leve respingo.

Había estado demasiado concentrada viendo la cobertura del incendio y repasando mentalmente cada segundo de la noche anterior.

Me levanté del sofá y fui hacia la puerta.

—Como no seas el repartidor de donuts más eficiente de Manhattan, te cierro en la cara —dije antes siquiera de abrir.

La carcajada al otro lado confirmó mis sospechas y abrí, pues por la forma de llamar no podía ser otro que mi hermano.

Jake apareció con una caja enorme de cartón blanco en las manos y esa sonrisa que siempre conseguía que todo pareciera menos grave.

—Buenos días, hermanita.

—Eres el mejor hermano del mundo.

Entró sin esperar invitación, como siempre.

—Soy el único que tienes —respondió con fingida solemnidad—. Aunque nuestros primos prácticamente cuentan como hermanos.

Cerré la puerta mientras él dejaba la caja sobre la encimera y la abría con teatralidad.

Había donuts de todos los tipos imaginables. Glaseado rosa. Chocolate negro. Pistacho. Rellenos de crema. Con virutas. Con caramelo.

—Dios bendiga tu metabolismo de modelo internacional —murmuré, y Jake se llevó la mano al pecho.

—Trabajo duro por este cuerpo, inspectora.

—Posando sin camiseta en playas exóticas.

—Es agotador.

Cogí uno con glaseado blanco y le di un mordisco.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que ya te habrías ido.

—Por el momento me quedo en Nueva York. Han salido algunos trabajos aquí. Nada de viajar hasta dentro de un par de meses.

Lo miré con atención.

—¿Todo bien?

—Sí. Solo… prioridades distintas.

Eso me hizo arquear una ceja.

—¿Desde cuándo tienes prioridades distintas?

Se apoyó en la encimera frente a mí, cruzando los brazos.

—Desde que creo que me he enamorado —contestó, y casi me atraganto con el donut.

—Perdona, ¿qué?

Jake O'Connor Moreau. El eterno soltero. El hombre que huía de cualquier cosa que oliera a compromiso.

—Creo —repitió, menos seguro.

—¿De quién?

Suspiró.

—Naomi.

Tardé un segundo en ubicarla.

—¿La fotógrafa que siempre te acompaña? ¿La que va corriendo a todas partes, lleva gafas enormes y a veces tropieza con los cables?

Sonrió como un adolescente.

—Esa misma.

Me eché a reír.

—No puede ser.

—Una noche… en una celebración después de una campaña… bebió un poco más de la cuenta. Yo también. Y… bueno.

—¿Os liasteis?

—Sí.

—¿Y ahora no te la puedes quitar de la cabeza?

Asintió, resignado, y yo me crucé de brazos, divertida.

—El eterno soltero de los O'Connor, enamorado como un adolescente. Esto va a ser divertido.

—No tiene gracia.

—La tiene. Muchísima.

Se pasó una mano por el pelo.

—No sé qué hacer.

Lo miré con ternura. Jake podía ser dramático, exagerado y carismático… pero cuando algo le importaba de verdad, se le notaba en la forma en que bajaba la voz.

—Haz lo que hizo papá.

—¿Ser terco hasta el infinito?

—No rendirse. No parar hasta conquistarla.

Sonrió levemente.

—Mamá no se lo puso fácil.

—Exacto.

Hubo un silencio breve.

—¿Y tú? —preguntó de repente—. ¿Hay alguien?

Negué con la cabeza casi automáticamente.

—Ya sabes que el amor y yo estamos peleados de por vida. Algún que otro rollete y ya.

No añadí nada más. No mencioné a Liam. No mencioné la nota. No mencioné la forma en que mi estómago se había encogido viendo el incendio.

Jake me observó unos segundos, como si intentara leer entre líneas, pero no insistió.

—Cambiando de tema —dijo—. El cumpleaños de Cindy es en unas semanas. ¿Vas a ir o tienes pensado inventarte una redada?

—Iré. Prometido.

Seguimos hablando un rato más de su trabajo, de campañas interminables y de lo absurda que podía ser la industria de la moda. Cuando se terminó el café, cerró la caja de donuts y se levantó.

—Tengo que irme. Reunión con el equipo creativo.

Lo acompañé hasta la puerta y, antes de salir, se giró.

—Por cierto, te he cogido el correo.

Dejó varios sobres y panfletos publicitarios sobre el mueble de la entrada.

—Gracias.

Me dio un beso en la mejilla.

—No te encierres demasiado en el trabajo, Aileen.

—No soy yo quien se encierra.

Sonrió, se fue y cerré la puerta con suavidad.

Y durante unos segundos, el piso volvió a quedarse en silencio.

Volví a la cocina y miré el montón de correo que tenía en mis manos. Publicidad. Catálogos. Un par de facturas. Y un sobre blanco sin remitente. Solo una palabra escrita a mano: *"O'Connor"*.

Sentí un leve cosquilleo en la base del cuello y lo cogí. El papel era normal. Corriente. Sin marcas. Lo abrí con cuidado y vi que dentro había una nota.

«Se te acaba el tiempo, O'Connor. La deuda se saldará antes de lo que imaginas.»

El café me supo amargo de repente. Leí el mensaje otra vez. Y otra. Mi expresión no cambió. Años de entrenamiento servían para algo. Pero por dentro, algo se tensó.

No era la primera nota. Las anteriores habían sido más ambiguas. Más sutiles. Esta no. Esta hablaba de saldar por fin mi deuda. ¿Pero qué deuda?

En mi lista de detenidos había jefes de bandas de droga. Tráfico de armas. Trata de personas. Gente peligrosa. Gente con recursos. Gente con motivos.

Me quedé mirando el papel durante unos segundos más antes de doblarlo con precisión y guardarlo junto a las anteriores en un cajón del salón. No iba a dejar que me vieran inquieta. Ni siquiera el remitente invisible.

Justo cuando cerraba el cajón, mi móvil vibró y, al ver el nombre del comisario Brennan, descolgué.

—O'Connor.

—Necesito verte en comisaría —dijo con su voz grave al otro lado.

—¿Ha pasado algo? —pregunté, por inercia, y al otro se hizo un silencio breve.

—Hablaremos cuando llegues.

La llamada se cortó y me quedé mirando el teléfono unos segundos.

El presentimiento no fue bueno. Miré hacia la cocina, donde aún estaba la nota de Liam apoyada junto a la cafetera. Luego hacia el cajón donde acababa de guardar la amenaza. Algo estaba moviéndose. Y no tenía la sensación de que fuera algo sin importancia.

Fui hacia el dormitorio para vestirme. La inspectora volvía al servicio. Aunque algo me decía que el día acababa de empezar a torcerse.

Capítulo 18



Aileen

Conduje hasta la comisaría con el piloto automático activado y la cabeza funcionando a una velocidad que no me gustaba.

El edificio de ladrillo gris se alzaba igual que siempre, sólido, inmutable, como si dentro no pudieran ocurrir terremotos. Aparqué en mi plaza habitual y me quedé un segundo dentro del coche, con las manos apoyadas en el volante.

Cerré los ojos y respiré hondo, tratando de calmarme. Una llamada del comisario en sábado por la mañana… no podía ser buena señal. Suspiré y salí.

Al cruzar la puerta principal, varios agentes me saludaron con la familiaridad de todos los días. Respondí con una inclinación de cabeza. Nada fuera de lo normal. Nada que indicara que el comisario me había llamado con esa voz seca que usaba cuando algo iba mal.

Subí las escaleras hasta la planta de despachos. El nombre de Brennan en la puerta me pareció más pesado de lo habitual. Cogí aire y llamé.

—Adelante.

Abrí y, cuando entré, el despacho me recibió con demasiado silencio. Brennan estaba detrás de su mesa, con un traje impecable y gesto serio. No había café, lo que era una mala señal.

—Siéntate, O’Connor.

No era una sugerencia. Me senté frente a él, con la espalda recta y las manos sobre los muslos.

—¿Qué ocurre?

Brennan entrelazó los dedos sobre la mesa.

—¿Recuerdas el caso Delgado?

Claro que lo recordaba. Una operación compleja contra una red de narcotráfico que movía toneladas desde el puerto hasta varios puntos de la ciudad. Habíamos cerrado el caso hacía un par de semanas. El cabecilla estaba en prisión preventiva. Su contable, también.

—Lo cerramos hace dos semanas —respondí.

—Sí.

No me gustó ese “sí”. Brennan abrió una carpeta gruesa y la giró hacia mí.

—Asuntos Internos está revisando la operación.

Sentí una punzada en el estómago.

—¿Por qué?

—Porque creen que estabas metida en el negocio.

El silencio se volvió denso.

—¿Perdón?

Su mirada no vaciló.

—Han investigado tus cuentas.

Un zumbido sordo me atravesó los oídos.

—¿Mis cuentas?

—Y han encontrado movimientos que no corresponden a tu salario.

Me incliné hacia delante.

—Eso es imposible.

—Han seguido el dinero —continuó, implacable—. Proviene de una cuenta en el extranjero. Y esa cuenta está relacionada con el contable de Delgado.

Sentí cómo la sangre me abandonaba el rostro.

—No.

Brennan deslizó varios documentos hacia mí. Extractos bancarios. Transferencias. Una cuenta que figuraba a mi nombre y que miré como si estuviera escrita en otro idioma.

—Yo no he visto esa cuenta en mi vida.

—Consta a tu nombre, Aileen.

Que usara mi nombre de pila no ayudaba. Pasé las páginas con movimientos medidos. Transferencias periódicas. Cantidades demasiado grandes para ser un error. Fechas que coincidían con fases clave de la investigación.

—Es una manipulación.

—Asuntos Internos dice que el dinero es el pago por facilitar información.

Levanté la vista bruscamente.

—¿Facilitar información? ¿A un narcotraficante al que detuve yo misma?

—Eso dicen las pruebas.

Respiré hondo.

—El único dinero que tengo fuera de mi cuenta nómina es el que mis padres fueron metiendo cada mes hasta que cumplí los veintiún años. Lo mismo que hicieron con Jake. Un fondo de emergencia. Nada más.

—Lo sé.

—Entonces sabes que esto es una mierda.

Brennan guardó silencio unos segundos.

—Quiero creerte.

—No tienes que querer. Sabes que no soy una policía corrupta.

—Sé que eres buena policía. Y buena inspectora. Pero Asuntos Internos ha sido claro.

Se reclinó en la silla.

—Quieren que te aparte del servicio hasta que se solucione todo.

Tardé un segundo en procesarlo.

—¿Me estás pidiendo la placa y la pistola?

—Sí.

La palabra cayó como una losa.

—Es un error —dije, más bajo.

—Puede ser.

—Lo es —contesté, y me levanté despacio.

Saqué la placa del bolsillo interior de la chaqueta y la sostuve un segundo más de lo necesario antes de dejarla sobre la mesa. Después desenfundé el arma reglamentaria y la apoyé junto a la placa.

—Los de Asuntos Internos se equivocan conmigo —dije con la voz firme —. Y por lo que sea, alguien está intentando jugármela.

Brennan sostuvo mi mirada.

—Espero que tengas razón.

—La tengo.

Sin añadir nada más, me giré y salí del despacho.

Las miradas en el pasillo me parecieron más pesadas que nunca. Y por primera vez desde que me gradué en la academia, salí de comisaría sin placa.

No fui a casa. Fui a ver a Erik.

Su apartamento estaba a unas calles de la comisaría. Llamé con los nudillos y abrió casi al instante, aun con camiseta de entrenamiento y el pelo desordenado.

—¡Qué sorpresa! Mi prima favorita.

—Necesito pasar.

Su sonrisa desapareció al instante.

—¿Qué ha pasado?

Entré sin esperar invitación y Erik cerró la puerta detrás de mí.

—Asuntos Internos me ha abierto una investigación —dije, y Erik parpadeó.

—¿Qué?

—Dicen que estoy metida en el negocio de Delgado. Que tengo dinero procedente de su contable en una cuenta en el extranjero.

El silencio que siguió fue denso y pesado como una losa.

—Eso es un puto error.

—Lo sé.

—La han cagado contigo.

Me dejé caer en el sofá.

—Me han quitado la placa.

Erik se pasó una mano por la cara.

—Deberíamos hablar con tu padre.

Negué con la cabeza al instante.

—No.

—Aileen…

—No voy a contarle nada. No quiero que interceda.

—Podría ayudar.

—Precisamente por eso, no voy a contarle nada —le advertí y lo miré fijamente—. Cuando se arregle todo, los capullos de Asuntos Internos que estén intentando joderme se van a arrepentir.

Una media sonrisa cruzó su rostro.

—Esa es mi prima.

Se sentó frente a mí.

—Aunque estés apartada del equipo, te mantendremos al tanto de los avances.

—No lo hagáis.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No os metáis en líos por mí.

—Que te den —respondió y suspiré.

—Erik…

Se inclinó hacia delante.

—Hay algo más.

—No.

—No me mientas. Te conozco mejor que nadie de la familia.

Apreté los labios.

—He estado recibiendo notas.

Su expresión cambió.

—¿Qué tipo de notas?

—Anónimas. Amenazas veladas. Esta mañana ha llegado otra. Hablan de una deuda que se saldará pronto.

—¿Desde cuándo?

—Unas semanas.

—¿Y no me has dicho nada?

—No parecían relevantes.

—Ahora sí lo son —dijo con un tono que no admitía réplicas—. Puede que esté relacionado.

—Eso estaba pensando.

—Alguien manipula tus cuentas para que Asuntos Internos encuentre ese dinero. Si ya te estaban enviando notas, podría ser el mismo.

Me crucé de brazos.

—Tiene sentido.

—¿Quién podría hacerlo?

—La lista es larga —suspiré y volteé los ojos.

—Pero no infinita.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—Lo averiguaré por mi cuenta —dije.

—Ten cuidado.

—Tú también.

Lo miré con seriedad.

—Y no te hagas el héroe en el trabajo. No quiero que me llamen diciendo que te han disparado.

Sonrió de lado.

—¿Me estás dando órdenes sin placa?

—Siempre —dije encogiéndome de hombros, y me levanté.

Nos abrazamos brevemente. Un abrazo firme y sincero, como siempre.

—Cualquier cosa, me llamas —dijo.

—Lo mismo digo.

Y me fui.

Volví a mi apartamento con la sensación de estar caminando sobre hielo fino. El silencio me recibió como una bofetada. La nota de Liam seguía junto a la cafetera. La amenaza estaba guardada en el cajón. Y mi placa ya no estaba conmigo.

Me quité la chaqueta y la dejé sobre el sofá lleno de mantas y expedientes. Caminé hasta el balcón y miré hacia Central Park, visible entre edificios.

Asuntos Internos. Una cuenta falsa. Dinero sucio. Mi nombre vinculado a un narcotraficante. Y las notas. *"Se te acaba el tiempo."* Quizá sí estuviera todo conectado.

Entré de nuevo, fui directa a las estanterías y saqué las carpetas de los últimos casos. Una a una las dejé sobre la mesa. Si alguien quería jugar conmigo, había elegido mal.

Repasaría cada detención. Cada juicio. Cada nombre. Buscaría patrones. Motivos. Recursos. Alguien con acceso a mis datos personales y que pudiera manipular la situación a su favor. Alguien con suficiente inteligencia para crear una cuenta falsa y desviar dinero desde el extranjero. Alguien paciente.

Me senté y abrí la primera carpeta. Si querían apartarme, se habían olvidado de algo. No necesitaba una placa para investigar. Y no pensaba quedarme quieta mientras intentaban destruir todo lo que había construido.

Esta vez no era solo una amenaza anónima. Era una guerra. Y acababa de empezar.

Capítulo 19



Liam

Llegué a la calle de Aileen a las siete en punto.

Ni a las siete y dos. Ni a las seis cincuenta y nueve. A las siete exactas.

Aparqué frente a su edificio en el *Upper West Side* y apagué el motor, pero no salí del coche. Me quedé un momento con las manos apoyadas en el volante, respirando hondo.

La noche anterior seguía adherida a mi piel. La forma en que me había mirado cuando la tumbé sobre sus sábanas. La manera en que, pese a su fortaleza habitual, se había entregado sin reservas. No había sido solo deseo. Había sido confianza. Y eso me había golpeado más fuerte que cualquier incendio.

Cogí el móvil y le escribí.

Liam: *Estoy abajo, pequeña.*

Sonreí al enviarlo. No habían pasado ni dos minutos cuando la vi salir del portal. Y joder. Me quedé sin aire.

Llevaba un vestido blanco de lana ceñido hasta las rodillas que dibujaba cada curva con una elegancia que no era provocadora… pero lo parecía. Botas negras altas, el abrigo negro perfectamente ajustado y el bolso a juego. El pelo suelto, ondulado, cayéndole por los hombros como si supiera exactamente el efecto que provocaba.

No intentaba ser sensual. Lo era sin proponérselo. Y había algo en ella… algo peligroso. No en el sentido de amenaza, sino en el sentido de adicción.

Salí del coche sin apartar la vista. Cuando llegó a mi altura, sus ojos verde grisáceo se clavaron en los míos.

—Qué puntual —dijo.

—Siempre.

No le di tiempo a añadir nada más. La agarré por la cintura y la besé. No fue un beso educado. Fue lento y profundo.

Recordé su piel bajo mis manos. El calor de su cuerpo pegado al mío mientras dormía. La forma en que se había acomodado contra mi pecho, confiando, respirando tranquila. No creía en el matrimonio. No creía en cuentos. Pero dormir con ella… había sido distinto.

Cuando me separé, apoyé la frente en la suya.

—Siento haberme ido así esta mañana.

—Lo vi en las noticias —respondió, más suave de lo habitual—. El incendio del Bronx.

Asentí.

—El jefe nos llamó a todos. Necesitaban refuerzos.

—¿Hubo heridos?

—Solo por inhalación de humo. Y un par con quemaduras en un brazo. Nada grave. Nada que lamentar.

La tensión en su mandíbula se relajó.

—Me alegro.

Le abrí la puerta del coche y rodeé el vehículo para sentarme al volante. En cuanto arranqué, buscó mi mano, la entrelazó con la suya y no la soltó en todo el trayecto.

La miré de reojo.

—¿Qué tal tu día? —pregunté y Aileen suspiró.

No fue un suspiro ligero. Fue pesado.

—Complicado.

Mi mandíbula se tensó automáticamente.

—Cuéntame.

Y lo hizo. Me habló de Asuntos Internos. De la cuenta en el extranjero. Del dinero vinculado al contable del narcotraficante que ella misma había detenido. De la placa sobre la mesa. Y sentí cómo la sangre me subía por el cuello.

—Eso es una locura.

—Lo sé.

—¿De verdad creen que te venderías?

—Parece que sí.

Negué con la cabeza.

—No te preocupes. Llegarán al fondo del asunto. Y cuando lo hagan, se disculparán por haber sido unos capullos.

Una leve sonrisa asomó en sus labios.

—Me gusta tu optimismo.

—No es optimismo. Es sentido común. Te he visto trabajar. No eres ninguna policía corrupta.

Aileen apretó mi mano un poco más fuerte, y yo supe que, aunque no lo dijera, aquello la estaba golpeando por dentro.

La galería estaba en Chelsea, en una nave industrial reformada con techos altísimos y paredes blancas impolutas.

En cuanto entramos, vi a Olivia al fondo, gesticulando con entusiasmo frente a un grupo de gente vestida de negro.

—Ahí está el huracán artístico —murmuré, y Aileen arqueó una ceja.

Nos acercamos y, en cuanto Olivia nos vio, su sonrisa se ensanchó.

—¡Liam! —corrió hacia mí como si fuera su salvavidas en mitad de un naufragio.

Nos abrazamos brevemente y luego la miró a ella.

—Y tú debes de ser Aileen.

—Encantada.

Olivia la observó de arriba abajo sin disimulo.

—Es guapísima, hermanito —sonrió—. ¿Eres modelo? —le preguntó, y Aileen soltó una risa suave.

—No. Mi madre lo fue hace años. Pero a mí siempre me llamaron más los coches de policía que las pasarelas.

Olivia abrió los ojos, encantada.

—Entonces como mi hermano. Siempre le gustaron más los camiones de bomberos que la toga de abogado de nuestros padres.

—Alguien tenía que romper la tradición —respondí, y Olivia negó con dramatismo.

—Voy a saludar a un par de artistas antes de que se ofendan. Divertíos —dijo con una sonrisa, y desapareció entre la gente.

—¿Le has hablado de mí? —me preguntó Aileen con la ceja ligeramente arqueada.

—Quería que le asegurara que iba a venir y, como le dije que lo haría con Connor, tuve que decirle que al final vendría acompañado de una amiga. Me acabó sonsacando tu nombre —suspiré.

—Así que, una amiga, ¿eh? —trató de disimular la sonrisa, pero le fue imposible—. ¿Sueles acostarte con todas tus amigas, capitán Hayes? —susurró mientras me miraba, y esos ojos...

Esos ojos eran una perdición para cualquier mortal.

Cogí dos copas de vino de una bandeja que pasaba y le di una a Aileen. Tras un sorbo, empezamos a pasear entre cuadros y esculturas.

Nos detuvimos frente a uno especialmente… abstracto. Era una mezcla de líneas negras, manchas rojas y algo que parecía un zapato flotando.

—¿Qué crees que representa? —pregunté.

Aileen inclinó la cabeza.

—Claramente es la lucha interna del ser humano frente a la opresión del sistema capitalista.

La miré.

—Yo iba a decir que es un zapato perdido en una pelea.

Contuvo la risa.

—También puede ser.

Seguimos avanzando y llegamos a una escultura metálica retorcida que ocupaba el centro de la sala.

—Esto es… —empecé.

—Dolor.

—Yo iba a decir “tuberías mal colocadas”.

Aileen se echó a reír, y el sonido me atravesó el pecho.

—No entendemos nada, ¿verdad? —dijo.

—Ni una sola cosa.

Nos miramos y brindamos.

—Por el arte incomprendido.

—Y por fingir que lo entendemos —susurré.

Después de un rato, me incliné hacia ella.

—Cuando terminemos aquí… podemos ir a cenar algo. Si te apetece.

—Me apetece —contestó con una sonrisa que me encantó.

Olivia regresó justo entonces.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Si lo entendiéramos, seguro que genial —respondimos al unísono.

Olivia soltó una carcajada.

—Sois un desastre.

En ese momento vi a mis padres acercarse. Mi madre, impecable. Mi padre, elegante y analítico como siempre.

—Mamá, papá.

Los saludé con una sonrisa y luego dirigí mi mirada hacia Aileen.

—Ellos son Thomas y Margaret Hayes, mis padres. Ella es Aileen, una amiga.

Mi madre la abrazó con calidez.

—Encantada, querida.

Mi padre le estrechó la mano con firmeza.

—Me alegra saber que mi hijo tiene muy buen gusto.

Le lancé una mirada fulminante y Aileen sonrió con esa mezcla de seguridad y educación que siempre la acompañaba.

En pocos minutos estaban hablando como si se conocieran de toda la vida. Mi madre preguntando por su trabajo. Mi padre, interesado en su visión del sistema judicial. Y yo observando cómo encajaba en mi familia. Perfectamente, así de simple.

Después de un rato, mis padres se despidieron.

—Ha sido un placer, Aileen —dijo mi madre.

—Igualmente.

En cuanto se fueron, la miré.

—Has sobrevivido.

—Creo que he pasado interrogatorios más duros.

—No lo dudo.

Salimos de la galería y caminamos hasta el coche.

—Te llevo a mi pizzería favorita —anuncié.

—Eso suena serio.

—Lo es. —Le hice un guiño y abrí la puerta para que se acomodara.

Al igual que cuando la recogí, buscó mi mano y la entrelazó con la suya, haciendo que ese simple gesto me calara más hondo que cualquier otra cosa.

El local estaba en una esquina discreta, era acogedor, con mesas de madera y olor a masa recién horneada.

Giovanni tenía una reputación magnífica; sus pizzas eran las mejores de todo Nueva York y por eso siempre tenía el local lleno.

Nos sentamos en una mesa al fondo. Pedimos vino, pizza y, sin darnos cuenta, empezamos a reírnos por cualquier cosa.

Le conté anécdotas del parque de bomberos. Ella me habló de compañeros incapaces de rellenar un informe sin faltas de ortografía. Nos mirábamos demasiado. Nos rozábamos las manos sin necesidad.

En un momento, mientras hablaba, se quedó mirándome.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada.

—Esa mirada no es solo por nada —arqueé la ceja.

Aileen se inclinó sobre la mesa y me besó. Un beso rápido y robado. Pero suficiente para que el camarero carraspeara al pasar. La química entre nosotros era evidente. No solo física. Había algo más profundo. Más eléctrico.

Cuando salimos, la noche estaba fría. Le pasé el brazo por los hombros y la atraje hacia mí, dándole un poco más de calor. Caminamos despacio hacia el coche, en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—¿Te apetece tomar una copa en mi casa? —pregunté, intentando sonar casual, y ella me miró.

Esa mirada que parecía analizarlo todo y, al mismo tiempo, dejarse llevar.

—Sí —contestó, y sonreí.

Abrí la puerta del coche para ella. Y mientras lo rodeaba, tuve la sensación clara de que aquello ya no era solo una cita. Era el principio de algo que ninguno de los dos estaba preparado para admitir.

Capítulo 20



Liam

Llegamos a mi apartamento con esa electricidad silenciosa que no necesitaba palabras y subimos en el ascensor sin soltarnos la mano.

Cuando abrí la puerta, ella entró despacio, observando el espacio como si intentara imaginarme viviendo allí. La luz cálida del salón envolvía el sofá amplio, la cocina abierta y la terraza al fondo con la parrilla que casi nunca usaba en invierno.

—Es muy tú —dijo, quitándose el abrigo.

—Eso espero.

Colgué su abrigo junto al mío y fui hacia la cocina.

—¿Vino?

—Claro.

Serví dos copas de tinto y regresé al salón. Aileen ya se había sentado en el sofá, con las piernas cruzadas y el vestido blanco ajustándose a su figura de una forma que exigía una fuerza de voluntad considerable.

Le tendí la copa y me senté a su lado, lo bastante cerca como para sentir el calor de su cuerpo.

—Tu hermana es un huracán —dijo tras el primer sorbo y sonreí.

—Desde que nació.

—Y tus padres… son muy majos. Encantadores.

Solté una risa baja.

—No me lo parecerán tanto cuando me interroguen oficialmente sobre quién eres para mí.

Aileen arqueó la ceja.

—¿Y quién soy para ti?

Me quedé mirándola un segundo más de lo necesario.

—Eso depende de cuánto quieras complicarme la vida —respondí, y ella se rio, pero sus ojos se suavizaron.

—No te vendría mal complicarte la vida un poco, capitán.

Apoyé la copa en la mesa baja sin apartar la vista de ella.

—Ya lo estás haciendo.

El silencio cambió. Se volvió más denso. Más íntimo.

Dejé la copa y me incliné hacia ella. No la besé de inmediato. Pasé primero la mano por su rodilla, subiendo despacio por la lana suave del vestido, y noté cómo su respiración cambiaba.

—Liam… —murmuró.

No era una advertencia. Era una invitación.

La besé. Lento al principio. Probándola. Reconociéndola. Y ella respondió con la misma intensidad contenida que la noche anterior, pero esta vez había menos cautela. Sus manos se deslizaron por mi cuello, por mi pecho, desabrochando botones con una seguridad que me encendió por dentro.

La atraje más cerca y sentí su cuerpo contra el mío, firme, cálido y real. El beso se volvió más profundo. Más urgente. Mis manos recorrieron su espalda, su cintura, marcando el camino sin prisa, pero sin dudas.

Ella se movió sobre mí, acomodándose con una naturalidad que me hizo apretar la mandíbula. Había deseo. Mucho. Pero también algo más peligroso: confianza.

Cuando mis labios bajaron por su cuello, escuché su suspiro y supe que estaba tan dentro como yo. El mundo exterior desapareció.

Solo quedó su piel bajo mis manos. Su aliento mezclándose con el mío. La forma en que mi nombre se escapaba de su boca en voz baja. Y supe que el sofá ya no sería suficiente.

La llevé en brazos hasta mi habitación sin dejar de besarla. Ella rio entre beso y beso, pero no protestó. Al contrario. Sus dedos se aferraban a mi camisa como si no tuviera intención de soltarme.

Entré en el dormitorio y cerré la puerta con el pie. La luz era tenue, suficiente para ver cómo sus ojos brillaban. La dejé sobre la cama con cuidado, como si fuera algo valioso. Porque lo era.

Me quedé de pie un segundo, mirándola. El vestido blanco contrastaba con las sábanas oscuras. Su pelo extendido sobre la almohada. Sus labios ligeramente entreabiertos.

—Deja de mirarme así —susurró.

—No puedo.

Me acerqué despacio. Deslicé los dedos por su pierna, subiendo sin prisas, y sentí cómo su piel reaccionaba al contacto. Cómo su respiración se aceleraba. Me incliné sobre ella y nuestras miradas se sostuvieron.

Había deseo. Pero también una pregunta silenciosa. La respondí besándola. Un beso más profundo y más lento esta vez.

Ella me devolvió el beso con la misma intensidad mientras sus manos recorrían mi espalda y mis hombros, bajando sin timidez. Cada caricia era un descubrimiento. Cada suspiro, una confirmación.

Pensé en lo fuerte que era durante el día. En la inspectora implacable. En la mujer que no permitía que nadie la protegiera. Y allí, conmigo, se entregaba sin perder esa fuerza.

Eso era lo que me desarmaba. Aileen no era frágil. Elegía estar allí. Elegía confiar.

Deslicé el vestido por sus hombros con calma, dejando que la tela cayera lentamente. Besé el camino que iba descubriendo, memorizando cada reacción. Ella arqueó ligeramente la espalda, buscándome.

—Liam…

Su voz tenía un matiz distinto. Más profundo. Me quité la camisa sin apartar los ojos de ella y volví a inclinarme, cubriendo su cuerpo con el

mío. El contacto fue inmediato e intenso.

Sus piernas rodearon mi cintura con decisión. Sus dedos se hundieron en mi piel. No había dudas. No había reservas. Solo deseo compartido. Y mientras la besaba, mientras mi cuerpo se movía con el suyo, una idea empezó a formarse con una claridad que me inquietó.

No era solo atracción. No era solo química. Era algo que crecía cada vez que me miraba de esa forma.

Me quité los pantalones y los bóxers y vi cómo Aileen me recorría con la mirada, con esos ojos que me volvían loco. Le quité el sujetador y lamí primero uno de sus pezones y después el otro. Aileen gimió cerrando los ojos y ese simple sonido me indicó que me deseaba y me necesitaba tanto como yo a ella.

Bajé dejando un camino húmedo con la punta de mi lengua y acariciándole los costados, notando cómo se estremecía bajo mis manos. Cuando llegué a su cintura, la miré, dejé un beso en su vientre y la vi tragar saliva porque sabía cuál iba a ser mi siguiente movimiento.

Muy despacio le quité el tanga, flexioné sus piernas sobre mis hombros y comencé a lamer su sexo como si de ello dependiera el que siguiera respirando.

Aileen gemía cada vez que mi lengua se deslizaba entre sus pliegues, lamiendo su clítoris y penetrándola, haciendo que el gemido se volviera grito de puro placer.

Noté sus manos en mi cabello y cómo entrelazaba los dedos en él, tirando de vez en cuando, al tiempo que sus caderas se movían contra mi boca en busca de más.

La estaba llevando al límite, lo sabía, y me gustaba y excitaba a partes iguales.

No tardó en correrse con fuerza y un grito casi ensordecedor mientras todo su cuerpo se sacudía y temblaba. Me aparté, cogí un preservativo del cajón de mi mesita y me lo puse tan rápido como fui capaz.

Necesitaba sentirla, necesitaba hacerla mía.

Volví a besarla y la penetré con fuerza. Aileen gimió aferrándose a mis hombros y, mientras nos movíamos al unísono, sus manos recorrieron mi espalda de arriba abajo una y otra vez.

Me perdí en ella, en su mirada, en sus besos, en el modo en el que me tocaba y cómo me hacía perder el control.

Sentí que me empujaba ligeramente; la miré y consiguió apartarme solo para que me recostara en la cama y colocarse sobre mí. Se sentó a horcajadas y, tras penetrarse a sí misma con mi miembro, me besó con hambre y urgencia y pronto comenzó a moverse sobre mí.

Veía su cabello cayendo y cubriendo su rostro, sentía sus manos en mi torso manteniéndose sujeta para no caer, y notaba cómo los músculos de su vagina apretaban con fuerza mi miembro mientras ella subía y bajaba gimiendo y gritando.

Llevé una mano a su cadera y la apreté con fuerza mientras la ayudaba a moverse, perdido en el vaivén de sus caderas y sintiendo cómo mi corazón latía cada vez con más fuerza.

La otra mano la llevé a uno de sus pechos y comencé a tocar y pellizcar su pezón.

Le acaricié la mejilla tras retirar el pelo de su rostro y me perdí en el brillo de sus ojos, en esa mirada casi felina que me hacía perder la noción del tiempo tanto como ella misma me hacía perderla.

La atraje hacia mí y la besé con hambre y necesidad, devorando sus labios presa de la excitación y del deseo que sentía en ese momento.

Aileen comenzó a moverse más y más rápido y no se detuvo hasta que el orgasmo nos atravesó a los dos y liberamos el clímax al unísono.

Y en ese momento el ritmo se volvió más lento. Más profundo. Cada movimiento era una conversación sin palabras. Cada mirada, una promesa implícita.

Aileen no apartaba los ojos de los míos. Y yo no quería que lo hiciera. Había intensidad, sí. Pero también una conexión que iba más allá del deseo físico.

Cuando todo explotó en una ola compartida de placer, no fue solo el cuerpo el que reaccionó. Fue el pecho. Fue el pulso. Fue algo que no supe nombrar.

Me acomodé a su lado, respirando con dificultad, y ella apoyó la cabeza sobre mi pecho casi de inmediato, como si ese fuera su lugar natural. Pasé un brazo alrededor de su espalda y la acerqué más.

Su respiración empezó a estabilizarse. El silencio en la habitación no era incómodo. Era pleno. Besé su frente, y luego su sien.

—Buenas noches, pequeña —murmuré.

No respondió con palabras. Solo se acomodó más contra mí, y sentí cómo su cuerpo se relajaba poco a poco entre mis brazos. Cómo el peso del

día, de Asuntos Internos, de las amenazas que no me había contado del todo, parecía disiparse por un momento.

Miré al techo en la penumbra. Y pensé.

Pensé en su placa sobre la mesa. En alguien intentando manchar su nombre. En la tensión que había ocultado detrás de su sonrisa. Y una determinación fría se instaló en mi pecho.

No iba a permitir que le ocurriera nada. Ni que la hundieran. Ni que la asustaran. Ni que la tocaran.

Bajé la vista hacia ella y vi que dormía. Confiada y tranquila. Sonreí, apreté un poco más el brazo a su alrededor y volví a besarle la sien.

Y supe que, creyera o no en compromisos, con Aileen estaba cruzando una línea de la que no había vuelta atrás.

Capítulo 21



Aileen

Me desperté antes de que sonara la alarma de mi móvil. No fue el ruido lo que me arrancó del sueño, sino el peso cálido y firme del brazo de Liam rodeándome la cintura. Lo tenía apoyado justo debajo del pecho, pesado y protector, como si incluso dormido necesitara asegurarse de que seguía allí.

Abrí los ojos despacio. La luz del amanecer apenas se filtraba entre las cortinas del dormitorio de su apartamento. El cielo aún no era azul, pero tampoco negro. Era ese gris azulado indeciso que tenía Nueva York justo antes de rendirse al día.

No me moví. Su respiración era profunda y regular. Sentía el calor de su torso contra mi espalda desnuda y el roce áspero de su barba de varios días cuando exhalaba cerca de mi hombro.

Giré un poco la cabeza y le observé. Dormido, Liam parecía más joven. Las líneas de tensión que siempre endurecían su gesto cuando estaba en servicio desaparecían. La boca, normalmente torcida en esa media sonrisa peligrosa, estaba relajada. Vulnerable. Y, aun así, incluso dormido, imponía.

Deslicé los dedos con cuidado sobre su antebrazo. Fuerte. Marcado. La piel caliente. Y un escalofrío me invadió al recordar cómo esas mismas

manos me habían recorrido la noche anterior con una seguridad que me desarmó desde el primer instante.

Tragué saliva. Anoche… Anoche me había mirado como si no existiera nada más en el mundo. Como si yo fuera suficiente. Y durante unas horas lo fui. Me había hecho sentir vista. Deseada. Necesaria.

No como la hija del excomisario O'Connor. Ni como la inspectora que nunca fallaba. Ni siquiera como la mujer que siempre tenía que demostrar el doble. Solo yo. Aileen.

Cerré los ojos un segundo, recordando la forma en que me sostuvo la cara entre las manos. Cómo su voz bajó de tono cuando pronunció mi nombre. Cómo sus ojos miel se oscurecieron cuando me acercó a él sin dejar espacio para dudas.

Durante unas horas me olvidé de todo. De Asuntos Internos. De las miradas que pesaban más que las palabras. De los informes que no encajaban. De las notas anónimas. De esa frase repetida como un susurro envenenado: "*La deuda se saldará antes de lo que imaginas".*

Sentí un nudo en el estómago. Incluso allí, en la cama de un capitán de bomberos que dormía abrazándome como si el mundo no pudiera alcanzarnos, la sombra seguía ahí.

Me moví con cuidado para no despertarlo. Él reaccionó al instante, su brazo tensándose un poco.

Deslicé su mano suavemente hasta la sábana y me giré lo justo para mirarlo de frente. Dios, incluso despeinado, incluso dormido, era peligrosamente atractivo.

Sonreí sin darme cuenta. Durante la noche anterior me había hecho olvidar quién era. Y eso me asustaba un poco. Porque yo no dependía de

nadie. No necesitaba a nadie. No quería necesitar a nadie.

Pero cuando me había mirado así… cuando me había tocado como si cada centímetro de mi piel fuera un descubrimiento… había bajado todas las defensas. Y eso no era propio de mí.

Me incorporé despacio y salí de la cama. El aire frío del dormitorio me erizó la piel. Busqué algo que ponerme y lo primero que encontré fue su camisa, tirada sobre el respaldo de una silla, y la cogí. La tela aún olía a él.

Me la puse sin ropa interior, dejando que me cubriera hasta medio muslo. Me quedaba enorme. Las mangas me sobrepasaban las manos y el cuello se abría demasiado en el escote. Me miré en el espejo del armario. Parecía otra mujer.

Más suave. Más relajada. Más viva. Sacudí la cabeza. No podía permitirme distraerme.

Salí del dormitorio y caminé descalza hacia la cocina. El apartamento de Liam era amplio, luminoso incluso con la luz tímida del amanecer. Tenía ese equilibrio entre orden y calidez que no esperaba en un hombre que vivía entre alarmas y fuego.

Preparé café porque necesitaba la rutina. El sonido del agua, el aroma intenso llenando la estancia. Algo normal. Algo controlable. Mientras la cafetera trabajaba, apoyé las manos en la encimera y respiré hondo.

En ese instante, la voz de mi primo Erik resonó en mi cabeza con una claridad irritante mientras me decía que debía contarle a mi padre lo de las notas.

Erik siempre parecía despreocupado, bromista, el primero en hacer un comentario absurdo en medio de una escena del crimen. Pero cuando se

trataba de mí, su humor desaparecía. Y cuando mencioné las notas anónimas, no bromeó. Ni una sola vez.

Me serví el café y salí hacia la terraza acristalada. El cristal estaba ligeramente frío cuando me apoyé en él con el hombro. Las vistas de la ciudad eran parciales, pero suficientes.

Nueva York despertaba. Luces que se apagaban. Los primeros taxis. Un murmullo lejano que nunca desaparecía del todo.

Di un sorbo. El café me quemó la lengua y agradecí la sensación.

¿Debía contárselo a mi padre? La pregunta seguía instalada en mi cabeza. Si fuera cualquier otra persona, ya le habría recomendado informar a un superior. Pero yo no era cualquier otra persona. Yo era hija del excomisario. Y eso complicaba todo.

Mi padre había dedicado su vida a la comisaría. Había soportado presiones, amenazas, política interna, traiciones. Sabía lo que era que alguien quisiera desestabilizarte. Pero también sabía lo que era preocuparse.

Y si le decía que estaba recibiendo notas anónimas insinuando una deuda que ni siquiera entendía… no dormiría. Y sabía que mi madre tampoco.

Y puede que no fuera nada. Puede que fuera solo un desequilibrado buscando atención. Puede que fuera alguien resentido por algún caso cerrado. Puede que fuera un intento torpe de intimidación.

No iba a hacer que mis padres vivieran con miedo por algo que aún no tenía forma. Negué con la cabeza. No. No iba a contárselo. No hasta que tuviera algo sólido. No hasta que supiera que era real. No hasta que estuviera segura de que no podía manejarlo yo.

Porque podía manejarlo. Siempre había podido.

Di otro sorbo de café. El problema era que esa convicción ya no sonaba tan firme como antes. Asuntos Internos estaba demasiado pendiente de mí. Y Erik… Erik empezaba a sospechar que el acosador estaba más cerca de lo que creíamos. Dentro del entorno profesional. La sola idea me tensó los hombros.

Alguien que conocía mis horarios. Mis rutinas. Mis movimientos. Alguien que sabía exactamente qué botones tocar.

Miré la ciudad una vez más. Y, por primera vez en mucho tiempo, me permití admitir algo que nunca habría confesado en voz alta. Durante unas horas, la noche anterior me había sentido a salvo. Con él.

No porque fuera fuerte. Ni porque fuera capitán. Ni porque pudiera entrar en un edificio en llamas sin dudarlo. Sino porque cuando me abrazó… el ruido en mi cabeza se apagó. Y eso era lo peligroso.

No el acosador. Ni Asuntos Internos. Ni la deuda misteriosa. Lo peligroso era acostumbrarme a ese silencio. A esa paz. Porque si algo me había enseñado crecer siendo la hija del comisario O'Connor era que la calma siempre era temporal. Y que cuando bajabas la guardia… algo explotaba.

Apoyé la frente en el cristal frío.

—*No te distraigas, Aileen* —susurré para mí.

El café se enfriaba entre mis manos, la ciudad ya estaba despierta del todo, y yo tenía que volver a ser quien siempre era. Fuerte, racional e impenetrable.

Aunque por dentro todavía sintiera el calor de sus manos sobre mi piel y el eco de su voz pronunciando mi nombre como si fuera algo frágil y

valioso.

—Si sigues mirando así la ciudad, va a ponerse nerviosa.

Su voz grave me rozó la espalda antes incluso de que sus manos lo hicieran. No lo oí llegar. Solo sentí.

El calor de su pecho desnudo contra mi espalda. Sus brazos rodeándome la cintura. Su barba rozándome el hombro. Y su boca, lenta y deliberada, posándose en la curva de mi cuello. Cerré los ojos.

—Buenos días, inspectora —murmuró contra mi piel.

Su aliento era cálido.

—Buenos días, capitán.

Noté cómo sonreía. Lo sabía porque sus labios se curvaron ligeramente antes de volver a besarme, esta vez un poco más abajo.

—Estás muy sexy con mi camisa.

Solté una breve risa.

—Me queda enorme.

—Mejor —susurró, deslizando las manos por mis caderas—. Así tengo más fácil el acceso.

El comentario, dicho con esa mezcla perfecta entre humor y deseo, me hizo morderme el labio.

Su boca regresó a mi cuello dejando besos cortos, lentos y calculados. Como si supiera exactamente dónde detenerse para que mi respiración se

volviera irregular.

Sus manos se deslizaron por debajo de la camisa y la tela subió ligeramente por mis muslos cuando sus dedos me recorrieron con calma, como si estuviera memorizando cada centímetro. Subió por mis caderas, se detuvo en mi cintura y acarició el contorno de mis costados.

No era un toque apresurado. Era exploración. Reclamación. Mi café tembló ligeramente en la taza.

—Liam… —advertí en voz baja.

No era una protesta. Era un aviso de que estaba perdiendo el control, y él lo sabía. Siempre lo sabía.

Sus manos subieron despacio por mi espalda, erizando mi piel. Luego me giró con suavidad, pero sin dejar espacio entre nosotros. La ciudad desapareció detrás de él. Solo existían sus ojos. Miel oscura. Despiertos. Hambrientos.

Me quitó la taza con una naturalidad increíble y la dejó sobre la mesa de la terraza sin apartar la mirada de mí. Después volvió a acercarse. Sus manos se deslizaron por debajo de mis muslos y, sin esfuerzo, me levantó en brazos.

Solté una exhalación sorprendida, rodeando su cuello con los brazos por instinto.

—¿Siempre eres tan mandón por la mañana? —murmuré.

—Solo cuando me provocan —contestó, y su boca descendió sobre la mía.

El beso fue distinto al de la noche anterior. Más consciente. Más lento. Más profundo. No había urgencia. Había intención.

Sus labios se movieron con calma, pero con firmeza, reclamando espacio, reclamándome. Sentí su mano subir por mi espalda, sosteniéndome con seguridad mientras la otra me mantenía elevada.

Me llevó hacia el interior del apartamento sin dejar de besarme y en ese instante el cristal de la terraza quedó atrás. El amanecer quedó atrás. Todo quedó atrás.

Capítulo 22



Aileen

Mi espalda tocó la pared del salón y él se pegó a mí, sosteniéndome aún en el aire. La camisa se deslizó un poco más arriba, dejando mi piel expuesta al contraste entre el aire frío y el calor de su cuerpo.

Cuando se separó apenas unos centímetros, nuestras respiraciones chocaron.

—Me gusta cómo me miras —dijo en voz baja.

—¿Cómo te miro?

—Como si estuvieras decidiendo si huir… o quedarte.

Tragué saliva. Porque tenía razón. Siempre estaba midiendo distancias. Calculando salidas. Evaluando riesgos. Incluso allí. Incluso con él.

Sus dedos recorrieron mi muslo lentamente, ascendiendo con una paciencia exasperante. No buscaba provocar una reacción inmediata. Buscaba que sintiera cada segundo. Que lo viviera.

Mi cuerpo reaccionaba antes que mi mente, y eso me desconcertaba. Yo era control. Disciplina. Autocontención. Pero con él… Con él me volvía

piel.

Sus labios descendieron desde mi boca hasta mi mandíbula. Después a mi cuello, y sus besos se volvieron más intensos, más húmedos, más decididos.

Una de sus manos abandonó mi espalda y descendió por mi costado, acariciando con firmeza. Me estremecí.

—Liam…

Esta vez mi voz salió más baja.

Él respondió con otro beso, más profundo, mientras me ajustaba contra su cuerpo. Sentí su fuerza contenida, el autocontrol que mantenía a raya algo más primitivo. No me trataba con brusquedad. Pero tampoco con fragilidad. Me trataba como a alguien que deseaba y eso encendía algo peligroso en mí.

Mis dedos se deslizaron por su cabello, enredándose ligeramente. Tiré suavemente y él emitió un sonido bajo, casi un gruñido contenido, que me atravesó el estómago. Sus ojos volvieron a los míos. Más oscuros ahora.

—Dime que pare —murmuró.

No era un reto, era una elección. Y eso fue lo que terminó de desarmarme. Porque podía parar. Podía recuperar el control. Podía volver a ser la inspectora fría y racional que siempre era. Pero no quería.

Negué con la cabeza, muy despacio, y él no sonrió esta vez. Simplemente volvió a besarme. Más intenso y profundo.

Sus manos exploraron con mayor seguridad, deslizando la camisa por mis hombros hasta que la tela cayó un poco más, dejando mi piel expuesta a

su mirada. Sus dedos trazaron caminos lentos y deliberados, como si estuviera aprendiendo un mapa que pensaba recorrer muchas veces.

Mi respiración se volvió irregular y el mundo se redujo a sensaciones. Calor. Piel. Miradas. No había ciudad. No había notas anónimas. No había Asuntos Internos. Solo nosotros. Solo ese momento suspendido donde nada dolía.

Cuando finalmente me llevó de vuelta hacia el dormitorio, lo hizo sin dejar de mirarme, como si necesitara asegurarse de que seguía allí. Que no iba a desaparecer.

Me dejó sobre la cama con cuidado, inclinándose sobre mí sin aplastarme y sus manos se apoyaron a ambos lados de mi cabeza.

—Aileen… —dijo mi nombre como si fuera algo serio. Importante.

Le sostuve la mirada. No sabía en qué momento había pasado de ser una distracción a convertirse en algo que podía hacerme tambalear. Quizá fue la noche anterior. Quizá había sido ahora. O quizá fue desde el primer día que nos conocimos.

Pero allí, bajo su cuerpo, con el corazón golpeándome el pecho, entendí algo. No me daba miedo el deseo. Me daba miedo lo que venía después. Porque el deseo era simple. Lo complicado era necesitar.

Y cuando sus labios volvieron a encontrar los míos, cuando su mano volvió a recorrer mi piel con esa mezcla de firmeza y cuidado, dejé de pensar y me permití sentir. Me permití querer. Me permití olvidar. Aunque solo fuera por un rato más.

Liam besó cada rincón de mi cuerpo, acariciándolo con ambas manos mientras me miraba a los ojos. Se acomodó entre mis piernas y me llevó a

un orgasmo intenso lamiendo mi clítoris con avidez mientras me penetraba con dos dedos.

Cuando estallé, sintiendo mi cuerpo estremecerse por completo, arqueé la espalda y me agarré a las sábanas con tanta fuerza que temí romperlas.

No tardé en notar cómo se deslizaba por la cama hasta quedar sobre mí, me besó el cuello, me mordisqueó la barbilla y se apoderó de mis labios en un beso tan intenso y urgente que, cuando me penetró, mi grito se ahogó en su boca.

Y de nuevo me llevó al borde del abismo, ese abismo que quedaba entre el placer y la locura, y me penetró con fuerza y tan profundamente que no sabría decir dónde acababa y dónde empezaba él.

Alcanzamos juntos el clímax, y mientras nuestros cuerpos temblaban por el deseo y el placer que habíamos sentido, nos besamos como si aquella fuera nuestra última vez juntos.

El olor a café volvió a traerme al mundo real.

Fue lo primero que percibí cuando abrí los ojos por segunda vez aquella mañana. La luz ya no era tímida ni grisácea; entraba con decisión por las ventanas del dormitorio, dibujando líneas doradas sobre las sábanas revueltas.

Liam no estaba en la cama. Escuché el sonido metálico de algo golpeando suavemente una sartén y sonreí antes incluso de incorporarme. Me envolví en la sábana unos segundos, respirando. Mi cuerpo estaba relajado. Cálido. Vivo. Y eso, para alguien que vivía en alerta permanente, era casi un milagro.

Me levanté y busqué mi ropa interior en el suelo. La camisa seguía tirada cerca del pasillo, así que volví a ponérmela. Me gustaba cómo me cubría lo

justo. Cómo olía a él.

Caminé hacia la cocina y vi que Liam estaba de espaldas, descalzo, con unos pantalones deportivos bajos en la cadera. Movía la sartén con la seguridad de quien sabía exactamente lo que hacía.

—No sabía que también sabías cocinar —dije apoyándome en la isla.

Se giró solo lo suficiente para mirarme por encima del hombro.

—Soy capitán de bomberos, inspectora. Si no sé cocinar, me echan.

Sonreí.

—Eso explicaría muchas cosas.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Esa seguridad absurda que tienes.

Soltó una risa baja.

—No es absurda. Es práctica.

Colocó en la mesa huevos revueltos, tostadas y fruta cortada con una precisión increíble. Después sirvió café y dejó mi taza frente a mí sin preguntar cómo lo tomaba. Estaba claro que lo sabía porque había visto el café que me estaba tomando cuando me levanté antes.

Me senté frente a él, y entonces ocurrió algo que no esperaba. Silencio. No incómodo, sino de esos tranquilos que a veces me gustaba disfrutar en la soledad de mi apartamento. Y nos mirábamos demasiado. Demasiado tiempo. Demasiado conscientes.

Había algo distinto después de compartir una noche así. Algo que no se decía en voz alta, pero estaba presente.

—¿Qué? —preguntó al notar que no apartaba la vista.

—Nada.

—Eso nunca es verdad.

Suspiré y llevé la taza a mis labios.

—Estoy intentando recordar cuándo fue la última vez que desayuné sin revisar el móvil cada treinta segundos.

Él arqueó una ceja.

—¿Y?

—No lo recuerdo.

Liam dejó el tenedor.

—Eso no es normal, Aileen.

—Mi vida no es normal.

Se inclinó ligeramente hacia delante.

—Cuéntame cómo fue crecer así.

No supe a qué se refería exactamente hasta que añadió:

—Con un padre inspector de policía que acabó siendo comisario… y una madre modelo.

Sonreí, apoyando la espalda en la silla.

—Intenso.

—Me lo imagino.

—Mi padre siempre estaba en modo trabajo. Incluso en casa. Me enseñó a observar antes de hablar. A no confiar en las apariencias. A asumir que siempre hay algo más debajo de lo que vemos.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Como qué?

—Como esa mirada tuya que parece diseccionarlo todo.

No supe si sentirme halagada o expuesta.

—Mi madre era lo contrario. Luz. Elegancia. Carácter. Todo el mundo la veía como una mujer delicada por su trabajo, pero es la persona más fuerte que conozco.

—¿Y tú?

—Yo intentaba estar a la altura de ambos.

Bajé la mirada al café.

—Siempre sentí que tenía que demostrar que no estaba ahí por ser “la hija de”. Que me había ganado cada ascenso. Cada responsabilidad.

Liam asintió despacio.

—¿Y tu hermano?

No pude evitar sonreír.

—Jake es… Jake.

—Eso no aclara mucho.

—Modelo internacional, sonrisa fácil, presencia magnética. La gente cree que es superficial, pero no lo es. Es más profundo de lo que aparenta. Y exageradamente protector conmigo.

—Eso sí me lo imagino.

—Odia que la gente no lo tome en serio. Cree que todos lo ven como una cara bonita.

—¿Y tú lo ves así?

—No. Yo sé quién es cuando nadie mira.

Cogí un trozo de fruta y lo mastiqué despacio.

—Tengo primos también. Loren, que es estratega hasta para elegir vino. Cindy, que siempre tiene una idea nueva para que la familia invierta en ellas. Y Erik…

Ahí mi expresión cambió sin querer.

—Erik es el que más se parece a mí. Policía. Brillante. Intuitivo. Se toma todo a risa… hasta que algo me afecta.

Liam me observaba con una atención absoluta.

—Le acabé contando lo de las notas, y me dijo que hablara con mi padre.

—Buen consejo —respondió—. ¿Lo harás?

Negué con la cabeza sin dudar.

—No quiero preocuparlos por algo que puede no ser nada.

—Pero podría ser algo.

—Lo sé.

El silencio volvió, pero esta vez con un matiz más serio. Decidí cambiar la atención hacia él.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Cómo fue crecer en tu casa?

Su expresión se suavizó.

—Más estructurado de lo que la gente imagina. Mis padres son abogados. Analíticos. Metódicos. Siempre pensaron que acabaría en un despacho, no entrando en edificios en llamas.

—¿Se preocupan?

—Demasiado —contestó y sonrió, pero había algo en sus ojos—. Mi madre me llama cada vez que hay un incendio grande. Mi padre finge que no, pero lee todos los informes.

—¿Y tu hermana?

—Olivia es la única que entiende por qué lo hago. Es creativa, intensa… pero tiene una forma muy directa de ver el miedo. Dice que no se combate evitándolo.

—Suena lista.

—Lo es.

Se quedó unos segundos mirando su plato antes de continuar.

—Connor se enfada conmigo.

—¿Por qué?

—Dice que soy un irresponsable a veces.

—¿Lo eres?

Sonrió de lado.

—Entro primero cuando puedo evitar que lo haga otro.

—Eso no es irresponsable.

—Depende de a quién le preguntes.

Su tono cambió ligeramente, volviéndose más bajo y contenido.

—No quiero perder a nadie más estando de servicio.

Mi cuerpo se tensó.

—¿Perder a nadie más?

El silencio que siguió fue distinto a los anteriores. Más pesado.

Liam dejó el tenedor. Entrelazó las manos sobre la mesa y sus ojos ya no tenían ese brillo juguetón.

—Sí.

No aparté la mirada.

—¿Perdiste a alguien en un incendio?

Asintió.

—No pude salvarla a tiempo.

Sentí que el aire se volvía más denso.

—¿Era alguien importante para ti?

No respondió enseguida. Observé cómo su mandíbula se tensaba ligeramente y cómo sus ojos, normalmente tan firmes, se volvían más brillantes.

—Por el modo en que ha cambiado tu voz —dije en voz baja— y cómo te brillan los ojos… esa mujer debía ser importante para ti.

Liam sostuvo mi mirada y asintió.

—Lo era —respondió y mi corazón se encogió—. Era mi novia.

No había dramatismo en su voz. Solo verdad.

—Trabajaba en el edificio donde se produjo el incendio. Fue rápido. Se propagó más de lo previsto. Yo estaba en el equipo de primera intervención.

Tragué saliva.

—¿Estabas dentro?

—Sí.

Sus manos se cerraron ligeramente.

—La encontré. Pero no pude sacarla a tiempo.

El silencio que siguió fue devastador. Me levanté sin pensar, rodeé la mesa y cogí su mano. Estaba caliente y firme, pero había una tensión en sus dedos que no había notado antes.

—Lo siento.

No era suficiente, nunca lo era. Pero era lo único honesto que podía decir. Él levantó la vista hacia mí. Había culpa en sus ojos. Una culpa que llevaba años instalada. Me acerqué más y lo abracé. Sin palabras y sin preguntas. Solo rodeándolo con los brazos, apoyando mi mejilla contra su hombro.

—Mi madre dice que los abrazos lo curan todo —susurré.

Lo sentí exhalar. Sus brazos me rodearon con fuerza. No por desesperación, sino por necesidad. Me sostuvo como si ese gesto fuera más importante de lo que aparentaba. Y cuando sus labios rozaron mi sien, fue un beso suave. Casi agradecido.

—Tu madre es sabia —murmuró.

Me quedé allí unos segundos más, escuchando su respiración. Pensé en la mujer que no había podido salvar. Pensé en la culpa que arrastraba. Y entendí algo con una claridad inesperada.

Liam no entraba solo en edificios en llamas porque fuera temerario. Entraba porque intentaba reescribir un final que no había podido cambiar. Y yo… Yo sabía demasiado bien lo que era cargar con la idea de que deberías haber hecho más.

Lo abracé un poco más fuerte. Porque a veces, lo único que realmente podíamos ofrecer… Era quedarnos.

Capítulo 23



Aileen

Había algo peligrosamente doméstico en cocinar con Liam. No peligroso como un incendio fuera de control, ni como una nota anónima deslizada bajo una puerta. Peligroso de una forma más silenciosa. Más dulce. Más irreversible.

—Te aviso que soy muy exigente con la pasta —dije, cruzándome de brazos mientras él sacaba ingredientes de la nevera.

—Inspectora, soy capitán de bomberos. Manejo fuego a diario. Creo que puedo con una sartén.

—Eso está por ver.

Decidimos hacer pasta fresca con salsa de setas, nata y parmesano, con pollo marinado al limón y tomillo. Suficientemente elaborado para parecer que sabíamos lo que hacíamos. Suficientemente sencillo para no incendiar su cocina.

—Corta las setas finas —ordené.

Él me miró con esa sonrisa torcida.

—¿Me estás dando órdenes en mi propia casa?

—Sí.

—Me encanta cuando haces eso.

Le lancé un trozo de champiñón y lo esquivó con una agilidad insultante.

—Eso es agresión con arma blanca —protestó.

—Eso es precisión policial.

Me acerqué a la encimera y le quité el cuchillo con suavidad.

—Así. Fino. Regular.

—¿Siempre eres tan perfeccionista?

—Solo cuando me importa el resultado.

Nuestros hombros se rozaban mientras trabajábamos. A veces a propósito. A veces no.

Me gustaba esa coreografía improvisada. Él se movía con seguridad, sin invadir, pero sin evitar el contacto. Cada vez que pasaba por detrás de mí, su mano encontraba mi cintura. Un gesto natural. Automático. Como si ya supiera que pertenecía ahí.

—¿Te das cuenta de que esto es lo más normal que hemos hecho juntos? —dijo mientras removía la salsa.

—¿Normal?

—Sí. Sin sirenas. Sin informes. Sin incendios. Sin amenazas veladas.

Mi sonrisa se suavizó.

—No te acostumbres demasiado.

—No pienso hacerlo.

Pero su tono decía otra cosa. Probé la salsa con una cuchara y fruncí el ceño teatralmente.

—Le falta sal.

—Imposible.

—¿Me estás cuestionando?

—Siempre.

Se acercó por detrás y, antes de que pudiera reaccionar, atrapó mi muñeca y llevó la cuchara a sus labios. Sus ojos no se apartaron de los míos.

—Perfecta —sentenció.

—No es la salsa lo que estás evaluando.

—No.

Y esa sola palabra me desarmó más que cualquier cumplido.

Terminamos entre risas, breves discusiones absurdas y una guerra leve de harina que empezó cuando intenté espolvorear parmesano con demasiada energía.

—Esto es sabotaje —protestó, con una mancha blanca en la camiseta.

—Eso es estilo.

Nos sentamos en el sofá con los platos apoyados en la mesa baja y eligió una comedia absurda que, según él, era “cine de calidad”.

—Si esta película es mala, me voy —advertí.

—No lo harás.

—Ah, ¿no?

—No has terminado la pasta —respondió, y debía admitir que tenía razón.

A los diez minutos ya estaba riéndome. No de la película, sino de él.

Comentaba cada escena con un dramatismo exagerado, cambiando voces, inventando diálogos alternativos.

—Eso no es físicamente posible —dije cuando el protagonista saltó desde un edificio sin consecuencias.

—Déjame tener esto, Aileen.

—Soy policía. No puedo ignorar la gravedad.

—Claro que puedes. Anoche ignoraste muchas cosas.

Le lancé un cojín, pero fallé. Se inclinó hacia mí, atrapándome por la cintura y tirando de mí hasta que quedé medio tumbada sobre él.

—Te ríes demasiado cuando estás relajada —murmuró.

—No es verdad.

—Sí lo es.

Su pulgar rozó mi pómulo, y ahí estaba otra vez. Esa mirada. No la divertida, sino la intensa. La que me hacía sentir vista.

Apoyé la cabeza en su pecho mientras la película seguía de fondo y su brazo me rodeó sin esfuerzo. Había pasado de bromear a silencio en segundos. Y no me incomodaba. Eso era lo que más me inquietaba. Me sentía cómoda. Demasiado cómoda.

Me reí otra vez por un comentario absurdo suyo y él apoyó la barbilla en mi cabeza.

—Me gusta este sonido —dijo.

—¿Cuál?

—Tu risa.

No supe qué responder a eso, así que me limité a quedarme. A respirar. A dejar que ese momento existiera sin analizarlo. Sin cuestionarlo. Sin anticipar el final.

Por primera vez en mucho tiempo… No estaba pensando en el siguiente problema. Estaba viviendo el presente. Y eso, para mí, era casi un acto de rebeldía.

Después de recoger la cocina entre empujones suaves, comentarios sarcásticos y un intento fallido de Liam de convencerme de que el lavavajillas “se cargaba solo con energía masculina”, nos hicimos café. El suyo, solo y fuerte. El mío, con un poco de leche.

Me senté en el taburete de la isla mientras él apoyaba las caderas en la encimera, mirándome con esa media sonrisa que siempre parecía esconder algo.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada.

—Eso nunca es verdad —dije, repitiendo sus propias palabras.

—Me gusta cuando estás así.

—¿Así cómo?

—Despeinada. Con mi camisa. Sin la mirada de "puedo arrestarte con una ceja".

Volteé los ojos.

—No tengo esa mirada.

—La tienes. Y es aterradora.

—Exagerado.

Su móvil vibró sobre la encimera. Liam lo miró de reojo, suspiró con teatralidad y lo cogió.

—¿Trabajo? —pregunté, porque tanto en su oficio como en el mío, nunca sabíamos cuándo podrían necesitarnos para una urgencia.

—No.

Su expresión cambió ligeramente. No era seria, pero sí… interesante.

—Es Olivia —dijo.

—¿Tu hermana artista intensa?

—La misma.

Abrió el mensaje y empezó a leer en silencio. Yo observaba cada sutil gesto en su rostro. Viejas costumbres. No podía evitarlo. Primero, sorpresa. Luego, una sonrisa lenta. Después… una carcajada.

—¿Qué? —insistí.

Levantó la vista hacia mí con una expresión que mezclaba diversión y resignación.

—Ha comido en casa de mis padres.

—Vale.

—Y han estado hablando de ti.

Me quedé inmóvil con la taza a medio camino de mis labios.

—¿Perdona?

—Palabras textuales de mi hermana —dijo mirando la pantalla—: Mamá dice que Aileen es guapísima y encantadora, y papá ha preguntado tres veces cuándo la vas a llevar a cenar a casa oficialmente.

Sentí cómo el calor me subía por el cuello.

—¿Oficialmente?

—Espera, que hay más.

—No quiero que haya más.

Pero él ya estaba leyendo.

—Y mamá quiere saber qué flores le gustan. Dice que hay que ir pensando en la boda antes de que se adelante la madre de ella —leyó con voz solemne.

Lo miré en silencio. Después empecé a reírme. No una risa contenida, sino una risa real.

—¿Tu madre nos ha casado ya?

—Parece ser.

—No me conoce.

—No necesita conocerte. Eres guapísima y encantadora. Está todo decidido.

—Esto es ridículo.

—Un poco.

Me levanté y caminé hasta él, intentando arrebatarle el móvil.

—Déjame ver eso.

—Ni hablar.

Le di un ligero empujón en el pecho.

—Liam.

—Inspectora, controle sus impulsos.

Intenté alcanzar el teléfono y él lo levantó por encima de mi cabeza.

—Eso es juego sucio.

—Eso es ventaja estratégica.

—Soy más alta de lo que crees.

—No lo suficiente.

Salté ligeramente para alcanzarlo y, en el proceso, mi cuerpo chocó contra el suyo. Él me sostuvo automáticamente por la cintura para que no perdiera el equilibrio. Y de repente… estábamos demasiado cerca y éramos demasiado conscientes de ello.

—Si eso se lo han dicho a tu hermana —dije, intentando mantener el tono ligero—, no quiero imaginar lo que te dirán a ti cuando los veas.

—Lo estoy temiendo ya.

—¿Te imaginas? Tu madre con un álbum de fotos ficticio de nuestros futuros hijos.

—Mi madre es perfectamente capaz.

—Y tu padre analizando contratos prenupciales.

—También.

Nos quedamos mirándonos unos segundos con la broma flotando entre nosotros. Pero debajo… Algo más.

—¿Te asusta? —preguntó él de repente.

No supe si se refería a la boda imaginaria… o a nosotros.

—¿El qué?

—Que mi familia hable de ti como si fueras parte de ella.

Sostuve su mirada.

—No me asusta que hablen.

—¿Entonces?

Bajé la vista un instante.

—Me asusta que me guste.

El silencio cambió. Ya no era ligero, pero tampoco era incómodo. Era honesto.

Liam dejó el móvil sobre la encimera sin apartar los ojos de mí.

—Aileen…

—No digo que esté pensando en bodas —añadí rápidamente—. Solo… es agradable que alguien piense en futuro sin que haya una tragedia de por medio.

Su expresión se suavizó.

—Mi madre hace eso con todo el mundo que le cae bien.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Pero contigo ha sido especialmente rápida.

—Eso no es tranquilizador.

—Lo es para mí.

Sentí ese tirón interno. Ese pequeño vértigo.

—No suelo encajar en planes de nadie —murmuré.

—Eso es porque no eres un plan.

Fruncí el ceño.

—¿Y qué soy?

Se acercó un paso.

—Eres una elección.

Mi corazón dio un golpe seco. Odiaba cuando decía cosas así. Porque eran simples y devastadoramente efectivas. Intenté recuperar terreno con humor.

—Bueno, pues dile a tu hermana que no acepto propuestas sin anillo.

—¿Quieres un anillo?

—Quiero negociación previa.

—Eso suena muy a hija de comisario.

—Es deformación profesional.

Volvimos a reírnos. Pero esta vez la risa tenía un matiz diferente. Más íntimo. Más consciente.

Capítulo 24



Aileen

Liam cogió su móvil otra vez y escribió algo rápido.

—¿Qué haces?

—Le estoy diciendo a Olivia que se calme. Que todavía no te he pedido matrimonio.

—Gracias por la aclaración.

—De nada. No quiero que te sientas presionada.

—Aprecio el detalle —dije, y me apoyé contra la encimera, cruzando los brazos—. ¿Tus padres siempre son así?

—Sí. Pero en el fondo es su manera de decir que les importo.

Lo entendí demasiado bien.

—Mi madre también hace eso —dije—. Empieza a imaginar historias completas con solo una mirada.

—¿Te ha preguntado por mí?

Sonreí.

—Todavía no.

—¿Todavía?

—No he hablado de ti con nadie, salvo con Nora.

Liam se acercó despacio hasta quedar frente a mí.

—¿Y qué le dirías si te preguntaran?

Lo miré a los ojos y me perdí en ese color miel cálido y sincero.

—Que eres valiente.

—Eso ya lo sabe cualquiera.

—Que eres más sensible de lo que aparentas.

Su expresión cambió un poco.

—Que cocinas bien.

—Eso es importante.

—Y que haces que me ría cuando no debería estar riéndome.

Su mano encontró la mía.

—Eso es lo que más me gusta —dijo en voz baja—. Que contigo no todo es peso.

Sentí el impulso de apartar la mano, no porque no quisiera tocarlo, sino porque ese tipo de conversación abría puertas que yo solía mantener cerradas. Pero no la aparté. Me quedé ahí dejando que me sostuviera.

—No prometo nada —dije finalmente.

—¿Nada sobre qué?

—Sobre bodas ficticias.

Sonrió.

—Tranquila. De momento solo tenemos aprobada la pasta y la película.

—Y el café.

—Y el café.

Nos quedamos así unos segundos más. Sin bromas ni ruido. Solo respirando el mismo aire.

Pensé que, si mi madre hubiera estado allí, habría sonreído con esa mirada suya que lo veía todo antes que nadie. Y eso me hizo reír por dentro. Porque por primera vez… La idea de un "nosotros" no me parecía una amenaza. Me parecía una posibilidad.

La tarde se deslizó sin que nos diéramos cuenta.

Entre otra película, esta vez elegida por mí, para compensar el desastre cinematográfico anterior según mis estándares, y una siesta improvisada en el sofá, el día se volvió lento, cómodo y extrañamente perfecto.

Cuando empezó a oscurecer, fui la primera en romper el silencio.

—Tengo hambre otra vez.

Liam abrió un ojo sin moverse.

—Eso es preocupante. Hemos comido hace tres horas.

—No subestimes mi metabolismo.

—¿Cocinamos otra vez o pedimos algo?

Me lo pensé medio segundo.

—Mexicano.

Sus ojos se iluminaron.

—Me caes mejor cuando dices cosas así.

Pedimos tacos, quesadillas, nachos con guacamole y una cantidad inquietante de salsa picante que, según él, “no era para tanto”.

Pero sí, sí era para tanto.

La comida llegó rápido. Extendimos todo sobre la mesa baja del salón y nos sentamos en el suelo, apoyados en el sofá. Elegimos otra película, algo de acción ligera que ninguno estaba realmente viendo con atención.

—Si lloras con esto, me voy —le advertí cuando el protagonista hizo un discurso dramático innecesario.

—No lloro.

—Claro.

—Solo sudo por los ojos en situaciones extremas.

—Qué casualidad.

Le robé un trozo de su taco.

—Eso es delito federal —protestó.

—Soy policía. Estoy por encima de eso.

—Abuso de poder.

Me limpió con el pulgar una gota de salsa que había quedado en la comisura de mis labios. El gesto fue automático, íntimo y demasiado lento. Y el aire cambió.

No fue brusco. Fue gradual. Como una marea que subía sin que lo notases hasta que el agua ya te cubría los tobillos. Nuestras miradas se sostuvieron un segundo más de lo necesario. Luego dos. Y el sonido de la película quedó en segundo plano.

—¿Qué? —murmuré.

—Nada.

—Mi tía Lucy dice que el que nada, no se ahoga.

Su mano no se apartó de mi rostro. Descendió despacio por mi mandíbula y por mi cuello, sin prisa. Sentí cómo mi respiración se volvía más profunda.

—Liam… —murmuré notando un leve escalofrío.

—¿Sí?

No me soltó. No apartó la mirada. Su pulgar dibujó un recorrido lento por la piel expuesta sobre el cuello de mi camiseta y el calor se instaló en mi estómago. Ese calor que no era nuevo. Pero sí más consciente.

Me incliné hacia él antes de pensar demasiado y nuestros labios se encontraron sin choque. Sin urgencia. El beso fue suave. Exploratorio. Pero debajo había electricidad.

Su mano se deslizó hacia mi cintura y tiró de mí con suavidad hasta que quedé sentada sobre sus piernas. Sentí su exhalación contra mi boca.

—Siempre haces eso —murmuró.

—¿El qué?

—Mirarme como si estuvieras evaluando una escena del crimen… y luego besarme como si fueras la culpable.

No pude evitar sonreír contra sus labios.

—No compararía esto con un crimen.

—Yo sí. Es peligrosamente adictivo.

Sus manos recorrieron mi espalda lentamente. Sin apresurarse. Como si disfrutara del trayecto más que del destino, y como siempre, mi cuerpo reaccionaba antes que mi cabeza. Pero esta vez no luché contra ello.

Deslicé los dedos por su cuello, por su pecho, sintiendo el calor de su piel bajo la camiseta. Me gustaba esa firmeza contenida, esa sensación de fuerza bajo control. El beso se volvió más profundo. Más cargado y lleno de todo lo que no decíamos en voz alta.

Deseo. Complicidad. Necesidad.

Cuando me separé tan solo unos centímetros, apoyé la frente contra la suya.

—Esto empieza a ser un hábito —susurré.

—Podría acostumbrarme.

Su tono no era bromista, era honesto, y eso me sacudió más que cualquier caricia. Porque el deseo era sencillo. Lo complicado era lo que venía después. Pero esa noche no quise pensar en después.

Sus manos subieron por mi espalda, lentas y firmes, y mi piel respondió como si lo reconociera. Como si ya supiera exactamente cómo encajar con la suya. Nos movimos hacia el sofá sin dejar de tocarnos. Sin romper esa conexión silenciosa que se había instalado entre nosotros.

Cada mirada decía más que cualquier frase. Cada roce tenía intención. No era urgencia. Era profundidad. Era esa sensación de que el mundo podía esperar unos minutos más.

Y el tiempo dejó de existir al igual que todo lo demás mientras nos entregábamos el uno al otro. Al deseo, a la pasión, a esos besos que cada vez eran más adictivos, a las miradas que me hacían perderme en sus ojos color miel, a esas caricias que me hacían estremecer.

Me tomó una vez allí mismo, en el sofá, lento al principio y más fuerte después, pero en ningún momento dejó de mirarme, como si con eso pudiera decirme todo lo que quería sin necesidad de palabras.

Liam no era como los demás hombres con los que había estado, y eso… Eso me asustaba.

Cuando finalmente nos quedamos tumbados, respirando el mismo aire, con el pulso aún acelerado, me di cuenta de que estaba sonriendo. No por el deseo. Sino por la calma posterior.

Apoyé la cabeza en su pecho y escuché su corazón. Fuerte y constante.

—Te voy a tener que llevar a casa —murmuró al cabo de un rato.

—Qué caballeroso.

—Intento mantener cierta reputación.

—La estás perdiendo.

—Contigo no me importa.

Eso me hizo levantar la vista. Lo miré un segundo demasiado largo y luego me incorporé despacio.

—Deberíamos vestirnos.

—Eso suena muy responsable.

—Lo soy.

Se levantó detrás de mí y nos vestimos sin prisas. En silencio, pero no incómodo. Ese tipo de silencio que no pesaba, sino que simplemente existía.

Cuando salimos de su apartamento, la noche ya estaba completamente instalada sobre la ciudad. En el coche, no pusimos música, tampoco hablamos. Solo entrelazó sus dedos con los míos sobre mi muslo y así nos quedamos, mirando las luces pasar.

Nueva York brillaba como si no tuviera secretos, pero yo sabía que los tenía. Como yo.

Cuando aparcó frente a mi edificio en el *Upper West Side*, ninguno se movió al principio.

—¿Hablamos? —dijo finalmente.

Simple, sin promesas ni dramatismo, como dos adultos.

—Hablamos —sonreí, me incliné hacia él y lo besé.

No fue apasionado ni urgente. Fue lento. Un beso que decía "esto no se acaba aquí".

Me bajé del coche sin mirar atrás, porque sabía que si lo hacía volvería a subir. Entré en el portal y subí hasta mi apartamento.

Cuando cerré la puerta tras de mí, el silencio me envolvió, me apoyé unos segundos en ella y sonreí.

Me quité la ropa despacio, dejándola caer sobre el sofá que siempre estaba cubierto de mantas y archivos. Caminé desnuda hasta el baño y abrí la ducha.

El agua caliente cayó sobre mi piel y cerré los ojos. Pensé en sus manos. En su risa. En la forma en que me miraba cuando creía que no lo estaba viendo.

Liam sería el hombre perfecto para tener una relación. Lo supe con una claridad que me asustó un poco. Era valiente, leal, incluso tierno. Cualquier mujer estaría encantada de ser su pareja.

Cualquier mujer menos yo, me habría dicho unos meses atrás. Pero bajo el agua caliente, con una sonrisa que no podía borrar, me permití admitir algo que llevaba todo el día evitando.

Yo también quería ser esa mujer. Y por primera vez… No estaba segura de querer huir.

Capítulo 25



Liam

Los lunes de turno de veinticuatro horas siempre tenían el mismo olor. Metal, gasóleo, café recién hecho y esa tensión silenciosa que flotaba cuando sabías que en cualquier momento podía sonar la sirena.

Estaba en el parque de bomberos revisando mi equipo por tercera vez. No porque hiciera falta, sino porque la rutina me centraba. Casco. Linterna. Botellas de aire. Arnés. Guantes. Todo en su sitio.

Connor estaba apoyado en el camión, observándome con esa sonrisa de quien estaba a punto de empezar a molestar.

—Si lo revisas una vez más, el equipo se va a sentir cuestionado.

—Si lo revisas una vez menos, alguien puede salir mal parado.

—Qué dramático eres cuando madrugas —replicó, volteando los ojos.

Me incorporé y lo miré. Más alto que yo, rubio imposible de domesticar, camiseta ajustada y actitud permanente de no tomarse nada demasiado en serio.

—¿Qué tal la exposición de Olivia? —preguntó mientras yo cerraba un compartimento.

—Mira, te voy a ser sincero. No entendí ni un solo cuadro.

—Eso no me sorprende.

—Y mucho menos las esculturas.

—¿Por qué?

—Había una que era literalmente una silla partida por la mitad.

—Eso tenía significado.

—Sí. Que alguien se sentó mal.

Negó con la cabeza y sonrió.

—Olivia me dijo que te vio mirando una pintura como si estuvieras evaluando un incendio.

—¿Cuándo hablaste con ella?

—La llamé ayer para disculparme por no ir, porque como ya tenías acompañante… —se encogió de hombros—. Entonces qué, ¿entendiste esa pintura?

—Lo estaba intentando. Pero solo veía manchas azules y una línea roja.

Connor me miró unos segundos en silencio.

—Inculto.

—Realista.

Me apoyé en el camión a su lado.

—¿Fueron tus padres?

—Claro que fueron. Mi madre estaba más orgullosa que si la exposición fuera suya.

—¿Y…?

Connor ladeó la cabeza con una sonrisa peligrosa.

—¿Y qué?

—¿Dijeron algo?

Sabía perfectamente por dónde iba.

—Conocieron a Aileen, ¿no? —sonrió y asentí.

—Sí.

—¿Y?

No pude evitar sonreír.

—Les pareció guapísima y encantadora.

Connor se llevó la mano al pecho en gesto dramático.

—Qué sorpresa.

—Mi madre ya está prácticamente pensando en la boda.

No terminé la frase porque Connor empezó a reírse a carcajadas. No una risa contenida, una risa de verdad.

—No te rías —advertí, aunque yo también estaba a punto de hacerlo.

—¿La boda? ¿Ya?

—No es en serio.

—Para tu madre, sí. ¿Cuánto hace que no te ve salir con alguien?

Eso era lo peor.

—Olivia me dijo que ya estaba preguntando qué flores le gustan a Aileen.

Connor volvió a doblarse de la risa.

—Voy a tener que comprar traje.

—No hay boda.

—Claro que no. Pero cuando la haya, quiero barra libre.

Lo empujé ligeramente con el hombro.

—Céntrate.

—Estoy centrado. En tu futuro sentimental.

—Mi futuro sentimental está perfectamente bajo control.

Connor me miró con una expresión exageradamente seria.

—Claro. Por eso sonríes como un idiota cada vez que alguien menciona su nombre.

Iba a contestar, pero no me dio tiempo. La sirena sonó. Ese sonido que atravesaba el cuerpo de una forma que no se podía explicar. No importaba cuántos años llevases escuchándolo. Siempre aceleraba el pulso.

En segundos, el parque pasó del tono relajado a movimiento puro.

—Ubicación —dije mientras subíamos al camión.

Uno de los chicos leyó la alerta.

—Nave industrial abandonada en el distrito sur. Incendio activo. Posibles policías en el interior.

Mi mandíbula se tensó.

—¿Policías?

—Eso dice el aviso.

Connor me miró apenas un segundo. No hizo falta decir nada. En cuestión de segundos la sirena estaba encendida, el motor rugiendo y salimos disparados.

Mientras conducíamos, la información entraba a ráfagas por radio. Humo denso. Explosiones menores. Agentes atrapados.

Agentes. Sentí un pinchazo incómodo en el pecho. No sabía por qué. O quizá sí lo sabía. Apreté la mandíbula. Ahora no podía pensar en eso, tenía

que centrarme.

Cuando llegamos, la escena ya estaba desbordada.

Varias ambulancias. Coches patrulla. Luces azules y rojas reflejándose en el humo negro que salía de la nave. El aire olía a plástico quemado… y algo más. Químico.

Un policía se acercó corriendo.

—Capitán Hayes.

—Situación.

—Laboratorio clandestino de drogas. Teníamos un chivatazo. Entramos para una redada y, en cuestión de segundos, empezó el incendio. Varias explosiones internas. Hay agentes atrapados.

Miré el edificio. Antigua estructura metálica. Techos altos. Ventanas rotas. Inestable.

—¿Cuántos dentro?

—No estamos seguros. Entre cuatro y seis.

—¿Última localización?

—Zona central y parte trasera —contestó, asentí y me giré hacia mi equipo.

—Connor, conmigo. Mike Hernández, línea secundaria. Equipos completos. Buscamos y sacamos. Prioridad, agentes inconscientes.

No había tiempo para más.

Entramos y el calor golpeó como una pared invisible. Humo espeso. Visibilidad reducida. Chispas cayendo del techo. Avanzamos agachados.

—¡Departamento de bomberos! —grité—. ¡Si hay alguien consciente, responda!

Tos. Un golpe metálico. Connor señaló a la izquierda.

Encontramos al primero apoyado contra una columna, consciente pero desorientado. Lo guiamos hacia la salida con Mike y seguimos.

El suelo estaba cubierto de restos de material químico derretido. Otra explosión menor nos sorprendió en la zona trasera.

—¡Aquí! —gritó Hernández.

Dos agentes más atrapados bajo una estructura caída. Entre los cuatro la levantamos lo justo para arrastrarlos. El aire se volvía cada vez más pesado.

Entonces lo vi. Un cuerpo en el suelo, cerca de lo que parecía una mesa de trabajo improvisada. Joven. Demasiado joven. Me arrodillé a su lado y vi el uniforme. No tendría más de veinticinco años.

—Connor, ayúdame.

Lo giré con cuidado. Estaba inconsciente y tenía el pulso débil.

—Novato —murmuró Connor.

Lo cargué sobre mis hombros. Pesaba menos de lo que debería. Eso me molestó más de lo esperado.

Salimos y el aire fresco me golpeó con violencia cuando crucé la puerta. Se lo entregué a los sanitarios.

—Inhalación severa de humo. Pulso débil —les informé, asintieron y se lo llevaron.

Me quité el casco un segundo, respirando profundamente. Y entonces escuché el chirrido de un coche frenando demasiado rápido. Giré la cabeza y la vi.

El coche se detuvo con brusquedad y la puerta se abrió antes incluso de que el motor terminara de apagarse. Aileen bajó casi corriendo y mi corazón dio un vuelco incómodo. No por el incendio, sino por la expresión en su cara. Acelerada, tensa y asustada.

Fui hacia ella antes de que pudiera avanzar más.

—Eh —la sujeté por los brazos suavemente—. ¿Qué haces aquí?

—He escuchado lo del incendio —su respiración era rápida—. Han dicho que había policías atrapados.

—Sí, pero…

—¿Son de mi equipo? —me interrumpió—. He llamado a Erik, a Marco, a Ryan, a Chloe… nadie me contesta.

Su voz estaba demasiado alta y era demasiado urgente. La sostuve con firmeza.

—Hay varios policías uniformados. Algunos parecen de estupefacientes.

Vi cómo sus ojos recorrían la escena. Ambulancias. Camillas. Mantas térmicas. Se apartó de mí sin brusquedad, pero con decisión.

Fue hacia las ambulancias, una por una, mirando cada rostro. Yo la observaba desde unos metros. No era la inspectora fría y controlada. Era alguien que temía perder a los suyos.

Cuando terminó, se quedó quieta. Cerró los ojos, se pasó la mano por el pelo y respiró hondo. Me acerqué en ese momento.

—Aileen.

Abrió los ojos.

—No es ninguno de los míos.

El alivio y la confusión se mezclaban en su expresión.

—Entonces cálmate.

—No entiendo por qué no me cogen el teléfono.

En ese momento su móvil sonó y lo miró.

—Es Erik —me dijo y contestó de inmediato—. ¿Dónde estáis? ¿Por qué no contestáis?

Se quedó escuchando y su expresión cambió.

—He escuchado por la radio de casa lo del incendio. Han dicho policías atrapados. Pensé que erais vosotros.

Escuchó unos segundos más.

—Vale. Luego te llamo —suspiró, colgó y me miró—. Estaban todos reunidos con el comisario.

—¿Por qué?

—Por la investigación de Asuntos Internos que me están haciendo.

Sentí una punzada de rabia. No por ella, por la situación. Sonreí suavemente y le acaricié la mejilla con el dorso de los dedos.

—La próxima vez, en vez de presentarte aquí como si fueras una conductora de Fórmula1, llámame. Puedo intentar darte información.

Ella miró alrededor y notó las miradas. Los bomberos y policías nos observaban, y ella se sonrojó ligeramente. Me incliné y la besé. Un beso breve, pero claro.

Cuando me separé, seguía mirándome como si necesitara asegurarse de que estaba bien.

—Vete —dije en voz baja—. Déjame trabajar.

Asintió.

—Hablamos luego.

La vi alejarse hacia su coche. Connor apareció a mi lado y me dio una palmada en la espalda.

—Pues va a tener razón tu madre —dijo con tono burlón—. Y aquí huele a boda.

Lo miré serio.

—Aquí lo que huele es a humo y droga quemada.

Connor sonrió.

—Eres de un romántico…

—Mejor vámonos antes de que acabemos todos viendo unicornios de colores volando.

Connor estalló en carcajadas. Pero mientras me colocaba de nuevo el casco… No pude evitar pensarlo. Sin ironía. Sin humo. Sin bromas.

Aileen sería, sin duda, una magnífica compañera de vida. Y esa idea… Ya no me asustaba.

Capítulo 26



Aileen

Los miércoles por la noche siempre eran los peores. No por el trabajo en sí, sino porque el cansancio ya empezaba a acumularse y el fin de semana aún parecía lejano. Era el punto exacto en el que el cuerpo pedía descanso y la mente se negaba a concederlo.

Estaba sentada en el suelo del salón, rodeada de carpetas, notas adhesivas y mi portátil abierto sobre la mesa baja. El sofá, como siempre, cubierto de mantas y expedientes.

Cuando sonó el timbre, miré el reloj y vi que eran casi las diez de la noche; sonreí. Solo una persona llamaba a esa hora sin avisar primero.

Abrí la puerta y ahí estaba Erik, con dos cajas de pizza apiladas y una bolsa con cervezas colgando del brazo.

—Traigo carbohidratos y evasión emocional —anunció.

—Pasa antes de que los vecinos piensen que vendes algo ilegal.

Entró sin esperar invitación formal, como siempre. Se quitó la chaqueta y dejó las pizzas en la cocina.

—¿Qué tenemos hoy? —preguntó mirando el caos de mi salón.

—Candidatos.

—Suena emocionante.

—No lo es.

Se dejó caer en el suelo frente a mí y abrió una de las cajas.

—Cuatro quesos. Porque si vamos a revisar psicópatas, al menos que sea con dignidad.

Le lancé una mirada.

—No son psicópatas.

—Todavía.

Cogí una porción y le pasé una cerveza.

—Tengo seis nombres principales —dije señalando la pizarra improvisada que había montado con notas—. Tres con antecedentes por amenazas a funcionarios. Dos con condenas recientes. Uno que desapareció del radar hace años.

Erik silbó.

—Estás haciendo una lista de enemigos oficiales.

—Trabajo como inspectora de policía. No tengo enemigos, tengo coleccionistas de rencor.

Empezamos a revisar el primero. Hombre de cuarenta y ocho años. Condenado por tráfico. Amenazas verbales durante el juicio.

—Este es demasiado obvio —dijo Erik mientras leía el expediente—. Grita "soy culpable" solo por existir.

—Lo sé. Y las notas no son obvias.

—¿Qué dicen exactamente?

No respondí al instante y él levantó la vista.

—Aileen.

—La última, que la deuda quedará saldada pronto.

Erik dejó la pizza en la caja.

—Sigue.

—Pues eso, que tengo una deuda con no sé quién ni por qué.

El silencio se instaló unos segundos.

—Eso no es una amenaza típica de narco enfadado —dijo finalmente.

—Lo sé.

Pasamos al segundo. Más joven. Más impulsivo. Antecedentes por violencia.

—Este sí parece capaz de mandar notas como si fuera protagonista de una película mala —comentó Erik.

—Pero está en libertad condicional con control semanal. Movimientos registrados.

—Vale. Siguiente.

Seguimos así casi una hora. Entre expediente y expediente, intercambiábamos comentarios absurdos.

—¿Te acuerdas de este? —preguntó Erik señalando una foto.

—¿El que intentó huir saltando por la ventana del juzgado?

—Ese mismo. Se rompió el tobillo.

—La gravedad siempre gana.

Erik se rio.

—Eres cruel.

—Soy realista.

El ambiente, pese al tema, era ligero. Eso era lo que siempre me gustaba de trabajar con él. Podíamos estar analizando amenazas potenciales y, aun así, encontrar un momento para reírnos.

—Oye —dijo de repente—. ¿Has pensado que igual no es ninguno de estos?

—Claro que lo he pensado.

—Podría ser alguien que no esté en tus casos recientes.

Eso me hizo levantar la vista.

—¿Más antiguo?

—O más cercano.

El silencio cambió de tono.

—No empieces.

—Solo digo que no descartes nada.

Suspiré.

—No lo hago.

Revisamos dos nombres más. Descartamos uno con bastante seguridad. El otro quedó en “posible”.

Cuando abrimos la segunda pizza, ya eran casi las once y media.

—Me encanta que tu vida sentimental sea más interesante que la mía —dijo Erik de repente.

—¿Perdona?

—Tienes un acosador misterioso y un capitán de bomberos que te mira como si fueras la última botella de agua en el desierto.

Le lancé una servilleta.

—No exageres.

—No exagero. El otro día en el incendio parecía que iba a saltar encima de cualquiera que te mirara mal.

Sonreí sin querer.

—Es protector.

—Está enamorado.

—Erik.

—¿Qué? Es evidente. Lo vi por las noticias, prima, te besó delante de todos.

Negué con la cabeza, pero no pude evitar que una parte de mí se calentara por dentro.

—Céntrate —dije—. Nos falta uno.

Él asintió, y entonces el ambiente cambió. Porque ese nombre no era uno cualquiera.

—Este no podemos descartarlo —dijo Erik antes incluso de que yo abriera el archivo completo.

Levanté la vista.

—Déjame adivinar. ¿Porque te da mala espina?

—Porque te amenazó en el juzgado. Delante de todo el mundo. Dijo que se la ibas a pagar. Y muy cara.

Recordé el momento. La sala llena. El murmullo. Sus ojos clavados en mí con una calma inquietante.

—Casi todos me han amenazado —respondí.

—Sí, pero este…

Erik señaló la fotografía en la pantalla.

—Este es como Satanás en la tierra.

No pude evitar sonreír.

—No exageres.

—No exagero. Míralo.

Alexei Petrov. Cuarenta y cinco años. Empresario de fachada limpia. Operaciones financieras opacas. Conexiones con redes de distribución.

—Tiene recursos —admití.

—Y cerebro. Eso es peor.

Revisamos su historial. Nada reciente que lo vinculara directamente conmigo, pero tenía capacidad. Y paciencia.

—¿Crees que sería tan sutil? —pregunté.

—Si quisiera jugar contigo psicológicamente, sí.

Eso me hizo pensar, porque las notas no eran explosivas. Eran calculadas.

—No podemos descartarlo —repitió Erik y asentí.

—Lo dejaré en prioridad alta.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Luego él cambió de tema sin previo aviso.

—Hoy Asuntos Internos se ha pasado la mañana interrogándonos.

Mi estómago se tensó.

—¿A todos?

—A Marco, a Ryan, a Chloe y a mí.

—¿Qué querían?

—Lo de siempre. Si has hecho tratos. Si has recibido favores. Si has ocultado pruebas.

Sentí una mezcla de rabia y cansancio.

—No me he vendido —dije con firmeza—. No he hecho negocios con Delgado ni con ningún otro. Jamás lo haría.

—Lo sé.

—Nunca comprometería una investigación.

—Lo sabemos todos en comisaría.

Lo miré.

—¿Entonces?

—Los de Asuntos Internos son unos cabrones que parecen no querer entrar en razón.

No discutí el término, porque no me parecía exagerado.

—Van a intentar encontrar algo, aunque no exista —añadió.

—Que lo intenten.

Pero incluso para mí, esa frase sonó menos sólida de lo que pretendía. Erik me observó con atención.

—No estás sola en esto.

—Lo sé.

—Y si alguien está jugando contigo, lo vamos a encontrar —me aseguró, y asentí.

Terminamos las cervezas, recogimos un poco el desastre y ya eran casi las doce y media cuando se levantó.

—Intenta dormir algo —dijo mientras se ponía la chaqueta.

—Lo intentaré.

Me dio un abrazo rápido.

—Y si recibes otra nota, me llamas.

—Siempre.

Cuando cerré la puerta tras él, el silencio regresó. Y con él, el peso de lo que estaba viviendo.

Me senté frente al portátil otra vez. No pensaba dormir aún. Repasé los nombres una vez más. Nada nuevo. Nada definitivo.

Cuando estaba a punto de cerrar, entró un correo de un emitente desconocido.

Asunto: *Todo vuelve.*

Mi pulso se aceleró. Lo abrí esperando encontrar una nota, pero no lo era. Era un enlace a una noticia antigua.

La fotografía mostraba a mi padre años atrás, esposando a un hombre frente a un edificio oficial.

Titular: *El comisario O'Connor arresta a Thomas Turner por fraude financiero millonario.*

Fruncí el ceño. Turner. No me sonaba. Yo debía ser muy pequeña.

Entré con mis credenciales en la base de datos interna de la policía y busqué el caso.

Thomas Turner. Fraude financiero masivo. Esquema de inversión falso. Cientos de afectados. Familias arruinadas. Mi padre lideró el arresto.

Leí más. El detenido fue condenado. Años después… se suicidó en prisión.

Me quedé inmóvil. La deuda. Todo vuelve. ¿Tenía relación? ¿Familia? Busqué conexiones. Había esposa. Dos hijos. Uno de ellos tendría ahora mi edad. Sentí un escalofrío.

El teléfono sonó y, al ver el nombre de mi hermano Jake, contesté de inmediato.

—¿Qué pasa?

Su voz estaba alterada.

—Hay un incendio en la agencia de mamá.

El mundo se estrechó.

—¿Qué?

—Me acaba de llamar uno de los asistentes. El edificio está ardiendo.

Ya me estaba levantando.

—¿Mamá está dentro?

—No lo sé.

Salí del apartamento sin apagar el portátil.

—Voy para allá.

Mientras bajaba en el ascensor, marqué el número de Liam, que contestó al segundo tono.

—¿Aileen?

—Me han avisado de que hay un incendio en la agencia de modelos de mi madre —dije, y siguió un silencio breve.

—Dame la dirección —me pidió con un tono de lo más profesional, y se la dije—. Voy para allá.

Salí a la calle y cuando el aire nocturno me golpeó el rostro, por primera vez en días… No pensaba en notas. Ni en Asuntos Internos. Ni en

delincuentes ni en nadie. Solo en una cosa.

Que mi madre no estuviera dentro.

Capítulo 27



Aileen

Cuando llegué a la agencia de modelos, el aire olía a humo y a plástico quemado.

El edificio estaba envuelto en llamas. Grandes lenguas naranjas y amarillas lamían las ventanas rotas y el techo, dejando escapar chispas que se elevaban hacia la noche oscura. La sirena de los camiones de bomberos rugía sin descanso y el sonido del agua al chocar contra las paredes de cristal roto retumbaba en mis oídos.

Mi corazón se aceleró, y el estómago se me encogió de inmediato. Cada paso que daba hacia la entrada del perímetro acordonado me hacía sentir que el suelo podía abrirse bajo mis pies. Respiré hondo, intentando controlar la angustia que se apoderaba de mí.

Entonces lo vi. Liam apareció corriendo entre los camiones. No estaba de guardia; llevaba ropa de calle. Aun así, en cuanto vio lo que pasaba, cogió un casco de uno de los bomberos que se acercaban y un chaquetón pesado y se lanzó hacia la acción, hablando con sus compañeros con firmeza, dando órdenes y coordinando equipos. Verlo así, en su elemento, activo y concentrado, me dio una seguridad extra, aunque no me quitaba el miedo.

Mis padres y Jake llegaron poco después. Estábamos los cuatro juntos en la acera, viendo cómo el fuego devoraba todo el trabajo de años de mi madre.

—Por suerte ha pasado de noche —dijo mi madre, intentando mantener la calma—. No había nadie dentro.

Me aferré a su brazo sin querer, incapaz de hablar. Su voz parecía demasiado tranquila frente al caos de fuego y humo.

—La suerte es que no estabas trabajando allí hasta tarde, como otras noches —dijo Jake, cruzando los brazos con la expresión rígida—. Podrías haberte quedado atrapada.

—Podría —añadió mi padre, con la voz grave, más fría de lo habitual, mirando las llamas.

Me giré hacia ellos y luego hacia el edificio, y sentí un escalofrío recorrerme la espalda. Las ventanas reventadas lanzaban reflejos de fuego que iluminaban la calle como si fuera de día en plena medianoche. Cada chispa parecía un recordatorio de lo frágil que era todo.

Pensé en cómo mi madre había construido ese lugar, cómo había invertido años de su vida en cada detalle, en cada modelo que pasaba por allí, y ahora estaba allí, incapaz de hacer nada salvo observar cómo lo consumía todo. Mi respiración se aceleró y mis manos temblaron.

Estaba bien, aunque ni yo me lo creía del todo, porque todo esto daba miedo.

Mi padre me puso una mano en el hombro y sentí el peso de su presencia, de su autoridad, intentando transmitir seguridad. Pero no había seguridad allí, no mientras las llamas seguían devorando todo.

Miré a Liam, que volvía a pasar entre los camiones y los bomberos, moviendo brazos y dando órdenes. Su rostro estaba concentrado, serio, con los ojos brillando entre el humo y la luz del fuego. Y por un momento, desearía poder desaparecer dentro de esa concentración, agarrarme a él como un ancla y dejar que él se encargara de todo.

Cada chispa que caía al suelo me recordaba lo frágil que podía ser la vida en segundos. Recordé la última vez que había sentido miedo así: en el incendio de la nave industrial, cuando creí que podría perder a policías de mi equipo. Esa sensación, mezclada con la impotencia de ver el lugar donde mi madre trabajaba consumirse, era insoportable.

El olor a plástico quemado, madera carbonizada y humo químico penetraba en mis pulmones y me hacía toser. Intenté respirar hondo, cerrar los ojos un instante y controlar los pensamientos que se arremolinaban: ¿y si el fuego se hubiera extendido? ¿Y si mi madre hubiera estado dentro? ¿Y si alguien más hubiese estado trabajando tarde?

Jake me miró, como si leyera mi mente. No dijo nada, pero pude sentir su preocupación y su rabia contenida. Mi madre, pese a todo, seguía firme a mi lado, agarrando mi brazo, intentando no demostrar el pánico que seguro sentía por dentro.

—*No puedo* —susurré sin darme cuenta, más para mí que para nadie—. *No puedo perderte a ti ni a nadie.*

Sentí que mis manos se crispaban y mi corazón golpeaba con fuerza. El fuego parecía jugar con mis nervios, aumentando cada emoción hasta que todo se mezclaba: miedo, impotencia, tensión, ansiedad… y un deseo desesperado de que todo acabara y todos estuviéramos a salvo.

Liam apareció ante mis ojos otra vez, revisando los equipos de agua y hablando con un par de bomberos que se habían quedado rezagados. Su mirada se cruzó con la mía un instante, y ese instante fue suficiente para que un hilo de calma se colara entre mi miedo: no estaba sola. Él estaba allí,

y aunque no podía apagar las llamas con un parpadeo, su presencia hacía que el miedo fuera un poco más manejable.

—Vamos a salir todos de esta —dijo mi padre en voz baja, aunque más para sí mismo que para nadie—. Solo tenemos que mantener la cabeza fría y dejar que la experiencia haga el resto.

Yo asentí, incapaz de hablar, sintiendo cómo el corazón seguía latiendo a mil por hora, mientras mis ojos recorrían cada chispa, cada nube de humo, cada silueta de los bomberos que trabajaban sin descanso para evitar que el desastre fuese aún mayor.

Nunca había sentido tanto miedo concentrado en un solo lugar. Pero también una extraña sensación de fortaleza: éramos nosotros, juntos, frente al fuego, enfrentando algo que podía destruirlo todo.

Y aunque temía lo que podría pasar, no dejaba de pensar que, mientras estuviéramos unidos, había una posibilidad de salir de todo vivos.

Liam se acercó a mí con paso firme, esquivando los restos de escombros y las mangueras que los bomberos habían tendido apresuradamente. Su chaquetón estaba manchado de hollín, su casco en la mano izquierda, y aun así había en él una calma que me desarmaba. Cada movimiento suyo estaba cargado de seguridad, de control.

—Aileen —dijo con suavidad, parándose a mi lado—, ¿cómo estás?

—Bien —respondí, aunque mi voz temblaba un poco—. Solo… un poco asustada al principio. A veces mi madre se queda hasta tarde en la agencia y… bueno, esto no ayuda.

Él me observó con sus ojos color miel, intensos y atentos, y en ese instante supe que no estaba solo preguntando por cortesía: realmente le importaba.

—Entiendo —murmuró—. No te preocupes, no ha pasado nada grave.

El fuego seguía rugiendo, pero los bomberos habían logrado controlar la parte más agresiva de las llamas. El humo subía en columnas espesas, y de vez en cuando alguna chispa se desprendía de una ventana, cayendo al suelo con un estallido seco.

—Liam —dije, señalando a mis padres y a Jake, que se habían acercado más—, quiero que los conozcas.

Él asintió, sonriendo con esa mezcla de cordialidad y calma que siempre me dejaba sin palabras.

—Claro, será un placer —dijo.

Mi madre fue la primera en hablar.

—Soy Valentina —dijo, extendiendo la mano con firmeza—, madre de Aileen. Gracias por… bueno, por estar aquí.

—Un placer —respondió Liam, estrechando su mano con la misma seguridad con la que habría manejado un incendio—. Solo quiero asegurarme de que todos estén bien.

Jake se acercó a Liam y le dio un rápido apretón de manos, con una sonrisa apenas perceptible.

—Soy Jake —dijo, cruzando la mirada con él—. El hermano mayor de Aileen. Parece que has llegado en el momento exacto.

Mi padre, por su parte, me miró con cierta advertencia antes de presentarse.

—Daniel O’Connor —dijo, con tono grave—. Excomisario.

Liam inclinó la cabeza con respeto.

—Encantado —contestó, y su mirada se detuvo un instante en la mía.

Ese instante me hizo estremecer, como si supiera lo que pensaba y sintiera cada latido acelerado de mi corazón.

—Ahora que hemos conseguido sofocar la mayor parte de las llamas —continuó Liam, mirando al edificio, evaluando los daños—, voy a ir con el otro capitán y algunos bomberos a echar un primer vistazo. Solo para ver cómo están los cimientos, las instalaciones, todo lo que pueda comprometer la seguridad.

—Yo quiero entrar —dije casi sin pensar, como si mi corazón me impulsara a acercarme al peligro.

Mi padre me agarró del brazo antes de que pudiera dar un paso.

—Ni se te ocurra —dijo con voz firme—. Estás bien fuera, observando.

—Haz caso a tu padre —intervino Liam, mirándome con gravedad—. Quédate aquí y déjanos hacer nuestro trabajo.

Me quedé paralizada. No pude decir nada. Él se inclinó ligeramente hacia mí y, en un movimiento tan inesperado como rápido, me dio un beso en los labios. Solo un beso, breve, pero cargado de calor, de urgencia y de una tensión que me recorrió toda la espalda.

Mis ojos se abrieron de par en par y me quedé inmóvil, mientras sentía cómo una corriente eléctrica me recorría el cuerpo. No era solo un beso; era una declaración sin palabras, una promesa de protección, de complicidad, de algo que yo apenas me atrevía a admitir que quería.

Luego se incorporó, me dio una última mirada intensa y se alejó hacia los bomberos.

En cuanto desapareció entre la humareda y las luces parpadeantes de los camiones, mis piernas temblaron ligeramente, y la palma de mi mano quedó caliente, como si todavía guardara el rastro de sus labios.

Mi padre me dio un leve codazo, casi imperceptible, y susurró:

—Tranquila. Está haciendo lo que debe.

—Lo sé —murmuré, aunque el corazón seguía latiendo con fuerza—. Pero…

No pude terminar la frase. Mi mente seguía fija en el beso, en cómo Liam me había mirado, en cómo me había hecho sentir en ese instante: pequeña, vulnerable, pero al mismo tiempo protegida y deseada.

Jake se acercó a mí mientras observábamos cómo los bomberos continuaban trabajando, todavía atentos a rescoldos y zonas calientes. Tenía los brazos cruzados, pero sus ojos brillaban con curiosidad y un toque de lo más peligroso.

—Creía que no había nadie especial en tu vida —dijo, ladeando la cabeza—. Pero ahora… —Me miró de arriba abajo, con esa mezcla de diversión y reproche fraternal—. No me digas que ese beso ha sido solo un gesto entre amigos.

Resoplé, intentando mantener la compostura.

—No exageres —contesté—. No hay nadie especial.

Mi madre me lanzó una mirada incisiva y una sonrisa divertida a la vez.

—Un simple amigo no te besaría así, Aileen —dijo con suavidad, pero con firmeza en la voz, como si leyera entre líneas lo que yo intentaba ocultar.

Mi padre, serio como siempre, añadió:

—Y tampoco te miraría con la preocupación que Liam tiene en los ojos.

Negué con la cabeza y respiré hondo, intentando restarle importancia. Pero por dentro, mi corazón seguía latiendo acelerado, recordando cada detalle del beso, la intensidad de su mirada y cómo me había dejado paralizada un instante entero.

El humo todavía ascendía en columnas densas desde la agencia, y aunque las llamas principales estaban controladas, no podía evitar mirar cada ventana, cada pared carbonizada, buscando algún signo de peligro.

Liam regresó poco después, caminando con paso firme, pero sin el mismo ritmo acelerado que antes. Su chaqueta seguía manchada de hollín, el casco bajo el brazo, y su expresión, aunque calmada, mostraba seriedad.

—El incendio ha sido provocado —dijo—. Es intencional. Habrá que analizar la zona, contactar al seguro y evaluar posibles causas, incluyendo negligencia o manipulación.

Mi madre frunció el ceño, incrédula.

—Pero… no tengo enemigos. ¿Quién querría hacerle esto a mi agencia?

Liam me miró de reojo, y yo sentí un escalofrío. Su expresión era intensa, calculadora, pero discreta, como si intentara protegerme de la preocupación mientras procesaba cada detalle.

—Eso es lo que hay que averiguar —dijo—. No podemos descartar nada todavía.

Mi mente empezó a trabajar por sí sola, repitiendo cada pensamiento sobre las notas que había recibido, los acosadores posibles y el reciente incendio. El miedo se mezclaba con la sospecha y el instinto de policía que me había enseñado a nunca subestimar una amenaza.

—¿Crees… crees que puede estar relacionado con… las notas que he recibido? —le pregunté en voz baja, casi para mí misma.

Liam me observó, con un destello de comprensión en sus ojos. No dijo nada al principio, solo inclinó la cabeza y sus labios se curvaron en una ligera sonrisa, discreta pero cargada de significado.

—No lo puedo descartar —dijo finalmente—. Pero todavía es pronto para afirmarlo. Necesitamos pruebas, indicios claros. Hasta entonces, controlaremos la escena y nos aseguraremos de que nadie salga herido esta noche.

Asentí, aunque por dentro me sentía atrapada entre la preocupación por la agencia de mi madre y el miedo creciente de que el acosador que me había estado amenazando pudiera haber dado un paso más peligroso. La sensación de vulnerabilidad era intensa, y mi corazón seguía latiendo a mil por hora, recordándome que incluso junto a Liam, incluso con su protección, no podía evitar sentir miedo por los míos.

Observé a mi madre, que seguía junto a mi padre y Jake, respirando hondo y tratando de mantenerse firme. Ella estaba protegida por nosotros, por Liam, y aun así podía sentir su ansiedad. Miré a Liam otra vez; mientras hablaba con un par de bomberos sobre el análisis inicial del incendio, su presencia calmaba parte de mi miedo, haciéndome sentir que no estaba sola en aquello.

Me di cuenta entonces de que no podía dejar que el miedo me paralizara. Tenía que mantener la cabeza fría, pensar con claridad y proteger a mi familia mientras Liam y los bomberos se encargaban de la parte física. Pero también estaba claro que el de las notas no podía haber provocado esto… ¿O sí? La duda era corrosiva, y no podía ignorarla.

Liam terminó de hablar con los bomberos y volvió a mirarme de reojo. Esta vez, no fue un vistazo fugaz: fue profundo, lleno de atención, de cuidado y, al mismo tiempo, de complicidad silenciosa. Mi pecho se llenó de calor, un contraste con el frío que me recorría cada vez que pensaba en el fuego y en la amenaza que todavía se cernía sobre nosotros.

Respiré hondo y le devolví la mirada, intentando transmitir confianza, aunque sabía que mi mente seguía repasando cada posibilidad, cada sospechoso, cada riesgo. Y mientras los bomberos empezaban a estabilizar la escena, yo supe que, aunque el miedo seguía allí, no estaba sola. Liam estaba a mi lado, y aunque la tensión del incendio, de las llamas y de la amenaza que se avecinaba era real, también lo era la sensación de tener un aliado firme, alguien que podía convertirse en mucho más que eso.

Y, mientras la ciudad respiraba alrededor nuestro entre humo y sirenas, un pensamiento quedó claro en mi mente: no podía permitirme subestimar nada, pero tampoco podía negar que, junto a él, incluso en medio del caos, había un rayo de calma y fuerza que me daba esperanza.

Capítulo 28



Liam

El sábado por la mañana el parque estaba más tranquilo de lo habitual. No porque no hubiese trabajo, dado que en esta ciudad siempre lo había, sino porque el ritmo era distinto. Más pausado. Más contenido. Como si incluso el acero y el hormigón del edificio respiraran de otra manera.

Yo no lo hacía.

Estaba en el despacho de reuniones con el otro capitán que había liderado el operativo en el incendio de la agencia de modelos de la madre de Aileen. Frente a nosotros, dos de los especialistas en investigación de incendios revisaban fotografías ampliadas, esquemas estructurales y el informe preliminar.

El olor a café recién hecho se mezclaba con el leve aroma metálico de equipo húmedo secándose en la nave principal.

—No fue accidental —dijo sin rodeos el capitán Harris, apoyando las manos sobre la mesa—. Punto de origen múltiple.

Uno de los especialistas, Morales, señaló una de las imágenes.

—Aquí. Y aquí. Dos focos principales. Separados. No hay conexión eléctrica directa entre ambos. Tampoco patrón de propagación natural.

—¿Acelerante? —pregunté.

—Trazas mínimas —respondió el otro técnico—. Algo limpio. Probablemente líquido inflamable de evaporación rápida. Bien medido.

Me apoyé en el respaldo de la silla.

—¿Profesional?

Harris negó con la cabeza lentamente.

—No necesariamente profesional. Pero sí alguien que sabía lo que hacía. Esto no es un pirómano impulsivo. Es alguien que estudió el espacio.

Miré las fotos otra vez. Ventanas reventadas. Columnas ennegrecidas. El despacho principal completamente devastado.

—Eligió zonas estratégicas —añadió Morales—. Archivo administrativo y zona de recepción.

Eso me tensó la mandíbula. Archivo y recepción. Daño económico y simbólico.

—¿Tiempo estimado hasta propagación total? —pregunté.

—Si hubiese habido alguien dentro —respondió el técnico—, menos de cuatro minutos para quedar atrapado en la zona central.

El silencio que siguió fue denso, y Harris me miró entonces con una expresión que no era solo profesional.

—Quien lo hiciera sabía que iba a hacer mucho daño.

No dije nada.

—Y posiblemente —añadió, más bajo— pensó que habría alguien dentro.

Sentí cómo algo se me endurecía por dentro. Porque yo sabía algo que ellos no. Aileen me había dicho que su madre a veces se quedaba hasta tarde trabajando.

—¿Sabemos la hora exacta del inicio? —pregunté.

—Entre las veintidós y cuarenta y siete y las veintidós y cincuenta y dos. Las cámaras exteriores del edificio de enfrente captaron una silueta, pero no es identificable. Sudadera con capucha. Movimiento decidido y sin prisa.

—Eso no es vandalismo —murmuré.

—No —confirmó Harris—. Eso es un mensaje.

La palabra quedó suspendida en el aire. El especialista cambió de fotografía.

—Además —continuó—, el sistema de alarma fue manipulado. No desactivado. Manipulado. Retardado.

Levanté la vista.

—¿Retardado cómo?

—Se forzó un microcorte interno. Suficiente para que el sistema tardara unos minutos más en enviar la señal. No es algo que cualquiera sepa hacer.

Harris cruzó los brazos.

—No estamos hablando de un adolescente con gasolina. Estamos hablando de alguien que planificó ese incendio.

Y en mi cabeza apareció el rostro de Aileen esa noche. Su forma de mantenerse firme delante de las llamas. El temblor casi imperceptible en su voz. No era casualidad.

—¿Se ha informado ya a la policía? —pregunté.

—Sí. Investigación abierta por incendio provocado. Pero tú sabes cómo va esto. Si no hay cámaras claras o testigos, será complicado.

Asentí lentamente. Complicado, pero no imposible. Harris me sostuvo la mirada.

—Liam.

—¿Sí?

—No sé qué relación tienes con la familia, y no es asunto mío. Pero esto no fue un robo fallido. No fue una pelea empresarial. Fue dirigido.

—Lo sé.

—Y quien lo hizo… —Hizo una pausa—. Sabía que iba a destruir años de trabajo. Y si pensaba que había alguien dentro, estaba dispuesto a cargar con eso.

Salí del despacho veinte minutos después con el informe preliminar bajo el brazo. El pasillo estaba en silencio. Algunos bomberos revisaban equipos, otros hablaban en voz baja. Pero mi cabeza no estaba allí.

Estaba en una frase concreta. “Si hubiese habido alguien dentro.”

Aileen me había dicho que su madre solía quedarse hasta tarde. Esa noche no lo hizo porque su padre la llamó para invitarla a cenar. Una variación mínima. Un cambio de rutina. Un detalle que había salvado una vida.

Me detuve un segundo antes de salir al exterior. Si quien provocó el incendio sabía eso… Si sabía que algunas noches Valentina se quedaba trabajando… Entonces no fue solo un ataque económico.

O iba contra su madre. O quería enviarle un mensaje a Aileen. Y si era lo segundo… La cosa acababa de escalar de forma brutal.

Respiré hondo. No iba a quedarme esperando a que alguien más sacara conclusiones. Tenía que hablar con ella.

Pasé por una pastelería abierta cerca del parque y compré una caja grande de donuts glaseados y otros rellenos de crema. No porque creyera que el azúcar solucionara problemas, sino porque sabía que Aileen apenas comía cuando estaba concentrada. Y estaba seguro de que esa mañana estaría rodeada de expedientes.

Conduje hasta el *Upper West Side* con una sensación incómoda instalada bajo el esternón. No era miedo, era algo más crudo que eso.

Cuando aparqué frente a su edificio, respiré hondo antes de subir.

Llamé al timbre y tardó unos segundos en abrir. Cuando lo hizo, llevaba el pelo suelto, ligeramente despeinado, y una camiseta amplia con la que claramente había dormido. Sus ojos verde grisáceo me miraron con sorpresa.

—¿Liam?

Levanté la caja.

—He traído desayuno.

Frunció el ceño, pero sus labios se curvaron levemente.

—Son las nueve y media.

—Una hora perfecta para invadir tu cocina.

Se apartó sin discutir y me dejó entrar.

El *loft* estaba exactamente como imaginaba. Salón invadido por carpetas, notas adhesivas, fotografías, una pizarra improvisada y el portátil abierto sobre la mesa baja. El sofá cubierto de mantas y documentos.

—Veo que has decidido no descansar —comenté.

—Descansar está sobrevalorado.

Fui hacia la cocina mientras ella sacaba dos tazas.

—¿Café?

—Siempre.

Mientras lo preparaba, yo observaba el caos del salón. Había trabajado toda la noche.

—¿Para qué has venido en realidad? —preguntó sin girarse. Directa, como siempre.

Me apoyé en la encimera.

—El incendio de la agencia fue provocado.

Sus hombros se tensaron y se giró lentamente con las tazas en la mano.

—¿Seguro?

—Puntos de origen múltiples. Sistema manipulado. Acelerante.

Dejó las tazas sobre la barra.

—Genial.

—Y hay algo más.

Me miró fijamente.

—Quien lo hizo sabía que iba a hacer mucho daño. Y posiblemente pensó que habría alguien dentro.

Vi cómo procesaba eso.

—Mi madre a veces se queda hasta tarde —murmuró.

—Lo sé.

El silencio se hizo espeso; entonces suspiró y apoyó ambas manos en la encimera.

—La lista de gente que podría haber enviado esas notas es larga, Liam. Muy larga.

—Lo imagino.

—La noche del incendio, además… —Resopló—. Recibí un e-mail.

—¿Qué tipo de e-mail?

Se movió hacia el portátil y me hizo un gesto para que me acercara.

—Un enlace. A una noticia antigua.

En la pantalla aparecía el titular. “El comisario O’Connor arresta a Thomas Turner por fraude financiero millonario.”

Me quedé quieto.

—Yo tenía diecisiete años entonces —dije despacio—. Me acuerdo del caso.

Ella levantó la vista.

—¿Sí?

Asentí.

—Mi padre no era el abogado, pero lo siguió de cerca. Un amigo suyo defendía a Turner.

Su ceño se frunció.

—¿Recuerdas algo más?

—Que fue mediático. Muy mediático. Ruina masiva. Gente perdiendo ahorros. Hubo protestas.

Ella tragó saliva.

—Se suicidó años después en prisión.

—Sí.

Me señaló otro documento.

—Tenía dos hijos.

Leí los nombres. Michael Turner. Diez años en el momento del arresto. Leo Turner. Tres años. Hice el cálculo mental de inmediato.

—El mayor ahora tendría treinta.

—Como yo.

Nos miramos.

—No entiendo por qué me enviarían eso —dijo ella—. Yo era una niña.

Me apoyé en la mesa.

—¿Y si la deuda no tiene que ver contigo?

—¿Cómo?

—¿Y si es con tu padre? ¿Y si las notas te las envían a ti por error? ¿O porque eres el acceso más fácil?

Se quedó inmóvil.

—No lo sé —susurró—. Ya no sé qué pensar.

La rodeé y la abracé. Al principio se mantuvo rígida, luego apoyó la frente en mi pecho y la besé en el cabello.

—Respira.

—Si quien provocó el incendio fue la misma persona… —Su voz se volvió un susurro—. Mi madre podría haber muerto. Esa noche iba a quedarse. Mi padre la llamó para invitarla a cenar y por eso se fue.

Sentí un golpe seco en el estómago.

—Pero no se quedó.

—Por casualidad.

Le sostuve el rostro entre las manos.

—No fue casualidad. Fue suerte. Y la suerte también cuenta.

—No quiero perder a nadie por culpa de alguien que ni siquiera sé qué quiere.

—No vas a perder a nadie.

La besé, esta vez en los labios. Con calma, pero con firmeza. Después nos tomamos el café y algunos de los donuts que había llevado mientras me hablaba de los posibles delincuentes que habrían enviado esas notas, lo que nos llevó prácticamente toda la mañana.

—Deja de pensar un momento —murmuré cogiéndole la mano—. Olvídate de esos expedientes.

—No puedo.

—Sí puedes.

Le sostuve las mejillas y la obligué a mirarme.

—Date una ducha. Vístete. Y acompáñame —le dije, y parpadeó.

—¿Dónde?

Sonreí.

—A un sitio donde sé que estarás como en casa.

La besé otra vez.

—Confía en mí.

Me miró unos segundos más, luego asintió y desapareció hacia el baño.

Me quedé solo en el salón y volví al portátil. Abrí la noticia completa, después el expediente policial.

Thomas Turner. Fraude financiero masivo. Desplazamiento forzoso de activos. Suicidio en prisión unos años después.

Bajé hasta el apartado familiar. Esposa. Hijo mayor, Michael Turner, diez años. Hijo menor, Leo Turner, tres años. Michael tendría ahora treinta. Leo, veintitrés.

Cerré los ojos un instante. Si alguien estaba equilibrando una balanza imaginaria… No era un narco cualquiera. Y no era casual.

Algo empezaba a encajar. Y no me gustaba nada.

Media hora después escuché la puerta del baño, levanté la vista y Aileen apareció en el salón con vaqueros ceñidos, botas negras altas, un jersey rosa

pastel que suavizaba su expresión y un abrigo negro colgado del brazo junto con el bolso.

Me quedé mirándola más de lo necesario.

—¿Voy demasiado arreglada? —preguntó y sonreí.

Me levanté y la besé despacio.

—Vas perfecta.

Salimos del apartamento sin decir mucho más.

En el coche, entrelazó sus dedos con los míos y conduje en silencio. No necesitábamos llenar el espacio.

Cuando empezamos a alejarnos de Manhattan, frunció el ceño.

—¿Dónde estamos yendo?

—Ya casi llegamos.

Cinco minutos después, reduje velocidad frente a una casa amplia con jardín cuidado y fachada clásica. Ella miró alrededor. Luego me miró a mí.

—No estamos donde creo que estamos, ¿verdad? —preguntó, y sonreí.

—Sí.

—Liam Hayes.

—Estamos en casa de mis padres.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—Esto ha sido una encerrona.

—No iba a pasar yo solo por el interrogatorio sobre ti.

—Eso es cruel.

Le guiñé un ojo.

—Compartir el sufrimiento materno fortalece vínculos —contesté, y Aileen volteó los ojos.

—Eres imposible.

—Pero encantador.

Suspiró antes de bajar del coche. Yo rodeé el vehículo y le ofrecí la mano, que aceptó sin problemas. Y mientras caminábamos hacia la puerta, supe dos cosas.

Que mi madre la adoraría. Y que, pasara lo que pasara con incendios, amenazas o fantasmas del pasado… No iba a permitir que nadie la rompiera.

Capítulo 29



Aileen

La casa de los padres de Liam era exactamente como él: sólida, luminosa y con esa sensación inmediata de hogar que no necesitaba ostentación para imponerse.

Nada más cruzar la puerta escuché risas. Risas reales. De esas que llenaban los espacios y los hacían más cálidos.

Me detuve un segundo en el recibidor. Olía a asado, a flores y a algo dulce que no supe identificar en ese momento. Liam dejó las llaves en un mueble de madera oscura y me miró con esa media sonrisa suya que siempre parecía esconder una travesura.

—¿Lista? —preguntó en voz baja.

—No —respondí con honestidad—. Pero adelante.

Él rio por lo bajo y me cogió de la mano.

El sonido venía de la cocina. Cuando entramos, la escena era casi domésticamente perfecta: sus padres y su hermana Olivia estaban apoyados en la isla central, picoteando queso con una botella de vino abierta y copas a

medio llenar. El horno estaba encendido y el aroma del asado envolvía la estancia con una promesa indecente de comida reconfortante.

Liam carraspeó teatralmente.

—He traído visita.

Tres pares de ojos se volvieron hacia nosotros. Yo sonreí.

Margaret fue la primera en reaccionar. Sus ojos, de un azul claro y vivaz, se abrieron con una mezcla de sorpresa y satisfacción.

—¡Aileen! —exclamó con una calidez que me desarmó al instante—. Qué alegría verte.

Se acercó a mí sin dudarlo y me envolvió en un abrazo firme y de lo más maternal, con ese perfume suave que me recordó a jardines y a tardes tranquilas. Después me dio dos besos.

—Me alegro muchísimo de que hayas venido.

—Gracias —respondí, intentando no parecer tan tensa como me sentía.

Olivia no tardó ni medio segundo en sumarse. Me abrazó también, con esa energía intensa que la caracterizaba.

—Por fin te secuestra oficialmente —dijo mirando a su hermano—. Ya era hora.

—Olivia —protestó Liam, y yo me reí.

Thomas se acercó después. Alto, recto, con esa presencia de abogado que parecía no apagarse ni en fin de semana, y me tendió la mano con firmeza.

—Encantado de verte, inspectora.

—Encantada, señor Hayes.

—Thomas, por favor. Aquí intentamos no ser tan formales.

Margaret me ofreció una copa.

—¿Vino?

Miré a Liam un segundo. Él asintió.

—Un poco, gracias.

Mientras Margaret servía el vino, Thomas apoyó una mano en la encimera y me miró con expresión seria pero amable.

—Vimos lo del incendio en las noticias. Liam nos lo contó.

Sentí un pequeño nudo en el estómago.

—Lo siento mucho —añadió Margaret—. Es una desgracia.

Asentí.

—Sí… lo es. Pero, por suerte, no había nadie en el edificio. No tenemos que lamentar daños mayores. Solo lo material.

Y aunque lo dije con firmeza, por dentro sabía que “solo lo material” también dolía.

—Lo importante es que vuestra familia está bien —dijo Thomas—. Eso es lo único irreparable.

Liam me rozó la espalda con la mano, casi imperceptiblemente.

—¿Necesitáis ayuda con algo? —pregunté.

—Sí —intervino él de inmediato—. Necesito que me ayudes a poner la mesa antes de que mi madre decida reorganizarla cinco veces.

—Te estoy oyendo —dijo Margaret sin volverse, y me reí.

Miré a Liam y asentí encantada.

Salimos hacia el salón con los platos en la mano. La casa era elegante sin resultar fría. Grandes ventanales, madera clara, fotografías familiares cuidadosamente colocadas. En una de ellas vi a Liam más joven, con uniforme de gala y una sonrisa que reconocí al instante.

—Respira —susurró él cuando entramos en el comedor.

—Estoy respirando.

—Mis padres te adoran.

Le lancé una mirada escéptica.

—Acaban de conocerme. Es la segunda vez que me ven.

Dejó los cubiertos sobre la mesa y, aprovechando que estábamos solos unos segundos, me rodeó con los brazos.

—Confía en mí —me pidió, y me besó despacio, con esa seguridad que me desarmaba—. Les caes muy bien.

Apoyé las manos en su pecho.

—Ten cuidado —murmuré—. No vaya a ser que durante el café tu madre empiece a hablar de vestidos de novia.

Sus ojos brillaron con diversión.

—No tardaría tanto.

—Ah, ¿no?

—Probablemente saque el tema antes del postre.

No pude evitar reír.

—Eres imposible.

—Y tú estás guapísima cuando te ríes.

Volteé los ojos, pero sentí el calor subir por mi cuello. En ese instante escuchamos la voz de Olivia desde la cocina.

—¡Como no vengáis ya, os quedáis sin vino!

Liam suspiró.

—Vamos antes de que cumpla su amenaza.

Y volvimos a la cocina, donde el aroma del asado ya era irresistible y las risas seguían flotando en el aire como si el mundo, por un momento, no estuviera lleno de incendios y amenazas.

La comida fue ruidosa, en el mejor sentido posible.

El asado estaba perfecto. Jugoso, especiado, acompañado de verduras al horno y un pan que estaba buenísimo. Margaret servía con una precisión

casi militar, mientras Thomas fingía que no intentaba robar un trozo extra antes de tiempo.

—Mamá —dijo Olivia—, no hace falta que cortes la carne como si estuvieras en el Supremo.

—La presentación es importante —respondió ella con dignidad.

—En esta familia todo es importante —murmuró Thomas.

Las bromas comenzaron casi de inmediato.

—Aileen —empezó Olivia con una sonrisa peligrosa—, ¿sabías que mi querido hermano tuvo una fase de pelo largo?

Me giré hacia Liam con sorpresa.

—¿Perdón?

—No —dijo él con firmeza.

—Sí —confirmó ella—. Dieciséis años, camisetas sin mangas y una guitarra eléctrica que nunca aprendió a tocar.

Yo ya estaba riéndome.

—Eso no es relevante —protestó Liam.

—Oh, sí lo es —intervino Margaret—. Y no olvides la época en la que quiso ser chef profesional.

—Sigo cocinando mejor que vosotros —replicó él.

—Eso es discutible —dijo Thomas mientras se servía más vino.

—Intentó impresionar a una chica con un *soufflé* —continuó Olivia—. Se desinfló antes de llegar a la mesa.

—Me encanta esta información —dije entre risas, y Liam me miró con falsa traición.

—Te están llevando a terreno hostil.

—Te lo has buscado tú —respondí.

—Así estamos siempre —dijo Thomas volviendo los ojos hacia el techo.

—En mi familia es peor —comenté—. Somos cinco primos, mis padres, mis tíos… Siempre hay alguien dispuesto a sacar una anécdota vergonzosa en el momento más inoportuno.

—Eso me tranquiliza —murmuró Liam.

—Oh, yo tengo material —le susurré.

Su expresión fue una mezcla de pánico y fascinación. En medio de las risas, Liam carraspeó.

—Papá.

Thomas levantó la vista.

—¿Sí?

—¿Recuerdas el caso de Thomas Turner? Hace unos veinte años.

El ambiente se suavizó ligeramente. Thomas dejó el cuchillo.

—Sí, claro que lo recuerdo.

Margaret también asintió. Yo me quedé inmóvil.

—El inspector Daniel O'Connor fue quien lo detuvo —continuó Thomas —. Y lo llevó ante el juez.

—Ese inspector es el padre de Aileen —comentó Liam.

Sentí un leve cosquilleo incómodo en el estómago.

—Fue un caso muy sonado —añadió su padre—. Fraude financiero a gran escala. Turner siempre aseguró que era inocente.

—Y acabó suicidándose en prisión —murmuré.

Thomas asintió lentamente.

—Un par de años después de la condena. La mujer aguantó todo lo que pudo por sus hijos. Pero cuando el mayor cumplió los dieciocho… ella también se quitó la vida.

El silencio cayó como una manta pesada. Eso no constaba en el expediente policial que había visto.

—El chico se quedó a cargo del hermano pequeño —continuó—. Siete años de diferencia entre ellos.

Miré a Liam, que ya me estaba mirando, y me cogió la mano bajo la mesa.

—Siempre mantuvieron la inocencia de Turner —siguió Thomas—. Pero estaba bastante implicado en el asunto con su socio. Ese hombre fue detenido unos meses después. Salió hace unos años.

—¿Recuerdas el nombre del socio? —pregunté.

Thomas negó con la cabeza.

—Tendría que revisarlo. Pero fue un caso complejo.

Sentí cómo las piezas volvían a moverse en mi cabeza. Michael Turner. Treinta años. Huérfano de padre a los diez años y de madre a los dieciocho. Hermano pequeño a su cargo. La palabra deuda resonó de nuevo en mi mente.

Liam apretó suavemente mi mano. Y aunque la conversación volvió a desviarse hacia temas más ligeros, yo ya no estaba del todo allí.

Después del postre, Margaret trajo café y una bandeja de pastas que, según explicó con orgullo, "siempre había en casa por si alguien aparecía sin avisar". Olivia levantó una ceja mirando a su hermano.

—Curiosa coincidencia.

—Tu padre y yo estamos pensando en dejar definitivamente el bufete —dijo Margaret.

—¿De verdad? —preguntó Liam.

—Sí —confirmó Thomas—. Hemos trabajado suficiente.

—Es lo mejor que podéis hacer —dijo Olivia—. Viajar. Disfrutar.

—Exacto —añadió Liam.

Margaret suspiró con una sonrisa soñadora.

—Ya es hora de vivir el amor de nuevo. Viajar sin mirar el reloj. Salir a cenar sin teléfonos sonando cada cinco minutos. Y prepararnos para cuidar de los nietos.

El café casi sale por mi nariz al escucharla.

—¿Perdón? —murmuró Liam.

—Es solo una idea —dijo su madre con inocencia calculada.

—¿Te gustan los niños, Aileen? —preguntó Margaret con dulzura, y Liam protestó.

—Mamá.

—¿Qué? Es solo una pregunta, hijo.

Sonreí al verla voltear los ojos.

—Con el trabajo que tengo… —comencé—. La verdad es que nunca me lo había planteado seriamente todavía. Pero sí… me gustaría algún día tener un par de pequeñines que llenen la casa de pisadas y risas.

—Y de llantos nocturnos —añadió Liam.

Thomas y Olivia se rieron. Yo también. Margaret observó a su hijo con una mezcla de ternura y firmeza.

—Me gustaría que encontraras a alguien con quien compartir tu vida. Que dejaras de sentirte solo. Y culpable por algo que no pudiste evitar.

Liam se tensó.

—Mamá…

Intervine suavemente.

—Sé de lo que habla. Mis padres quieren lo mismo para mí y para mi hermano. Que encontremos a alguien que nos quiera tal como somos. Que nos amen sin condición. Como se encontraron ellos.

Margaret me miró con una expresión que me atravesó.

—Me encanta esta mujer, hijo. Más vale que no la dejes escapar o te quito del testamento.

Las risas llenaron la sala. Yo también reí. Pero por dentro, algo se apretó. Porque ojalá pudiera ser esa mujer para Liam. Ojalá pudiera dejarme caer en algo sencillo como aquello. Pero mi vida era otra cosa.

Mi mundo estaba lleno de expedientes, amenazas, incendios provocados y deudas que no entendía. Y, al menos por ahora, el amor no tenía un lugar claro donde asentarse.

Aun así, cuando Liam me miró, con esa mezcla de orgullo y algo más profundo… Por primera vez en mucho tiempo, una parte de mí deseó equivocarse.

Capítulo 30



Aileen

Era martes por la noche y Nueva York parecía más ruidosa de lo habitual, aunque quizá era mi cabeza la que no dejaba de zumbar.

Estaba sentada en el suelo de mi salón, rodeada de carpetas abiertas, el portátil frente a mí y una lámpara encendida como único foco de luz. El resto del *loft* permanecía en penumbra. Fuera, los coches pasaban como sombras con prisa. Dentro, el silencio lo llenaba todo.

Tenía delante el expediente de Asuntos Internos que me había enviado el comisario esa tarde. Lo había leído tres veces y seguía sin poder creérmelo.

“Falta de lealtad al cuerpo”. “Relaciones inapropiadas con individuos vinculados al tráfico.” “Posible colaboración indirecta con redes criminales.”

Mi nombre encabezando cada página. Inspectora Aileen O’Connor Moreau. No podía estar pasando. No podían estar tomándome en serio como una policía corrupta.

Yo. Que me había dejado la piel en cada operativo. Que había trabajado el doble para que nadie pudiera decir que estaba ahí por ser “la hija del

comisario O’Connor”. Que jamás había aceptado un favor, un regalo, una concesión. Y ahora querían echarme del cuerpo.

Sentí una mezcla de rabia y vértigo. Si prosperaba aquello… no solo perdería mi trabajo. Perdería mi identidad.

Pasé la página otra vez y leí la parte de abajo.

Firmado por el agente investigador principal, Michael Turner.

El apellido me golpeó en el pecho. Turner.

Me quedé inmóvil unos segundos. Luego, casi por impulso, abrí la base de datos interna. Tecleé su nombre completo. Michael Turner.

El expediente apareció en pantalla. Entró en la academia el mismo año que yo. Recordé vagamente su rostro. Un chico que pasaba desapercibido. Siempre correcto. Siempre puntual. Siempre observando más de lo que hablaba.

Revisé su historial. Expediente impecable. Ascensos rápidos. Especialización en investigación interna. Condecoraciones por eficiencia y resolución de casos disciplinarios.

Era brillante, meticuloso y ambicioso.

Bajé hasta la fecha de nacimiento. Treinta años. Como yo. En ese instante sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

Volví a abrir otra ventana y busqué el expediente antiguo del caso de Thomas Turner. Fraude financiero masivo. Detenido por el entonces inspector Daniel O’Connor. Leí deprisa hasta llegar a la sección familiar.

Hijos, dos. Michael Turner, de diez años. Leo Turner, de tres años.

Me quedé mirando el nombre. No podía ser el mismo; Nueva York estaba llena de Turner. Pero… ¿Quién mejor que un agente de Asuntos Internos para saberlo todo de mí? ¿Para manipular informes? ¿Para acceder a mis movimientos? ¿Para desacreditarme sin levantar sospechas?

Me apoyé contra el respaldo del sofá, sintiendo cómo las piezas empezaban a alinearse de una forma que no me gustaba nada.

Las notas. La deuda. El incendio. Asuntos Internos. Michael Turner. No, no podía ser tan evidente. Y, sin embargo, todo encajaba demasiado bien.

Fue entonces cuando el sonido de notificación del correo me hizo sobresaltarme. Miré la pantalla y vi que era de un remitente desconocido.

Asunto: *Última oportunidad.*

Mi pulso se disparó. Lo abrí y vi que había dos archivos adjuntos. Dos vídeos. Fruncí el ceño y dudé tan solo un segundo antes de reproducir el primero.

La imagen temblorosa mostraba la fachada de la agencia de mi madre, de noche. La cámara enfocaba una sombra acercándose. Después… una llama. Y el fuego comenzando. Retrocedí instintivamente. El vídeo avanzó. Las llamas creciendo. El caos. Las sirenas. Y entonces…

Me vi a mí misma, a mis padres y a Jake, los cuatro frente al edificio en llamas. Y a Liam acercándose y besándome. La grabación estaba hecha desde cierta distancia. Desde un punto elevado. Alguien nos había estado observando.

Se me secó la boca. Abrí el segundo vídeo y la imagen era oscura. Un almacén abandonado o una nave industrial. La cámara se movía despacio.

En el centro, una silla y alguien sentado en ella, maniatado y amordazado. Rodeado de bidones de gasolina. Mi respiración empezó a descontrolarse.

La cámara se acercó. Una mano apareció en el plano, agarró al hombre por el pelo y le levantó la cabeza. Reconocí el rostro incluso antes de que el cerebro lo procesara. Era Erik, mi primo, y estaba inconsciente.

Un sonido ahogado escapó de mi garganta, y entonces, de fondo, una voz fría y controlada.

—Inspectora O'Connor, el tiempo corre. Si quiere que él viva, venga a la dirección que le acabo de enviar.

La cámara se movió ligeramente.

—La deuda tiene que pagarla usted, inspectora. Una vida por otra. La suya por la de mi padre, Thomas Turner.

Y en ese instante la cámara giró y mostró el rostro del hombre que grababa. Michael Turner, con sus ojos grises clavados en el objetivo, y el vídeo se cortó.

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que una lágrima cayó sobre el teclado. Me temblaban las manos y respiraba demasiado rápido.

Cogí el teléfono y llamé a Liam. Contestó al segundo tono.

—Aileen.

Mi voz salió rota.

—Liam…

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Es… es Erik…

Escuché cómo cambiaba su tono de inmediato.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—Dime qué ha pasado.

Le resumí lo imprescindible. El vídeo. La nave. Michael Turner. Y cuando acabé, hubo un silencio tenso al otro lado.

—Envíame la dirección —me pidió, y lo hice—. Voy contigo.

—Liam…

—No es negociable —contestó y colgó.

No había tiempo para discutir. Abrí el grupo de videollamada con Chloe, Ryan y Marco y sus rostros aparecieron en pantalla uno tras otro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Chloe de inmediato al verme la cara.

—Es Erik.

Les envié la dirección.

—Necesito que vayáis allí. Ya. Está maniatado en una nave abandonada. Rodeado de gasolina.

Marco maldijo.

—¿Quién haría algo así?

—Michael Turner.

Silencio absoluto ante mí, y Ryan frunció el ceño.

—¿El de Asuntos Internos?

—Sí.

—Voy para allá —dijo Chloe sin dudar.

—Nos vemos allí —añadió Ryan.

La llamada terminó. Me levanté, cogí mi arma y salí del apartamento con el corazón golpeándome las costillas como si quisiera escapar antes que yo.

Conduje sin sentir el tráfico. La dirección me llevó hacia una zona industrial casi abandonada en las afueras. Calles mal iluminadas. Naves medio derruidas. Y oscuridad.

Cuando giré la última esquina, la vi. La nave silenciosa. A lo lejos distinguí el coche de Ryan en la penumbra. Aparqué unos metros más atrás.

Justo cuando abría la puerta, otro vehículo frenó a mi lado. Era Liam, y Connor iba con él. Bajaron casi al mismo tiempo que yo.

Chloe y Marco se acercaron desde la sombra.

—¿Qué pasa? —preguntó Marco.

Respiré hondo.

—He estado recibiendo notas anónimas por una deuda. Esta noche he recibido un vídeo. Erik está dentro. Inconsciente. Rodeado de bidones de gasolina.

Connor soltó una maldición.

—¿Y por qué el de Asuntos Internos haría algo así? —preguntó Chloe.

—Porque es el hijo de un hombre al que mi padre metió en la cárcel hace veinte años.

Liam habló antes de que yo dijera el nombre.

—Michael Turner.

Lo miré y asentí.

—Sí. Y además me he enterado esta noche de que es el agente de Asuntos Internos que ha intentado desacreditarme —le dije a Liam.

Ryan apretó la mandíbula.

—¿Qué quieres que hagamos?

Observé la nave. No había movimiento visible.

—Entraré sola —dije.

—Ni hablar —protestó Liam.

—Intentaré hablar con él. Ganar tiempo. Que deje salir a Erik.

—¿Y si no? —preguntó Marco.

—Estad preparados para intervenir.

Chloe ya estaba marcando en su móvil.

—Voy a avisar al comisario. Tiene que saber qué mierda está haciendo su agente estrella.

Asentí y vi que Connor se alejaba.

—Aviso al parque. Si ese loco prende fuego a todo esto, necesitamos equipos preparados.

Liam me sujetó del brazo cuando di un paso.

—No voy a dejarte entrar sola ahí.

Sonreí, pese a todo, y le besé.

—Quédate aquí fuera. Déjame hacer mi trabajo.

—No voy a perderte.

—No lo harás.

Y antes de que pudiera detenerme otra vez, me giré y caminé hacia la nave.

La puerta chirrió al abrirse. El interior olía a humedad y metal oxidado. Avancé despacio y dejé la mano cerca de la pistola en mi cadera.

—He llegado —dije en voz alta, y mi eco rebotó entre las paredes.

—Agente Turner.

Un aplauso lento resonó al fondo y apareció entre las sombras.

—Siempre tan puntual y predecible.

—No tengo nada que ver con lo que le pasó a su padre —dije con firmeza—. Era una niña. Igual que usted.

Sus labios se curvaron en una sonrisa torcida.

—Siempre quise vengarme del inspector Daniel O'Connor. Sé cuánto la quiere.

Mi pulso se aceleró.

—Voy a arrebatarle lo que tanto quiere. Como él me lo arrebató a mí.

—Su padre fue detenido por fraude. No por capricho.

—Primero lo esposó delante de todo el mundo. Después, mi padre se suicidó. Y cuando mi madre no pudo más… también se fue.

Su voz no temblaba. Eso era lo peor.

—No fue culpa mía.

—Llevo veinte años estudiando a su padre. Siguiendo los pasos de su familia. Me hice policía cuando supe que usted entraría en la academia.

Sentí el suelo moverse bajo mis pies.

—Manipulé todo. Las investigaciones. Su expediente. Su reputación.

—¿Para qué?

—Para arruinarle la carrera. La vida. Y ahora… para que su padre sufra hasta el fin de sus días por la muerte de su querida hija.

—No lo haga —susurré.

—Nadie creyó a mi padre cuando decía que era inocente.

—Se demostró que era culpable. Igual que su socio.

Michael sacó el arma y me apuntó.

—Deje salir a Erik —dije—. Yo me quedo.

Sonrió.

—Su primo es un daño colateral. Su vida por la de mi madre.

Sacó un detonador del bolsillo y sentí el frío recorrerme la columna.

—Por favor —susurré.

—¿Últimas palabras?

—Pagará por esto —le aseguré, y él presionó el botón.

Una explosión sacudió la parte trasera de la nave y el fuego comenzó a extenderse.

Disparé y le di en el hombro. Después en la rodilla y cayó al suelo gritando. Corrí hacia el fondo y vi que el humo empezaba a llenarlo todo.

—¡Erik! —grité.

Puertas. Salas vacías. El fuego avanzando. Y entonces lo vi. Lo desaté con manos temblorosas y escuché gritos.

—¡Aileen!

Ryan y Chloe aparecieron entre el humo.

—Sacadlo —ordené.

Erik abrió los ojos aturdido.

—Lleváoslo.

Fuimos hacia la entrada y vi que Marco apuntaba a Turner, que aún estaba en el suelo.

—Idos —les grité cuando las llamas comenzaron a acercarse.

Ellos salieron, y yo me quedé un segundo frente a Michael.

—Ningún hijo debería pagar por los actos de su padre —dije, y vi que sus ojos ardían.

—Quería que Daniel O’Connor sufriera como sufrimos nosotros.

No vi el movimiento, solo escuché el disparo. El impacto me atravesó y el mundo se volvió blanco.

Michael susurró:

—La deuda queda saldada, O’Connor.

Sentí cómo mis piernas dejaban de sostenerme. El suelo se acercó. El ruido del fuego se mezcló con voces lejanas. Y después…

Oscuridad.

Capítulo 31



Liam

Las sirenas empezaron a oírse antes de que yo fuera capaz de entender lo que estaba viendo. Primero una, lejana, cortando la noche como un cuchillo. Después, otra. Y otra más.

En cuestión de segundos, el aire se llenó de luces azules y rojas reflejándose en las chapas oxidadas de las naves industriales. El asfalto vibraba bajo mis botas mientras los vehículos frenaban en seco, las puertas se abrían y las órdenes se gritaban.

Pero yo solo veía una cosa. Fuego. El humo salía por las ventanas rotas como si el edificio respirara, como si estuviera vivo y estuviera exhalando muerte.

Vi a Ryan y a Marco aparecer entre la humareda casi a trompicones, cargando con Erik entre los dos. Erik colgaba inerte, con la cabeza ladeada y los brazos sueltos. Chloe venía detrás, tosiendo, con el rostro cubierto de hollín y los ojos enrojecidos.

—¡Aquí! ¡Aquí! —gritó alguien a los sanitarios.

El comisario Brennan ya estaba allí. No supe en qué momento había llegado. Solo lo vi abrirse paso entre el caos, con el abrigo mal abrochado y

la mirada desencajada, buscando algo. O a alguien.

—¿Dónde está Aileen? —preguntó, agarrando a Chloe por los hombros.

Chloe respiraba con dificultad.

—Venía detrás… estaba segura de que venía detrás… Iba a sacar al agente Turner.

El mundo se me cayó encima. Miré hacia la puerta de la nave y esperé verla salir. Esperé ver su silueta firme cruzando entre el humo, tosiendo, maldiciendo, viva.

Pero lo único que vi fue el fuego avanzar con más fuerza, como si hubiera encontrado alimento nuevo. Las llamas trepaban por el interior y el humo se volvía más denso, más negro.

—No la veo —murmuré, y mi propia voz me sonó ajena.

Connor estaba a mi lado. Sentí su mano cerrarse con fuerza sobre mi brazo.

—Ni se te ocurra.
No aparté la vista de la nave.

—Liam —insistió—. No puedes entrar ahí solo y sin equipo. Los bomberos están aquí.

Los oía. Claro que los oía. Las órdenes, el despliegue, las mangueras arrastrándose por el suelo. Pero no era suficiente.

—No voy a perderla —dije, y esta vez mi voz salió rota, cargada de algo que llevaba demasiado tiempo enterrado.

—No seas imbécil —escupió Connor—. Espera a que entre el equipo.

Me solté de su agarre con un tirón seco.

—No voy a perder a nadie más en un incendio.

El silencio que siguió fue apenas un segundo, pero fue suficiente para que el recuerdo me atravesara.

Otra noche. Otro fuego. Otro cuerpo que no conseguí sacar a tiempo. El olor a carne quemada. El sonido de una estructura colapsando. El peso de la culpa durante años.

No. No iba a pasar por eso otra vez. No con ella.

Connor volvió a agarrarme.

—¡Liam!

Me solté y comencé a caminar.

—¡Eres un cabezota sin remedio! —me gritó.

Puede que lo fuera, pero prefería ser un cabezota vivo que un hombre que miraba arder el edificio sabiendo que la mujer que amaba estaba dentro.

Corrí, el humo me golpeó antes incluso de cruzar el umbral, y entré.

El calor fue como recibir un puñetazo en el pecho.

La temperatura era brutal, asfixiante. Las llamas reptaban por las paredes y trepaban por las vigas metálicas, que crujían con un sonido agudo, amenazante. El suelo estaba cubierto de restos, herramientas y charcos aceitosos que reflejaban el naranja del fuego.

Me cubrí la boca con el antebrazo, aunque sabía que era inútil.

—¡Aileen! —grité, y mi voz se perdió entre el crepitar.

Avancé unos pasos, agachado, buscando aire más limpio cerca del suelo.

—¡Aileen! —grité de nuevo, y no escuché respuesta.

Solo el sonido del metal dilatándose y algo que cayó al fondo con un estruendo. El corazón me latía tan fuerte que me dolía.

Entonces los vi, dos bultos en el suelo, y corrí hacia ellos.

El primero era un hombre bocarriba. Debía de ser Michael Turner. Tenía dos heridas de bala visibles, una en el hombro y otra en la pierna. Sangraba y respiraba con dificultad, pero estaba consciente. No me importó. Mi mirada ya estaba en ella.

Aileen estaba tumbada de lado, inmóvil. El mundo se detuvo y me arrodillé junto a ella.

—Aileen.

La giré con cuidado y vi la sangre. Una mancha oscura, extendiéndose por su abdomen, empapando la ropa. Demasiada sangre. Demasiada.

—No… no… no…

Mis manos temblaban cuando intenté localizar la herida. Respiraba, pero cada respiración era superficial, irregular. Sus párpados se movieron y me miró. Dios. Estaba tan pálida que parecía hecha de cera.

—Eh… eh… mírame —susurré, tragándome el pánico—. Estoy aquí.

Intentó hablar. Sus labios se movieron un poco.

—No —le dije con urgencia—. No hables. No gastes fuerzas.

Presioné la herida con la mano, intentando frenar la hemorragia, y la sangre me empapó los dedos al instante.

—Aguanta. ¿Me oyes? No te duermas. No te desmayes.

Su mirada empezó a perder enfoque.

—Aileen —mi voz se rompió—. Quédate conmigo. Mírame.

La levanté en brazos y protestó un poco, un gesto mínimo.

—Lo siento —murmuré—. No puedo dejarte aquí.

La acerqué a mí y la besé. Sabía a humo, a sangre y a miedo.

—Por favor, aguanta —le pedí, y entonces exploté—. No puedo perderte a ti también. ¿Me oyes? No puedo.

La rabia me subió por la garganta como ácido. Rabia contra Turner. Contra el destino. Contra ella por haber entrado sola. Contra mí por no haber estado ahí antes.

—Me he enamorado de ti, ¿lo entiendes? —solté, sin pensar, porque ya no quedaba nada que proteger—. Y si te pierdo…

No pude terminar. Ella sonrió. Una sonrisa sutil, y en un susurro que apenas fue aire, dijo:

—Serías… un buen marido…

El corazón se me rompió en el pecho.

—No digas eso como si fuera una despedida —murmuré con desesperación y sus párpados cayeron—. ¡No! —la sacudí con cuidado—. ¡Aileen! ¡Mírame!

Pero su cabeza cayó contra mi pecho, y el miedo dejó de ser una sensación para convertirse en terror puro.

—¡Aileen! ¡Aileen!

No reaccionaba. Sentía su peso en mis brazos y el calor alrededor aumentando.

—No te vayas —susurré contra su cabello lleno de humo—. No me hagas esto. Aguanta. Por favor. Enfádate conmigo. Insúltame. Pero no te vayas.

El fuego avanzaba, el techo crujió y entonces oí una voz.

—¡Liam! —era Connor.

—¡Aquí! —grité con lo poco que me quedaba de aire.

Lo vi aparecer entre la humareda con una mascarilla de oxígeno.

—Joder… —murmuró al ver la escena y se acercó rápido—. Toma. —Me puso la mascarilla a mí primero.

Negué con la cabeza.

—Ella primero.

Se la colocó a Aileen.

—Esa herida tiene mala pinta.

—No puedo perderla —dije, y esta vez no intenté ocultar el temblor.

Connor me sostuvo la mirada. Había preocupación en sus ojos, y algo más: miedo. Entonces un gemido nos hizo girarnos.

—Ayuda…

Turner intentaba arrastrarse. La rabia me explotó por dentro. Si no hubiera tenido a Aileen en brazos, creo que lo habría golpeado hasta quedarme sin fuerzas.

Connor fue hacia él y le quitó el arma.

—Ni se te ocurra —le espetó.

Lo levantó sin delicadeza y Turner gritó.

—No vamos a permitir que mueras aquí —le dijo Connor con frialdad—. Vas a pudrirte en la cárcel por secuestro e intento de homicidio premeditado. Como poco.

Yo apenas escuchaba, solo sentía que Aileen estaba demasiado quieta y demasiado fría.

—Tenemos que salir ya —dijo Connor, y asentí.

Me puse en pie con ella en brazos. Cada paso era una lucha. El fuego nos rodeaba. El humo me nublaba la vista. Y el recuerdo del pasado se mezclaba con el presente.

Otra vez no. Otra vez no. Era lo único en lo que podía pensar.

Cuando por fin crucé la puerta, el aire frío me golpeó como una bofetada.

—¡Aileen! —gritó Erik al verla.

No me detuve. Corrí hacia la ambulancia.

—Herida de bala en abdomen —les dije a los sanitarios—. Está perdiendo mucha sangre.

La colocaron en la camilla.

—Está hipotensa.

—Pulso débil.

—Necesita transfusión inmediata.

—Mi sangre —interrumpí con brusquedad—. Soy universal. Usadla.

El médico me evaluó en un segundo.

—Suba.

Y subí; no iba a separarme.

Las puertas se cerraron y a través del cristal vi a Brennan señalar a Turner, ya esposado.

—Que no le pierdan de vista —ordenó.

Bien. Que viviera. Que pagara. Que se pudriera pensando en lo que había hecho.

Erik se acercó a la puerta de la ambulancia y vi que tenía los ojos rojos.

—Voy a avisar a la familia… por si…

Lo fulminé con la mirada.

—Va a salir —dije con una firmeza que no sabía de dónde sacaba—. No hables como si no fuera a hacerlo.

No iba a permitir que nadie la diera por perdida, ni siquiera el miedo que me estaba destrozando por dentro.

La sirena volvió a sonar. Me senté junto a ella mientras le ponían una vía y le sujeté la mano. La tenía fría, demasiado fría. La apreté con fuerza.

—No voy a perderte —susurré, inclinándome sobre ella—. ¿Me oyes? No pienso perderte. No después de haber tenido el valor de decirte que te quiero. No después de que me llamaras buen marido.

Mi voz tembló, pero no lloré. No todavía, al menos. Había tiempo para derrumbarse, pero no mientras su corazón siguiera latiendo.

La ambulancia arrancó, y yo me quedé mirándola, lleno de rabia, de miedo y de una determinación salvaje.

No iba a dejar que el fuego me la arrebatara. Esta vez no. A ella, no.

Capítulo 32



Aileen

Al principio no supe que estaba inconsciente.

No hubo un momento claro, una frontera definida entre estar despierta y dejar de estarlo. Fue más bien como deslizarme por una pendiente invisible, suave al principio, hasta que de pronto ya no supe dónde estaba arriba y dónde abajo.

Creí que estaba soñando. O atrapada en una especie de duermevela interminable de la que no lograba salir. Escuchaba voces. Pero eran lejanas y distorsionadas. Como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo y lo hubiera dejado reducido a un murmullo constante, amortiguado por una pared gruesa.

Intentaba abrir los ojos, pero no podía. Intentaba mover los dedos, y nada. Intentaba hablar.

—*Estoy aquí.*

Pero nadie respondía. ¿Por qué no me escuchaban? ¿Por qué no contestaban cuando preguntaba qué estaba pasando? Era desesperante.

No era una oscuridad limpia ni silenciosa. Era una oscuridad espesa, densa, como agua negra en la que flotaba sin saber nadar. Y, sin embargo, estaba llena de sonidos. De presencias. De palabras que me rozaban sin llegar a convertirse en algo nítido.

A veces notaba una presión en la mano. Una caricia lenta en el cabello. Un peso cálido apoyado en mi frente. Y cada vez que eso ocurría, me aferraba con todas mis fuerzas a esa sensación. Era como agarrar una cuerda en mitad del vacío. Pero siempre se me escapaba. Como arena entre los dedos.

Mis pensamientos no seguían un orden. No había principio ni final. Eran fragmentos, imágenes sueltas que aparecían y desaparecían sin lógica.

El vídeo. Erik atado a una silla, inconsciente. La nave abandonada. El olor a aceite. Michael Turner. Su sonrisa torcida. El detonador en su mano. La explosión. El suelo vibrando bajo mis pies. El fuego extendiéndose demasiado rápido. El humo. Un disparo. El impacto.

Y después… Nada. Ahí había un vacío. Un agujero negro en mi memoria que me enfurecía.

Yo no era de las que aceptaban no saber. No era de las que se quedaban quietas esperando a que las cosas se aclararan solas. Yo investigaba, preguntaba. Yo insistía hasta que la verdad salía a la luz.

Y allí estaba, atrapada en un cuerpo que no respondía, escuchando a los demás hablar sobre mí como si yo no estuviera presente.

A veces oía a mi madre. Su voz rota, intentando no llorar.

—Cariño… vuelve…

Sentía su mano en la mía. Reconocía su forma de acariciarme, esa mezcla de ternura y firmeza.

Mi padre hablaba menos, pero cuando lo hacía, su voz sonaba contenida. Como si estuviera haciendo un esfuerzo enorme por no romperse.

—Eres fuerte, hija. Siempre lo has sido.

Quise decirle que sí. Que no se preocupara. Que estaba bien. Pero no podía.

Jake apareció alguna vez. Lo supe por su manera de hablar, más ligera, intentando bromear incluso en medio del desastre.

—Venga, inspectora. Me debes una cena. No te escaquees ahora.

Chloe lloró. La oí llorar por primera vez desde que la conocía. Connor guardaba silencio durante largos ratos. Y cuando hablaba, lo hacía bajo, como si temiera molestarme.

Y entonces estaba él. Liam. Su voz era distinta. No era profesional y tampoco distante. Era cálida. Dolida y cansada.

—Por favor, despierta…

Esa frase la oí muchas veces. A veces más firme. A veces rota.

—Llevas mucho tiempo así…

Mucho tiempo. ¿Cuánto era mucho? No tenía referencia. Podía ser un día. Dos. Una semana. El tiempo allí no existía.

—Necesito volver a ver tus ojos.

Sentí algo húmedo en mis labios. Un beso.

Lo noté con una claridad que me sorprendió. Como si mi cuerpo estuviera dormido, pero mis labios recordaran perfectamente cómo reconocer los suyos.

—*Necesito oír tu voz… escuchar tu preciosa risa.*

Mi preciosa risa. Quise reír en ese momento. Decirle que exageraba. Que no era para tanto. Que él también tenía mala cara cuando se dejaba la barba demasiado tiempo. ¿Por qué no podía oírme? ¿Por qué no podía mover ni un solo músculo? La frustración crecía dentro de mí como una tormenta.

—*Sé que me oyes* —susurró una vez, muy cerca.

Mi mente se agitó. ¿Lo sabía?

—*Aunque estés en coma, puedes oírnos. Todos te echamos de menos. Queremos volver a abrazarte.*

En coma. Esas palabras resonaron en mi cabeza como un disparo.

No. Eso no podía ser cierto. Yo no estaba en coma. Estaba… descansando. Soñando. Recuperándome. Pero no en coma. El coma era para otros. Para pacientes en informes médicos. No para mí. No para Aileen O’Connor.

Intenté rebelarme. Intenté gritar dentro de mi propia cabeza y decirles que no estaba en coma, que estaba aquí y estaba despierta. Pero el cansancio volvía siempre. Pesado. Irresistible. Como si alguien apagara la luz desde fuera y yo no tuviera interruptor propio.

Y cada vez que esa oscuridad me arrastraba de nuevo, lo hacía con un pensamiento que me dolía más que cualquier herida física.

No podía ser verdad. Yo no podía estar en coma.

Hubo días, si es que eran días, en los que las voces eran más claras. Otros en los que se alejaban hasta convertirse en un eco.

Aprendí a reconocer las pausas. El sonido de una puerta al abrirse. El pitido constante de una máquina. Los sonidos típicos de un hospital. La idea fue tomando forma poco a poco.

Oía pasos. Conversaciones lejanas. El roce de telas. En algún momento alguien habló de analíticas. Otro día oí la palabra "neurología". Intentaba atar cabos.

Disparo en el abdomen. Fuego. Ambulancia. ¿Me habían operado? Intentaba sentir mi cuerpo. A veces notaba un dolor sordo y profundo en el vientre. Otras, nada. Era como habitar una casa en la que no podía encender las luces de ninguna habitación.

Una vez oí a Liam enfadado. No levantaba la voz, pero había tensión en cada sílaba.

—*¿Cuánto más?* —preguntó, y siguió un silencio ensordecedor—. *No me diga que no saben nada. Tiene que haber alguna señal.*

Quise abrazarlo. Decirle que no era su culpa. Porque en el fondo sabía que él se culparía. Liam era así. Cargaba con todo. Y yo… yo había entrado sola en aquella nave. Había tomado una decisión.

Recordé el momento con más nitidez. Turner apuntándome. Yo avanzando de todos modos. El disparo. El impacto caliente y seco. La sensación de caer. ¿Había sido valiente o imprudente? No lo sabía.

Pero ahora, flotando en esa nada, lo único que sentía era una urgencia desesperada por volver. Por abrir los ojos. Por decirle a Liam que estaba bien. Que seguía allí.

Lo primero que sentí fue una caricia suave y rítmica en mi mano. No fue un sonido lo que me trajo de vuelta. Fue el tacto. Ese pulgar dibujando círculos lentos en mi piel.

Lo reconocí incluso antes de saber dónde estaba. Era Liam.

Intenté mover los dedos. Esta vez, algo respondió. Una sensación mínima. Un cosquilleo. Vamos. Otra vez. Pesaban como si llevaran siglos sin usarse. Hice un esfuerzo. Uno pequeño. Luego otro. La oscuridad no desapareció de golpe. Primero llegó la luz a través de los párpados. Molesta y demasiado brillante. Parpadeé. Todo estaba borroso.

Colores sin forma. Sombras. Y luego, poco a poco, su silueta. Estaba sentado a mi lado, y le veía más delgado. Tenía las mejillas más marcadas. Ojeras profundas. La barba más espesa de lo que recordaba. Parecía… cansado. Como si hubiera envejecido en semanas lo que a otros les llevaba años.

Le miré unos segundos, intentando que mi cerebro terminara de encajar las piezas. Y cuando por fin conseguí que mi garganta funcionara, dije lo primero que me salió:

—Tienes… mala cara…

Mi voz fue un sonido áspero y extraño, como si no me perteneciera. Él levantó la cabeza de golpe y sus ojos se abrieron tanto que por un segundo pensé que estaba soñando.

—Parece que has envejecido un siglo —añadí, con una sombra de ironía.

Y entonces lo vi. La incredulidad. El miedo transformándose en algo más grande. Esperanza. Y sonrió. Una sonrisa que empezó temblorosa y terminó iluminándole el rostro.

Se inclinó sobre mí y me besó con cuidado, como si yo fuera de cristal. Sus labios temblaban.

—Me alegro de que vuelvas a ser la Aileen que conocí —susurró.

Sentí que algo dentro de mí se ajustaba en su sitio.

—¿Qué… pasó? —pregunté.

Su sonrisa se apagó un poco. Ahí estaba. La sombra.

—No te andes con rodeos —murmuré—. Dime la verdad.

No soportaba que me protegieran con medias verdades. Si había algo que afrontar, lo afrontaría. Liam suspiró y se sentó mejor en la silla sin soltar mi mano. La llevó a sus labios y la besó antes de empezar.

Ese esto me hizo entender que lo que iba a decir no era sencillo.

—Entré en la nave —comenzó—. Te encontré frente a Turner. Tenías un disparo en el abdomen.

Cerré los ojos un segundo. La memoria encajó.

—Te sacamos de allí. En la ambulancia perdiste muchísima sangre.

Su voz se tensó.

—Te operaron de urgencia. Hubo complicaciones. Tuvieron que reanimarte.

Le miré.

—¿Cuánto tiempo…?

Tragó saliva.

—Estuviste más de cinco minutos muerta.

El aire se me quedó atrapado en el pecho. Estuve muerta más de cinco minutos. Intenté procesarlo. Cinco minutos no eran nada… y lo eran todo.

—Después de la operación… entraste en coma.

Ahí estaba la palabra. La que yo había rechazado en la oscuridad.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunté, con un hilo de voz.

Dudó. Ese segundo de vacilación fue peor que cualquier cifra.

—Liam.

—Un año.

El mundo se me cayó encima.

—¿Qué?

Intenté incorporarme y el dolor me atravesó el abdomen como un cuchillo.

—No puede ser.

—Los médicos dijeron que podían ser semanas. Meses. Incluso años.

—No… —Negué con la cabeza—. No puede haber pasado un año. Eso es imposible.

Un año era demasiado. Un año era cumpleaños. Navidades. Casos cerrados. Vida.

—Sí —dijo con suavidad, pero sin apartar la mirada—. Ha pasado un año.

Se levantó y cogió algo de la mesilla. Un periódico. Lo puso delante de mí y vi la fecha, clara e innegable. Un año después de aquella noche.

Sentí un vértigo extraño. El mundo había seguido girando sin mí. Y yo me había quedado suspendida en una oscuridad que no sabía medir.

—Te has perdido muchas cosas —murmuró él, como si pudiera leerme el pensamiento—. Pero no todo.

Le miré.

—¿Por qué estás aquí?

No era una acusación, era una pregunta real. Un año era mucho tiempo para quedarse al lado de alguien que no sabía si despertaría.

—¿Por qué no perdiste la esperanza?

Sus ojos se endurecieron un segundo, como si la idea le ofendiera.

—Porque te amo —dijo, sin vacilar y sin adornos—. Te lo dije antes de que te desmayaras aquella noche. Y no pensaba retirarlo.

Sentí que el pecho me dolía por algo que no tenía que ver con la herida.

—No deberías haberlo hecho —susurré—. No deberías haberme esperado un año.

Un año era demasiado sacrificio. Demasiada incertidumbre. Él negó con la cabeza.

—Te habría esperado toda la vida de haber sido necesario.

Se inclinó hacia mí.

—No voy a amar jamás a nadie que no seas tú —dijo, y me besó.

Esta vez con más firmeza. Como si necesitara anclar esa promesa en algo físico.

Cuando se separó, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una cajita pequeña. Mi corazón dio un vuelco. La abrió y un anillo de compromiso brilló bajo la luz blanca de la habitación.

—Estás loco —murmuré, con una mezcla de incredulidad y emoción, y él sonrió.

—Sí. Pero por ti —contestó, y respiró hondo—. Y ahora que has despertado, no voy a dejar que se me escape la oportunidad. Como me recomendó mi madre.

Pese al dolor, sonreí.

—Puede que no salga bien —dije—. Apenas nos conocemos.

Era una verdad incómoda. Habíamos tenido semanas. Intensas, sí, pero semanas. Él negó despacio.

—He pasado un año hablándote cada noche. Contándote mi día. Escuchando el silencio como si me respondieras. Créeme… te conozco suficiente.

Me miró con una mezcla de nervios y determinación, y entonces se acercó más.

—Aileen O'Connor —dijo con voz baja pero firme—. ¿Aceptas casarte conmigo?

Mi mente debería haber dudado. Debería haber pensado en el tiempo perdido. En el año en blanco. En el miedo. Pero lo único que sentí fue una certeza tranquila.

—Sí —respondí—. Siempre que me prometas que no tendremos un matrimonio aburrido ni monótono.

Sus labios se curvaron en una sonrisa que reconocí al instante.

—Cariño —murmuró, apoyando la frente contra la mía—. Eres inspectora de policía y yo bombero. Nuestro matrimonio puede ser peligroso… pero jamás aburrido ni monótono.

Y me reí. Una risa débil pero real. Y cuando volvió a besarme, supe que, aunque hubiera pasado un año en la oscuridad, lo verdaderamente importante seguía intacto.

Estaba viva. Él seguía allí. Y el mundo, por fin, volvía a empezar.

Capítulo 33



Aileen

Habían pasado seis meses desde que desperté. Seis meses desde que abrí los ojos en aquella habitación blanca de hospital y descubrí que el mundo había seguido girando sin mí durante un año entero.

Un año. A veces todavía me parecía una cifra irreal. Un año en coma. Un año en el que mi cuerpo respiraba, mi corazón latía y mi cerebro, según los médicos, luchaba en silencio… mientras yo flotaba en aquella oscuridad espesa escuchando voces que no sabía si eran reales o producto de mi imaginación.

Durante los primeros días tras despertar, viví en una especie de resaca emocional constante. Todo me lo contaban en fragmentos, como si temieran que una sobredosis de realidad pudiera romperme más que la bala que casi lo consiguió.

Mis padres fueron los primeros en llenar los huecos. Mi madre, con esa serenidad que solo perdía cuando se trataba de sus hijos, me explicó cómo habían sido los primeros días. Las horas interminables en la UCI. Las máquinas pitando. Los médicos hablando de porcentajes, de daño hipóxico, de probabilidades.

—Nos dijeron que podías no despertar —me confesó una noche, sentada junto a mi cama mientras yo aún no podía caminar sin ayuda—. *Pero tu padre y yo jamás lo aceptamos.*

Mi padre no lo decía con palabras, pero lo vi en su mirada más de una vez. El miedo. Daniel O'Connor no era un hombre que temiera fácilmente. Había dirigido la comisaría durante años, había visto lo peor del ser humano sin pestañear. Pero la idea de perderme lo había destrozado.

Jake me contó que prácticamente se instaló en el hospital. Que discutió con dos neurólogos distintos porque uno de ellos insinuó que quizá sería mejor plantearse decisiones "a largo plazo".

—Le dije que como volviera a pronunciar esa frase, le denunciaba personalmente —me dijo mi hermano con dramatismo—. *No sabía que papá pudiera dar tanto miedo fuera de la comisaría.*

Sonreí cuando me lo contó, pero dentro sentí un nudo imposible de deshacer.

También me hablaron de Liam. De cómo no se fue ni un solo día. De cómo dormía en aquella silla incómoda. De cómo trabajaba turnos de doce horas en vez de veinticuatro en el parque de bomberos y volvía directo al hospital, con ojeras marcadas y la ropa oliendo a humo, para sentarse a hablarme como si pudiera contestarle.

A veces lo imaginaba. Su voz grave llenando la habitación. Sus dedos entrelazados con los míos. Yo allí, atrapada en un cuerpo inmóvil y él negándose a soltarme.

Erik me contó lo suyo cuando por fin pude sentarme en la terraza del hospital y sentir el sol en la cara.

—*Te perdiste cosas divertidas* —me dijo con una sonrisa ladeada que ocultaba más de lo que mostraba—. *Como que ahora soy inspector jefe.*

Le miré con incredulidad.

—*¿En serio?*

Asintió. El puesto había quedado vacante tras mi accidente, y el comisario Brennan se lo dio a él.

Brennan… El comisario se encargó personalmente de que Michael Turner respondiera ante Asuntos Internos y ante la justicia. Turner sobrevivió a pesar de que le disparé dos veces aquella noche. Una en el hombro y otra en la pierna.

Los cirujanos hicieron su trabajo. Y después empezó el juicio. No estuve allí, obviamente, pero me lo contaron todo.

Los anónimos. El incendio provocado en la agencia de modelos de mi madre. El secuestro de Erik. El intento de asesinato. El plan meticuloso para desestabilizarme. Turner no era un simple acosador obsesionado. Era un hombre resentido, brillante y enfermo, que disfrutaba viendo cómo la tensión crecía a mi alrededor.

Fue condenado a varios años. Muchos. Y si alguna vez salía, sería un hombre viejo y olvidado. Cuando me lo contaron, no sentí alivio inmediato. Sentí algo más complejo. Una mezcla de rabia, cansancio y cierre. El capítulo no estaba olvidado. Pero estaba cerrado.

Durante esos seis meses, mi única misión fue recuperar mi cuerpo. Volver a sentirlo mío. La rehabilitación fue brutal, dolorosa y humillante en algunos momentos.

Aprender a caminar distancias largas sin que la cicatriz tirara. Recuperar fuerza en el abdomen. Volver a correr. Volver a disparar en el campo de tiro sin que el retroceso me hiciera recordar el impacto de aquella bala. Pero soy hija de Daniel O'Connor. Y no me rendí.

Entrenaba cada mañana. Fisioterapia. Pesas ligeras. Carrera progresiva. Liam me acompañaba siempre que podía. A veces se limitaba a observar; otras discutíamos porque me exigía bajar el ritmo. Odiaba que me protegieran. Seguía odiándolo. Pero también aprendí que permitir que alguien se preocupara por mí no me hacía más débil.

Erik, como nuevo inspector jefe, había asumido el liderazgo del equipo con sorprendente madurez. Marco seguía aportando teorías absurdas cada semana. Ryan continuaba siendo la voz lógica. Chloe mantenía su radar psicológico afilado como siempre. Y se unió alguien nuevo.

Lilian Carter. Transferida desde Boston tras un divorcio complicado. Tenía treinta y pocos. Cabello rubio ceniza, corto y práctico. Una risa contagiosa. Y una mente tan rápida como la mía. Desde el primer día conectamos. Era directa e irónica, y tenía esa chispa de locura controlada que solo poseían los buenos policías.

—*Me dijeron que eras intensa* —me dijo el primer día que nos quedamos solas en la sala de interrogatorios—. *No me advirtieron de que también eras adorable.*

Y me reí, porque hacía mucho que no me llamaban adorable.

Y seis meses después de despertar, allí estaba. Completamente recuperada. Con la cicatriz como recordatorio. Con más miedo al principio de lo que jamás admitiría en voz alta. Pero viva.

Y hoy… Hoy era octubre. El aire era fresco, pero el sol brillaba con una claridad perfecta. El jardín de la casa de mis padres estaba preparado desde primera hora. Flores blancas y verde eucalipto. Sillas alineadas sobre el

césped. Un arco sencillo pero elegante al fondo. Y yo estaba frente al espejo de la que había sido mi habitación durante años.

Mi reflejo me devolvió una imagen que me hizo contener la respiración. El vestido era impresionante. De corte limpio y elegante, escote en V pronunciado pero sofisticado, espalda descubierta hasta media altura, con encaje delicado que parecía dibujado sobre la piel, y la falda caía con suavidad, ligera, moviéndose con cada respiración.

El cabello suelto, ondulado natural, ligeramente recogido a un lado con pequeñas flores blancas. Mis ojos verde grisáceo brillaban más de lo habitual. No por el maquillaje, sino por la emoción.

—Estás preciosa.

La voz de mi madre me hizo girarme. Entró despacio, se quedó mirándome unos segundos, en silencio, y después sonrió. Una sonrisa llena de orgullo. Se acercó y me abrazó fuerte.

—No habríamos soportado el haberte perdido.

Sentí su respiración temblar un segundo.

—Pero todavía no te perdono que no nos contaras lo de las notas.

Suspiré.

—Mamá… —protesté—. ¿Qué quieres para que me perdones? —pregunté con media sonrisa.

Se separó un poco y me miró con picardía.

—Un nieto para empezar estaría bien.

Arqueé una ceja y ella me guiñó un ojo. No pude evitar reír y la abracé de nuevo. En ese momento la puerta volvió a abrirse. Mi padre apareció en el umbral y se quedó quieto, observándome. Sus ojos se suavizaron.

—Estás preciosa —dijo simplemente. Se acercó y me cogió las manos—. Eres la viva imagen de tu madre el día que se casó conmigo.

Sonreí y cerré los ojos cuando besó mi frente. Ese gesto suyo, de toda la vida.

—¿Lista? —preguntó.

Respiré hondo. Pensé en el año perdido. En el fuego. En la oscuridad. En el hospital. En Liam. Y asentí.

—Lista.

Salimos juntos de la habitación, bajamos las escaleras, cruzamos el pasillo, la puerta al jardín se abrió, la música comenzó a sonar suavemente y el sol de octubre iluminó el camino hacia el hombre que decidió esperarme incluso cuando no sabía si volvería.

Y yo caminé hacia él sabiendo que, después de todo lo que habíamos sobrevivido, aquello no era un final. Era el principio.

Sentía el brazo de mi padre firme bajo el mío. El césped perfectamente cuidado crujía apenas bajo nuestros pasos. Y entonces lo vi.

Al final del pasillo improvisado entre las sillas blancas, esperándome, estaba Liam.

Estaba impecable con su traje azul marino oscuro, perfectamente ajustado a su cuerpo fuerte. La camisa blanca resaltaba el tono cálido de su

piel, y la corbata gris humo combinaba con la serenidad contenida de su expresión.

Su barba estaba perfectamente arreglada. Su pelo ligeramente despeinado, como siempre. Pero sus ojos… Sus ojos color miel brillaban vidriosos. Y cuando nuestras miradas se encontraron, algo se abrió en su rostro.

No era solo amor. Era alivio. Era la certeza de que aquello no era un sueño. Sonreí sin poder evitarlo. Y en ese instante su sonrisa torcida apareció, esa que siempre me había desarmado.

Di un paso. Luego otro. Cada metro que me acercaba a él sentía el peso del año perdido desvanecerse. Veía a nuestra gente a ambos lados. Mi madre, secándose discretamente una lágrima. Jake con expresión emocionada, aunque intentara aparentar serenidad. Erik ya tenía los ojos brillantes.

Marco hacía un esfuerzo heroico por no llorar. Ryan mantenía su compostura habitual… aunque su mandíbula estaba demasiado tensa. Chloe sonreía como si supiera que aquel final feliz era justo lo que necesitábamos todos. Y Nora sonreía con los ojos vidriosos por las lágrimas.

Y al otro lado estaban los Hayes. Thomas, serio pero con orgullo en la mirada. Margaret con esa calidez sofisticada que siempre me hacía sentir bienvenida. Olivia ya estaba llorando sin pudor alguno.

Connor, de pie junto a Liam como padrino, tenía esa sonrisa exageradamente solemne que no le pegaba en absoluto.

Cuando por fin llegué hasta él, mi padre se detuvo y Liam dio un paso al frente. Se miraron durante un segundo. Mi padre habló primero.

—No podría dejar a mi hija en mejores manos.

Liam sostuvo su mirada sin titubear.

—Gracias, señor.

—Cuídala.

—Con mi vida si hace falta.

Mi padre asintió. Y entonces soltó mi brazo. El contacto desapareció. Pero no me sentí sola. Porque inmediatamente las manos de Liam buscaron las mías y las entrelazó con cuidado.

Como si todavía, después de todo, temiera hacerme daño.

—Estás… —susurró, inclinándose apenas hacia mí— increíble.

Sonreí.

—Tú tampoco estás mal, capitán —respondí, y sus labios temblaron con una sonrisa contenida.

Capítulo 34



Aileen

El sacerdote comenzó la ceremonia. Su voz grave y pausada llenó el jardín mientras hablaba de compromiso, de elección diaria, de amor como decisión consciente y no solo como emoción.

Yo apenas escuchaba la mitad. Porque cada pocos segundos miraba a Liam. Y él me miraba como si yo fuera la única persona allí.

El sacerdote nos invitó a intercambiar votos personales. Sentí un leve temblor recorrerme. Liam soltó una de mis manos solo para sacar un pequeño papel doblado del bolsillo interior de su chaqueta. Lo desplegó, respiró hondo y empezó.

—Aileen O'Connor Moreau…

Su voz vibró apenas en la primera sílaba. Tragó saliva.

—Hace un año y medio te encontré en el suelo de una nave en llamas. Pensé que te perdía antes incluso de entender que ya me había enamorado de ti.

El jardín quedó en silencio absoluto.

—Nunca he creído en el matrimonio. Nunca pensé que necesitara promesas eternas ni papeles firmados para amar a alguien. Pero entonces te vi luchar. Te vi sobrevivir. Te vi despertar después de un año en el que no sabía si volverías a mirarme.

Su mirada se clavó en la mía.

—Y entendí que no quiero vivir ningún presente en el que tú no estés. Que no quiero incendios sin que tú seas mi calma después. Que no quiero días buenos si no puedo contártelos. Y que no quiero días malos si no puedo sostenerte la mano.

Sentí que mis ojos se humedecían.

—Te prometo que nunca volverás a enfrentarte sola a nada. Ni al peligro, ni al miedo, ni a tus propios silencios. Te prometo respetar tu independencia, aunque me saque de quicio. Prometo discutir contigo cuando haga falta y abrazarte incluso cuando estés equivocada.

Algunos invitados rieron suavemente.

—Prometo no intentar protegerte de lo que eres, porque eres la mujer más fuerte que he conocido. Pero sí estar a tu lado para sostenerte cuando decidas apoyarte.

Respiró hondo.

—Te elijo hoy. Y te elegiré cada día. Aunque el mundo arda. Aunque haya oscuridad. Aunque tengamos que empezar de cero mil veces.

Su voz sonó ligeramente rota.

—Te amo. Y quiero pasar el resto de mi vida demostrándotelo.

El silencio se rompió con algún sollozo contenido. Yo ya no intenté disimular las lágrimas.

Me tocaba a mí. No llevaba papel. Nunca fui de escribir discursos. Solté una de sus manos solo para colocar ambas sobre las suyas.

—Liam Hayes…

Sonreí, aunque la emoción me oprimía el pecho.

—Nunca quise depender de nadie. Crecí aprendiendo a ser fuerte, a ser independiente, a no necesitar más apoyo que el mío propio. Y entonces apareciste tú… con tu sonrisa torcida y tu manía de irrumpir en incendios sin pensar.

Escuché algunas risas suaves.

—Me enamoré antes de darme permiso para hacerlo. Y cuando me dispararon y todo se volvió oscuro, lo último que recuerdo es tu voz.

Tragué saliva.

—Desperté un año después. Y seguías allí.

Apreté sus manos.

—Eso cambió algo en mí. Entendí que amar no es debilidad. Que confiar no es perder fuerza. Que compartir la vida no es depender… es elegir caminar acompañado.

Sentí el viento suave mover la falda de mi vestido.

—Te prometo que seguiré siendo intensa, sarcástica y testaruda. Prometo discutir contigo cuando me protejas demasiado. Prometo no esconderte el

miedo, aunque me cueste. Prometo volver siempre a casa. A nuestra casa.

Sus ojos estaban completamente húmedos ya.

—Te elijo porque contigo soy más valiente. Porque contigo puedo bajar la guardia sin dejar de ser fuerte. Porque me miras como si hubiera vuelto de la muerte… y en cierto modo lo hice.

Mi voz se suavizó.

—Te amo. Y quiero elegirte cada día. Incluso cuando sea difícil. Especialmente cuando sea difícil.

El sacerdote sonrió y nos pidió los anillos. Connor carraspeó dramáticamente antes de entregarlos, provocando algunas risas que alivianaron la intensidad del momento.

Liam deslizó el anillo en mi dedo con manos firmes.

—Con este anillo, te elijo como mi esposa.

Yo hice lo mismo.

—Con este anillo, te elijo como mi marido.

El sacerdote levantó la vista.

—Por el poder que me ha sido concedido… os declaro marido y mujer.

Hizo una pausa y nos miró con una sonrisa cómplice.

—Puedes besar a la novia.

Liam no esperó ni medio segundo. Me atrajo hacia él con firmeza y me besó. No fue un beso tímido. Fue profundo. Decidido. Lleno de todo lo que habíamos sobrevivido.

Cuando nos separamos, apoyó la frente en la mía.

—Te quiero, señora Hayes.

Sonreí.

—Te quiero, capitán.

Y mientras el jardín entero celebraba, supe que aquella vez no había fuego. Solo luz.

Si la ceremonia fue intensa, la celebración fue absolutamente inolvidable.

El jardín de la casa de mis padres se transformó en cuestión de minutos. Donde antes había solemnidad, ahora había música, risas y el constante tintinear de copas brindando bajo el sol de octubre, que nos seguía acompañando como si también quisiera quedarse.

Liam no soltó mi mano en ningún momento durante los primeros diez minutos. Como si todavía necesitara comprobar que aquello era real.

—¿Sigues aquí? —murmuró inclinándose hacia mí mientras los invitados comenzaban a acercarse.

—De momento sí —respondí con media sonrisa.

Me miró de arriba abajo otra vez.

—Voy a necesitar un segundo para acostumbrarme a verte vestida de novia y no con chaleco antibalas.

—No te emociones —le advertí—. El chaleco sigue siendo parte del contrato.

Sonrió, y entonces empezó el desfile de abrazos. Mi madre fue la primera en abrazarnos a los dos a la vez.

—Estoy orgullosa de vosotros —dijo con los ojos brillantes.

Mi padre estrechó la mano de Liam con firmeza antes de abrazarlo también. Jake apareció después, impecable como siempre, con esa presencia magnética que hacía que media boda femenina lo mirara de reojo.

—Bueno, bueno —dijo teatralmente—. Mi hermana pequeña casándose antes que yo.

—Tú eres dramático hasta en una boda —le respondí.

Me abrazó con fuerza. Demasiada fuerza.

—No vuelvas a asustarnos así nunca más —susurró contra mi oído.

Sentí su tensión, esa que él siempre disfrazaba de carisma.

—No está en mis planes —le contesté.

Erik irrumpió en escena justo después.

—¿Puedo llorar ya o aún tengo que fingir que soy duro? —preguntó.

—Ya puedes —respondí.

Me abrazó levantándome apenas del suelo, provocando una protesta fingida por mi parte.

—Como me hagas daño en la cicatriz, te arresto yo misma.

—Inspector jefe, por favor —corrigió con una sonrisa descarada—. Un poco de respeto institucional.

Connor se acercó por detrás.

—Quiero que conste que yo fui quien le dijo que te pidiera matrimonio en cuanto despertaras —anunció con solemnidad.

—Ah, ¿sí? —arqueé una ceja.

—Sí. Yo solo aceleré el proceso —añadió Liam.

—De nada —dijo Connor inclinándose en una falsa reverencia.

—Yo le ayudé a elegir el anillo —escuché a Nora y la vi sonreír—. Sé tus gustos, inspectora —me hizo un guiño.

—A ver cuándo él te pone uno —señalé a Connor, porque ese par llevaban saliendo mucho antes de que Liam y yo lo hiciéramos.

—Uy, se me va la cobertura —dijo Connor con el móvil en la mano.

—Cobarde —rio Liam.

Las risas comenzaron a relajarlo todo. Marco llegó con dos copas de champán.

—He sobrevivido a vuestro caso, a un incendio y a un secuestro. Esto merecía barra libre vitalicia —declaró.

Ryan apareció a su lado.

—Eso es una pésima idea —dijo con su tono seco habitual.

—Siempre tiene que arruinar el momento —se quejó Marco.

Chloe me abrazó con intensidad.

—Te lo dije —susurró—. Esto no era el final. Era el giro de guion.

Lilian fue la última del equipo en acercarse.

—Tengo que admitir que las bodas no son lo mío —confesó—, pero si todas acaban así de bien, quizá empiece a replanteármelo.

—No te emociones —respondí—. La mía ha tenido intento de asesinato incluido.

—Eso sí que es originalidad —rio ella.

La comida fue abundante, deliciosa y acompañada de brindis improvisados. Hasta que Erik cogió el micrófono.

—Conozco a Aileen desde que éramos niños. Siempre ha sido la más sensata… hasta que decidió entrar en una nave que iba a estallar.

—¡Erik! —protesté.

—Es broma —añadió con rapidez—. Si algo he aprendido es que cuando ella ama, ama sin medias tintas. Y tú —señaló a Liam— has tenido el valor de quedarte incluso cuando no sabías si despertaría.

Levantó la copa.

—Por el amor que sobrevive a todo.

Connor habló después.

—Liam nunca creyó en el matrimonio. Decía que era una estructura social obsoleta.

—No era exactamente así —protestó Liam.

—Lo era —confirmé yo, y todos reímos.

—Y míralo ahora —continuó Connor—. Con cara de hombre que ha encontrado su hogar.

Eso hizo que Liam me mirara. Y esa mirada fue más íntima que cualquier discurso. Pero el momento que nadie esperaba llegó cuando Jake pidió el micrófono y se aclaró la garganta.

—Ya que estamos en familia…

Ahí supe que algo tramaba.

—Llevo un año saliendo con alguien. Formalmente. Oficialmente.

Varias cabezas asintieron; todos conocíamos a Emma, la fotógrafa que había conseguido domesticar el corazón dramático de mi hermano.

—Y hace dos semanas me dijo que sí.

Hubo un segundo de silencio.

—¿Qué? —exclamé.

Jake sonrió como un niño que acaba de hacer una travesura.

—Me caso. Y voy a necesitar la ayuda de todas las mujeres de la familia porque si dejo que Emma lo organice sola, acabaremos casándonos en mitad del desierto con un fotógrafo aéreo y tres drones.

Mi madre se llevó la mano al pecho emocionada. Loren ya estaba calculando mentalmente presupuestos y estrategias.

—Cuenta conmigo —dije levantando mi copa y le guiñé un ojo a mi cuñada.

La celebración siguió creciendo a medida que el sol descendía. Las luces se encendieron sobre nuestras cabezas cuando el cielo empezó a teñirse de tonos rosados y dorados.

Los padres de Liam se acercaron a nosotros cuando la música bajó ligeramente de intensidad. Thomas me abrazó con una sonrisa.

—Te has ganado un lugar en esta familia —dijo con esa voz grave suya.

Margaret me sostuvo las manos.

—Ser felices. Y nunca dejéis de elegiros —añadió.

Olivia me rodeó con los brazos sin ninguna contención.

—Si le haces daño, me quedo contigo —susurró bromeando.

—Lo tendré en cuenta —respondí riendo—. Gracias —les dije a los tres —. Por tratarme como a una hija más.

Margaret me besó la mejilla.

—Lo eres.

Y entonces empezó a sonar una canción. Las primeras notas suaves de "*Perfect"* de Ed Sheeran flotaron en el aire.

—No me digas que tú has elegido esto.

—La letra encajaba demasiado bien —respondió con media sonrisa y me tendió la mano—. ¿Bailamos, señora Hayes?

Caminamos hasta el centro de la pista mientras los invitados se apartaban, formando un círculo amplio a nuestro alrededor. Sus manos se colocaron en mi cintura con firmeza y delicadeza al mismo tiempo. Las mías rodearon su cuello y empezamos a movernos despacio. Sin coreografía ni ensayo. Solo nosotros.

—Te amo —susurró cuando la canción habló de encontrar a alguien con quien compartir el futuro.

—Lo sé —respondí apoyando la frente en la suya—. Yo también te amo.

Nos balanceábamos suavemente y el mundo se redujo a su respiración. A su calor. A la presión segura de sus manos en mi espalda.

—Prométeme algo —murmuré.

—Lo que sea.

—Que, pase lo que pase, hablaremos. Que no dejaremos que el silencio nos gane.

Asintió.

—Prométeme tú que no volverás a enfrentarte sola a nada.

—Lo intentaré —dije con media sonrisa.

—No. Promételo.

Le miré y asentí.

—Lo prometo.

La canción avanzó hacia el estribillo. Algunos invitados empezaron a acompañar con palmas suaves. Pero en ese instante no escuché nada más. Solo su voz.

—Gracias por volver —susurró.

Me detuve un segundo y lo miré.

—Gracias por quedarte.

Y cuando la canción terminó, nos besamos otra vez entre aplausos y vítores, bajo un cielo que comenzaba a llenarse de estrellas.

Había sobrevivido al fuego. A la oscuridad. A la pérdida de un año entero. Pero allí, en medio de la música, las risas y las luces cálidas, comprendí algo con absoluta claridad:

No había perdido ese año. Lo había recuperado en el momento exacto en que decidimos elegirnos para siempre.

Epílogo



Liam

Cuatro años después…

Cuatro años habían pasado desde aquel día de octubre en que Aileen y yo nos prometimos amor eterno. Cuatro años que habían transformado nuestras vidas de maneras que jamás habría imaginado.

Aileen seguía siendo la inspectora implacable que todos conocían en la comisaría. Esa mujer inteligente, meticulosa y valiente que siempre ponía a los demás por delante y que, a veces, se exigía hasta la extenuación. Pero ahora también era madre. Y ser madre la había hecho todavía más grande, más completa y más brillante de lo que ya era.

Kevin tenía tres años y su obsesión por los camiones de bomberos era tan intensa como su curiosidad. Lo veía a menudo imitar nuestras rutinas: correr con casco de juguete, colocar mangueras imaginarias, avisar de incendios en la alfombra del salón. Ashley, nuestra pequeña de dos años, hacía lo mismo, pero con coches de policía, y no había día en que no imitara a su madre revisando libretas y hablando por un *walkie-talkie* imaginario mientras yo observaba con una sonrisa imposible de borrar de la cara.

Ambos niños parecían llevar el fuego y la justicia en la sangre, y, aunque Aileen y yo habíamos bromeado sobre intentar frenarlos, sabíamos que nadie podría impedirles seguir nuestros pasos si así lo deseaban.

Mis padres estaban más felices que nunca. Pasaban largas temporadas viajando, explorando ciudades, playas y montañas, pero cada Navidad regresaban a Nueva York, a la familia, a su hogar.

Olivia, mi hermana, había encontrado al amor de su vida en un pintor francés que decidió quedarse en Nueva York por ella hacía ya tres años. Se habían casado hacía dos y su hija Kimberli, de un año, era un torbellino de energía, con los ojos llenos de curiosidad y una risa contagiosa que siempre lograba arrancarnos sonrisas a todos.

Los padres de Aileen me habían acogido como a un hijo desde el primer día, y siempre que podían se llevaban a los niños a su casa durante el fin de semana, dejándonos respirar, relajarnos y simplemente disfrutar a solas. Eran los pilares invisibles que nos permitían mantener el equilibrio, la calma y la certeza de que todo estaba bien.

Jake, el hermano de Aileen, había seguido su propio camino. Se había casado un año después que nosotros, y su hijo Aaron, de tres años, era la viva imagen de su padre: fuerte, risueño, con esa mirada magnética que tenía Jake. Pero Aaron tenía algo más: un espíritu curioso por la ley y la justicia, como si llevara en la sangre la pasión de su abuelo y de su tía. Cada vez que le veía jugar con sus bloques mientras le contaba historias de policías, no podía evitar sonreír.

Isabelle y Ethan, los tíos de Aileen, seguían siendo un apoyo constante para toda la familia. Lucy, su otra tía, también mantenía esa conexión especial con todos nosotros; su sabiduría y cariño eran parte de la columna vertebral de nuestra familia.

Loren, su prima modelo, vivía desde hacía dos años en Milán, siendo la imagen de una firma internacional, con agendas imposibles y viajes

interminables, pero no se perdía ni una sola Navidad en Nueva York. Cindy, la prima pequeña, había tomado las riendas del negocio de su madre con talento y determinación, y estaba planeando su boda con su novio abogado, con quien llevaba dos años.

Erik, su primo, había pasado por un año de relación con una enfermera. Pero, al final, ambos descubrieron que eran más amigos que pareja, y seguían compartiendo cenas, risas y copas, siendo inseparables. Aileen esperaba que Erik encontrara un amor tan verdadero y sólido como el nuestro algún día, aunque, hasta entonces, se conformaba con verlo feliz y en paz.

Connor y Nora también se casaron y tenían tres hijos: Nick, de tres años, que también apuntaba maneras con los camiones de bomberos, y las gemelas de un año, Samantha y Caroline, quienes eran las muñecas de todos nosotros.

Mirando hacia atrás, hacia todo lo que habíamos vivido, comprendí algo muy profundo: el amor no era solo el fuego que ardía en los primeros instantes de pasión. Era la paciencia en los momentos de desesperación, la fortaleza en los días de miedo, la alegría compartida y la tristeza sostenida. El amor verdadero era elegir a alguien cada día, incluso después de los peores incendios, incluso después del tiempo perdido. Aileen y yo habíamos sobrevivido al miedo, al peligro y a la incertidumbre y, aun así, nos elegimos.

Mi mirada se posó en ella mientras Kevin y Ashley jugaban en la alfombra, y vi la misma determinación y ternura que me había enamorado años atrás. Ella, con su mirada clara y su sonrisa luminosa, era el eje de mi mundo, y yo el suyo.

Mientras el sol se filtraba por la ventana del salón y los niños corrían entre nosotros, comprendí algo más: la vida no se medía en años, sino en momentos. Momentos de risas compartidas, de manos entrelazadas, de abrazos que lo decían todo sin necesidad de palabras.

Y supe, con absoluta certeza, que habíamos encontrado nuestro hogar. No un lugar físico, sino uno que llevábamos en el pecho.

El amor, me dije mientras observaba a Aileen mirar a nuestros hijos con esa mezcla de orgullo y ternura; siempre ganaba. Siempre encontraba la forma. Siempre se hacía fuerte, incluso cuando parecía imposible.

Y mientras Kevin hacía rodar un camión de bomberos de juguete y Ashley un coche de policía, me incliné hacia Aileen, la abracé y susurré:

—Siempre te elegiré a ti. Siempre.

Ella me devolvió el abrazo con la misma certeza. Y comprendí que no importaba qué desafíos vinieran. Porque juntos, habíamos aprendido que el amor verdadero era invencible, inquebrantable y eterno.

El amor siempre encuentra su camino, incluso en medio del fuego. Esa era nuestra frase. Nuestra historia. Y el título perfecto para todo lo que habíamos vivido.

Mis redes sociales:

Facebook: Hugo Sanz
Instagram: @hugosanz.autor
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/HugoSanz